

# MISCELANEA.

PERIÓDICO CRÍTICO Y LITERARIO.

POR

*José María Heredia.*



*Miscuit utile dulci.*

HORAC.



**SEGUNDA EPOCA.**

**TOMO II.**

TOLUCA: 1832.

---

*Imprenta del Gobierno, dirigida por Juan  
Matute y Gonzalez.*



# INDICE.



<b>LITERATURA.</b>	<i>Noticia y juicio de las poesias de Beranger.....</i>	<b>1.</b>
	<i>Ensayo sobre la novela.....</i>	<b>65, 97, 129.</b>
	<i>Cartas sobre la mitología, Duodécima.....</i>	<b>14.</b>
	<i>Décima tertia.....</i>	<b>44.</b>
	<i>Décima cuarta.....</i>	<b>71.</b>
	<i>Décima quinta.....</i>	<b>107.</b>
	<i>Décima sexta.....</i>	<b>135.</b>
	<i>Décima séptima.....</i>	<b>183.</b>
<b>BIOGRAFÍA.</b>	<i>Fenimore Cooper.....</i>	<b>87.</b>
<b>VARIEDADES.</b>	<i>Armonías de los animales con el hombre.....</i>	<b>19.</b>
	<i>Manuscrito encontrado en una casa de locos... ..</i>	<b>33.</b>
	<i>La educacion moderna... ..</i>	<b>50.</b>
	<i>Seged.....</i>	<b>75.</b>
	<i>Aningait y Ajut.....</i>	<b>112.</b>
	<i>El niño mal criado.....</i>	<b>145.</b>
	<i>Protágoras.....</i>	<b>152.</b>
	<i>Emigraciones de las aves.....</i>	<b>191.</b>
	<i>El caballero gordo.....</i>	<b>168.</b>
	<i>Pensamientos 26 89, 122</i>	<b>153.</b>
<b>REVISION.</b>	<i>Entretenimientos poéticos de Fr. Mom el Navarrete.....</i>	<b>139.</b>

	Pág.
<i>Valór</i> .....	217.
<i>Máximas</i> .....	183.
<i>Abuzaid</i> .....	204.
<i>Zeuxís</i> .....	216.
<b>REVISION</b> .....	
<i>Poética y Sátiras de Camino</i> .....	18.
<i>Poesias de Madrid</i> ....	114.
<i>Lanuzá, tragedia</i> .....	143.
<i>Atala y Guatimoc</i> ....	178.
<b>SUENTOS</b> .....	128.
<b>POESIA</b> .....	
<i>Certámen de Homero y Hesiodo</i> .....	27.
<i>¿Donde está Dios?</i> ....	93.
<i>A la Esperanza</i> .....	96.
<i>La Rosa de la Montaña</i> . .	116.
<i>El día de Amira</i> .....	122.
<i>¿Se puede amar á dos?</i> . .	123.
<i>Napoleon en Santa Helena</i> .....	123.
<i>Contemplacion</i> . . . . .	126.
<i>Cuartetos</i> . . . . .	128.
<i>La noche de luna</i> . . .	156.
<i>Inscripcion</i> . . . . .	160.
<i>La inmortalidad del alma</i> .....	183.
<i>Un huracan africano</i> ..	218.
<i>Corrida de Toros</i> .. . .	223.

# MISCELANEA.

PERIÓDICO CRÍTICO Y LITERARIO.

POR

*José María Heredia.*



*Miscuit utile dulci.*

HORAC.



**SEGUNDA EPOCA.**

**TOMO II.**

TOLUCA: 1832.

---

*Imprenta del Gobierno, dirigida por Juan  
Matute y Gonzalez.*



# INDICE.



<b>LITERATURA.</b>	<i>Noticia y juicio de las poesias de Beranger.....</i>	1.
	<i>Ensayo sobre la novela.....</i>	65, 97, 129.
	<i>Cartas sobre la mitología, Duodécima.....</i>	14.
	<i>Décima tertia.....</i>	44.
	<i>Décima cuarta.....</i>	71.
	<i>Décima quinta.....</i>	107.
	<i>Décima sesta.....</i>	135.
	<i>Décima séptima.....</i>	183.
<b>BIOGRAFÍA.</b>	<i>Fenimore Cooper.....</i>	87.
<b>VARIEDADES.</b>	<i>Armonías de los animales con el hombre....</i>	19.
	<i>Manuscrito encontrado en una casa de locos..</i>	33.
	<i>La educacion moderna...</i>	50.
	<i>Seged .....</i>	75.
	<i>Aningait y Ajut.....</i>	112.
	<i>El niño mal criado.....</i>	145.
	<i>Protágoras.....</i>	152.
	<i>Emigraciones de las aves.</i>	191.
	<i>El caballero gordo.....</i>	168.
	<i>Pensamientos 26, 89, 122</i>	153.
<b>REVISION.</b>	<i>Entretenimientos poéticos de Fr. Manuel Novarrete.....</i>	139.

**POESIA.**

<i>Mucho amor</i> .....	10.
<i>El buen señor</i> .....	11.
<i>El canto del Cosaco</i> ....	12.
<i>La eternidad y el espacio</i> .	26.
<i>El sepulcro</i> .....	28.
<i>La muerte del impio</i> ....	31.
<i>La muerte del justo</i> ....	57.
<i>La separacion</i> .....	59.
<i>La puerta del sepulcro</i> .	62.
<i>El valle de la muerte</i> ..	63.
<i>La caverna</i> .....	90.
<i>La resurreccion</i> .....	92.
<i>El juicio</i> .....	92.
<i>La reunion</i> .....	95.
<i>A la religion</i> .....	123.
<i>Progresos de las ciencias</i> .	154.
<i>La vision</i> .....	157.
<i>Atenas y Palmira</i> .....	159.
<i>A una ceiba de Cuba</i> ..	186.
<i>A las banderas de Pi- zarro</i> .....	id.
<i>Himno al sol</i> .....	187.
<i>Misanthropia</i> .....	189.

---

**MISCELANEA.**

PERIÓDICO CRÍTICO Y LITERARIO.

*Miscuit utile dulci.*

HORAC.

---

**ENERO DE 1832.**

---

**LITERATURA.***Noticia y juicio de las poesias de**Mr. P. J. de BÉRANGER.*

EL mismo espíritu que nos hizo publicar en varios números de este periódico tres artículos sobre la literatura francesa contemporanea, nos mueve hoy á dar á nuestros lectores una idea mas cabal del mérito de Béranger, el poeta mas popular de aquella nacion, á quien citamos de paso en el segundo de los expresados artículos. Al efecto nos servirá de guia un opúsculo publicado sobre el mismo asunto por el profesor Tissot, juez muy competente en el caso.

La mayor parte de las canciones de Béranger pertenecen à los géneros bàmico y satírico; mas no muestran el abandono de la embriaguez que constituye la musa de algunos, sino dejan ver la direccion de una razon oculta y vigilante, y la grandeza del asunto refleja muchas veces en sus cuadros. Asi dos coplas solas de la cancion titulada *el nuevo Diógenes*, instruyen al lector de que la libertad visitó à la Francia, y de que existió un congreso de reyes que quisieron arreglar personalmente los destinos de Europa. Pues hemos nombrado à Diógenes, no debemos callar cierta semejanza que se nota entré Béranger y aquel filósofo tan altivo con su pobreza independiente, que ocupó su vida entera en escudriñar el corazon humano, y sacudió con insolente cinismo el freno de la moral y el yugo de las convenciones sociales. Asi es que los rasgos mas picantes de Béranger son tambien pinturas de costumbres, como *el Senador*, que hizo sonreir al mismo Napoleon en el tiempo de sus mayores apuros.

Cuando Béranger toma un tono mas elevado, parece escogido para resuscitar la oda griega, y restablecer la union antigua del canto con la lengua de los dioses. Con el auxilio de la música ha hecho popu.

lares muchas composiciones que de otro modo habrían permanecido encerradas en el estrecho círculo de las primeras clases de la sociedad. Bajo este aspecto Béranger ha hecho un servicio importante á la literatura, á la poesia, á la razon y á su propia gloria; pues nunca mueren los nombres que transmite á la posteridad la boca de un pueblo.

Volviendo á los ejemplares de los antiguos, advertiremos que Béranger no sufre trabas, y estiende mas que ellos la libertad de tomar todos los tonos, sea para evitar la uniformidad, ó para representar mejor á la naturaleza, que mezcla escenas de todos géneros. Asi leemos la *Opinion* y el *Lamento de aquellas niñas*, junto á la oda titulada *mi Alma*, que parece un himno de Simónides. Dichoso el poeta frances si hubiera sabido contener su talento en los justos límites que prescriben la moral y la decencia, y refrenando un espíritu demasiado libre, no se hubiera permitido ciertos arranques de impiedad y libertinage, que hacen peligrosa su lectura á la juventud inesperta!

Este defecto es aun mas sensible al ver que en las mas de sus composiciones dominan afectos nobles y tiernos. En *Anacreonte* vemos un hombre que solo pien-

sa en su copa y en su querida; pero en los placeres de Béranger siempre tiene parte algún amigo, y recibe aquellas confianzas del amor, que son tan preciosas para los corazones sensibles. Si un amigo suyo es desgraciado, obtiene del poeta tributos de afecto y alabanza, que en vano querrian pagar el poder y la opulencia con oro y honores. *Jamas adulé sino al infortunio*, es la divisa de Béranger.

Las elegantes composiciones y pulidos versos de Horacio, las brillantes descripciones de Propercio, y las tiernas deprecaciones de Tibulo, nos inspiran poquísimo interes hácia sus queridas, y nadie envidia la suerte de los amantes de Pyrrha, Cintia y Némesis; pero la Liseta de Béranger, sencilla, tierna, sensible, y algo picaruela, tiene un hechizo particular, y creemos en la dicha de su poeta. ¡Como la habla de amor! Ya es con el acento de Parny, que invita á Eleonora á gozar con él las delicias del campo: ya con el tono de Voltaire en la famosa epístola de los *Tú y vos*; ya con el de Chaulieu, mezclando la alegría de un convidado feliz á recuerdos políticos, y doblando luego la cerviz al yugo de su amada. Este último rasgo nos hace recordar *la República*, canción llena de gracia y originalidad, que

bajo formas ligeras contiene alusiones á los sucesos mas notables del siglo.

Béranger, por cierto hábito de melancolia que realza su talento, gusta de anticiparse al curso de los años; y de dirigir sus miradas mas allá de los límites de la vida. Estas cavilaciones tristes y suaves le han inspirado *el buen Viejo*, que acaso es la mas pura de sus poesias. Los recuerdos, los afectos, las esperanzas, las delicadezas del corazon, y el sagrado amor de la pátria, hacen de esta oda una composicion acabada, y sin modelo. Parny, á ejemplo de Tibulo, interrumpió los raptos de una pasion feliz para cantar su muerte: Béranger, no menos interesante, dirige en cierto modo su última voluntad á su querida. Esta es aun jóven y linda, pero él la convierte en una buena anciana, que llora á su amigo. El lector adopta esta ficcion tierna; mas, ¡como se eleva el interes, y sale del círculo estrecho de las cosas personales, cuando el poeta concluye su despedida dirigiendo nuestros pensamientos á los infortunios de su pátria, y á la esperanza sublime de la inmortalidad!

Béranger no afecta tal ó tal estado del alma para complacer à su talento, sino cede á sus impresiones naturales. Está triste, y escribe una oda elegiaca, como la

de Horacio en la muerte de Quintilio; sonríe luego el cielo, y la imaginación del poeta toma su risuño colorido, y produce cavilaciones de amor, de gloria y de ventura. Entonces inventa, compone, escribe como los Griegos, sin pensar en imitar á nadie. ¡Que son los *Deseos* tan celebrados de Anacreonte, comparados con la canción del *Pajarito*, en que siempre las lágrimas del lector preceden ó siguen á la sonrisa? Esta misma grata sensibilidad anima la originalísima canción de *las Estrellas errantes*, y la titulada *mi Lámpara*, que es uno de los elogios mas felices y delicados que el talento ha inspirado al talento. Pero Béranger no canta mucho tiempo con un mismo tono, y de repente nos excita con pinturas vivas y picantes de costumbres, y retratos parecidísimos, y llenos de razón, de agudeza y de vida, como *el Marques de Carabas*, que corrió toda la Francia, *el Príncipe de Navarra*, *el Villano*, *el Payaso*, y por último *la Vivandera*, creación nueva y destinada á perpetuar de raza en raza la gloria de las armas francesas. Béranger se diferencia de todos sus predecesores, porque sus chanzas son cosas serias en el fondo, y á veces ofrecen rasgos sublimes en una forma familiar, que los gra-

ba en el ánimo del pueblo. Este artificio de ocultar grandes pensamientos bajo un lenguaje agradable y sencillo, hace el mérito del *Rey de Ivetot*, que fué además una acción meritoria. Europa enmudecía ante Napoleon al frente de un millon de soldados, y un simple ciudadano, que en una oficina oscura ocupaba un mezquino empleo, necesario á su existencia, se atrevió á censurar en un apólogo delicioso el reinado entero del conquistador omnipotente.

A veces sale Béranger de su siglo, como cuando presenta en una composición verdaderamente lírica la imágen de Luis XI, semejante á un fantasma pálido, que procura sonreirse con el espectáculo de la felicidad é inocencia campestre. Acaso el Tiberio de Tácito no está mejor pintado, ni sobre todo mejor castigado que el *Luis XI* de Béranger, y nadie ha concebido un cuadro mas terriblemente moral ni contrastado con mas talento.

Todas las inclinaciones legítimas, todos los afectos generosos, el respeto á las leyes, y á la humanidad, la tolerancia, la filosofía, la fé de un Ser Supremo, las pruebas sublimes del alma, brillan en los versos de Béranger; pero en ellos domina sobre todo una pasión ardiente, el a-

mor de la pátria. Esta pasion es su primera musa, entra en todas sus composiciones, prestándose á cuantas metamórfosis exige el asunto, y anima con la mas noble energia la cancion tan admirablemente profética del *Estandarte viejo*, (cuyas visiones brillantes vió realizadas el año de 1830,) *el Desterrado, Waterloo, el Sargento viejo*, y el *Campo de asilo*, que comunica al lector la admiracion que causan los recuerdos de grandes proezas, y las inspiraciones elevadas. Para que existiese esta cancion fué necesario que hubiese una revolucion inmensa, que de su incendio saliese un imperio colosal, que la Francia dominase al continente europeo, que cayese de esta cima de gloria, que algunos de sus campeones se viesen condenados al destierro, y que los Europeos fuesen á pedir asilo á tribus salvages en los desiertos de América.

Otra de sus odas patrióticas, *los Hijos de la Francia*, empieza con una invocacion admirable, que no se hallará en poeta alguno de Atenas, despojada del centro de Grecia, aunque grande todavia por su genio, elocuencia y artes.

*El Cinco de Mayo* honra á la vez el talento y el corazon del poeta. ¡Que invencion mas feliz que la de contras-

tar aquel gran ejemplo de la fortuna, solitario y moribundo en la roca de Santa Helena, con un pobre soldado, que al menos volverá á ver la Francia, donde le cerrará los ojos la mano de un hijo?

*La Santa Alianza de los pueblos* es un homenaje á la Francia, y á todas las familias del género humano, á quienes el poeta, en versos llenos de razon y magnificencia, quiere reconciliar al son de su lira, y reunir bajo los auspicios de la paz universal, que es el sueño de las almas generosas. Ni la antigüedad ni los modernos, hasta nuestra época, hubieran podido concebir esta creacion sublime, que toda pertenece á ideas y acontecimientos de un órden enteramente nuevo en el mundo.

No es menos viva la inspiracion que anima á Béranger cuando pinta con rasgos enérgicos la felicidad de América libre, celebra con la trompa de Tirteo la resurreccion de Grecia regenerada, ó lanza los tiros de la sátira mas generosa y justa contra el apático egoismo de los Monarcas europeos, testigos impasibles de aquella lucha desastrosa. *La sombra de Anacreonte, el Pichon mensajero* y *Psara*, no pueden leerse sin emociones vivísimas.

Tal es Béranger, tal es el poeta que

ha encontrado un camino nuevo á la gloria; original sin estravagancia, eminentemente frances, sin imitar á escritor alguno de su pais, lleno de inspiraciones felices, fecundadas por la meditacion, y que hace con dificultad versos fáciles, enérgicos y armoniosos. Su ejemplo debe probar á los autores contemporáneos que es preciso ponerse á nivel de su siglo para obtener aplausos duraderos y populares, y que intentar la retrogradacion de la razon humana con producciones que lleven el sello de tiempos, errores y preocupaciones que han perecido para siempre, seria comprometer las esperanzas mas nobles del talento.

Para concluir este artículo, insertaremos tres imitaciones de Béranger, de tres géneros muy distintos, y hechas por diferentes poetas de nuestra lengua, que mostraràn de algun modo á nuestros lectores la asombrosa flexibilidad de su gènio.



### MUCHO AMOR.

Si de un tesoro pudiera  
 disponer á discrecion,  
 á mi AMIRA se lo diera,  
 como le dí el corazon.

Satisfaría al momento  
 hasta su antojo menor:  
 no soy, no soy avariento,  
 pero tengo mucho amor.

Oh! ¡si me inspirase Apolo!  
 en las cuerdas de mi lira  
 se inmortalizara solo  
 el dulce nombre de AMIRA.

Fuera eterna su memoria,  
 y eterno fuera mi honor;  
 no tengo amor á la gloria,  
 pero tengo mucho amor.

Si el destino me elevara  
 hasta el trono de los reyes,  
 ella fuera quien reinara,  
 y quien dictara mis leyes.

Quisiera para mi dueño  
 de una corte el esplendor:  
 no tengo ambicion ni en sueño,  
 pero tengo mucho amor.

Mas ¡que importuno deseo!  
 ¿No soy de AMIRA el esposo?  
 ¿Que gloria, bienes y empleo  
 me hicieran tan venturoso?

No ambicionar cosa alguna,  
 ¿donde hay tesoro mayor?  
 Me persigue la fortuna,  
 pero tengo mucho amor.

MADRID.

## EL BUEN SEÑOR.

HAY cierto Señor que pasa  
 largas horas en mi casa  
 sentado junto á mi esposa,  
 diciéndole: "Prenda hermosa,  
 ¿cuando premiarás mi ardor?"

¡Que gran honor!

¡Que buen Señor!

Su benevolencia es suma:  
ayer me dijo: "¿Usted fuma?"  
y me entregó con sus manos  
un cajoncito de habanos,  
que trasminaba el olor.

¡Que gran honor!

¡Que buen Señor!

Cuando nos lleva á su hacienda,  
¡que comida! ¡que merienda!  
y son tantos sus cuidados,  
que dormimos separados  
ROSA y yo por el calor.

¡Que gran honor!

¡Que buen Señor!

Si llueve, graniza ó yela,  
me presta su carretela:  
voy en ella á la oficina,  
y cada cual se me inclina,  
envidiando tal favor.

¡Que gran honor!

¡Que buen Señor!

Pare ROSA, y el benigno  
se ofrece á ser el padrino.  
Quiere al muchacho sin tiento,  
y le dá en su testamento  
unas tierras de labor.

¡Que gran honor!

¡Que buen Señor!

MORA.

## EL CANTO DEL COSACO.

VEN, amigo del libre cosaco;  
no mas tiempo tu triunfo dilate:  
pronto al robo, arrojado al combate,

alas presta á la muerte fatal.

Yo en tu espalda sentado, á los pueblos  
mostraré su semblante espantoso!

Fiel caballo, relincha orgulloso,  
que vas pueblos y reyes á hollar.

Pobre fuiste, y es pobre tu dueño;  
y en tu freno y tu rústica silla  
en adornos el oro no brilla,  
mas tesoros sabremos ganar.

Un palacio será mi guarida,  
la Academia tu establo espacioso:

Fiel caballo, relincha orgulloso,  
que vas pueblos y reyes á hollar.

En mis tristes helados desiertos  
otro tiempo tranquilo moraba,  
y en feliz ignorancia pensaba  
que era el mundo á mis campos igual.

Mas la guerra mostróme otros climas,  
donde el sol reina siempre glorioso.

Fiel caballo, relincha orgulloso,  
que vas pueblos y reyes á hollar.

Sacerdotes, monarcas y nobles  
por el pueblo amagados temblaban:  
"Nuestros amos sereis," nos gritaban,  
"y ayudadnos el pueblo á domar."

Yo mi lanza empuñé, y humillaron  
la cruz santa y el cetro fastoso.

Fiel caballo, relincha orgulloso,  
que vas pueblos y reyes á hollar.

Y marché, y en el Sena lavaste  
por dos veces tu cuerpo sangriento;  
mas del déspota ruso el acento  
á mis yelos mandóme tornar.

¡Adios, campos de luz y riqueza!  
suspirar y partir fué forzoso.

Fiel caballo, relincha orgulloso,

que vas pueblos y reyes á hollar:

A esos climas volver es mi anelo  
a gozar de sus frutos opimos:  
si vencer á sus pueblos supimos,  
los haremos al yugo doblar.

Los baluartes de Europa cayeron  
al morir Napoleon generoso.

Fiel caballo, relincha orgulloso,  
que vas pueblos y reyes á hollar.

Un fantasma sus ojos ardientes  
en mis tiendas anoche fijaba,  
y á occidente con su hacha mostraba;  
esclamando: "Ya torno á reinar!"

Aquel era el espectro de Atila;  
yo obedezco á su acento imperioso:

Fiel caballo, relincha orgulloso,  
que vas pueblos y reyes á hollar.

El saber que á la Europa envanece;  
y esas artes de frívolo adorno,  
se ahogarán en el polvo que en torno  
van tus rápidos pies á elevar.

Usos, leyes, y ciencias y cultos  
aniquila en tu vuelo impetuoso:

Fiel caballo, relincha orgulloso,  
que vas pueblos y reyes á hollar.

HEREDIA.



## **CARTAS SOBRE LA MITOLOGIA.**

### **CARTA DUODÉCIMA.**

#### **CLITIA Y LEUCOTOE.**

APOLLO lloraba á Dafne sentado bajo  
el funesto laurel que se la ocultaba, cuan-

do apareció Clitia por allí, paseándose con aspecto dulce y melancólico. Clitia, hija de la bella Eurinome y de Orchames, rey de Babilonia, era hermosa, y mostraba en lugar de fuego en su delicada tez la atractiva palidez de una flor falta de riego; que en el riguroso estio, abatida y sin color, implora contra el calor la frescura del rocío.

Avergonzóse y bajó los ojos al ver á Apolo. Este hizo casi lo mismo. Admirábanse uno al otro furtivamente, y queriendo disimular, se encontraron sus ojos, y se les turbó la vista.

Estos momentos vuelan con rapidez. Vino la noche, y tuvieron que separarse, citándose al otro día, para junto al laurel: ¡Que dices, Emilia! junto al mismo laurel bajo cuya corteza respiraba Dafne! Si, amiga mía.

Quando del vivo placer  
pasa el delirante ardor,  
tan solo puede al amor  
la gratitud sostener.  
Ella, tras dulces favores,  
hace á los amantes fieles:  
la memoria de las crueles  
se pierde con sus rigores.

Al día siguiente, quiso Clitia cumplir su promesa; mas como siempre son tími-

dos los primeros pasos del amor, hizo que la acompañase Leucotoe, su hermana. Esta indiscrecion, que tan funestos resultados tuvo, era inperdonable en buena coqueteria. Desde tiempo inmemorial, todas las hermosas prudentes se acompañan con viejas horribles, que sean la sombra del cuadro, y hagan realzar sus gracias.

Clitia era mas tierna; Leucotoe mas viva: una era rubia, y otra morena. Esta se enamoró del amante de su hermana, y mas atrevida que ella, vino sola al lugar de la cita. Apolo se sorprendió al principio, mas su sorpresa no tardó en convertirse en placer, y Dafne, testigo mudo de aquella conversacion, vió sin duda con horror probada la triste verdad de que solo el primer paso es dificil en materia de inconstancia.

Aparecióse Clitia cuando importunaba, y aquella alma tan dulce y tímida se llenó de rabia y despecho. Voló al palacio de su padre, le reveló furiosa el crimen de su hermana, y le guió al asilo de los dos amantes, que estaban ya despidiéndose. Leucotoe se prendia su velo, y decia con lágrimas.

¡Por qué con tanto amor, mi dulce amigo, es fuerza separarnos!

Ay! júrame volver... Adios! contigo siento velar mi corazon amante.

Entre-tórmento fiero  
 toda esta noche gemiré anelante.  
 Feliz mañana revivir espero.

Un beso terminó este coloquio. Leucotocoe, mirando con timidez al rededor de si, se alejaba con una palpitacion causada por el temor y la emocion del placer, cuando á la entrada del bosque se encontró con su padre. Quedóse inmóvil, muda, y el terrible Orchames viendo en su confusion la prueba de su deshonra, la hizo enterrar viva junto al funesto laurel. Clitia huyó espantada.

Mas la infelice que estaba  
 su sepulcro viendo abrir,  
 al hado cruel acusaba:  
 "Dulce me fuera," esclamaba,  
 "ahora un momento morir."

Al dia siguiente vino Apolo al bosque con una inquietud que no podia esplicarse.

No era la turbacion de los deseos,  
 del ardiente deleite precursora,  
 mas que el deleite mismo  
 dulce y embriagadora.

Llegó, y suspiró al ver que estaba solo: registró con la vista la espesura de aquel bosque desierto y silencioso. Al fin osó llamar, y solo el eco le respondió. Pero apenas puso los pies en la tumba de Leucotocoe, cuando una voz lamentable que salia de la tierra le dirigió estas palabras:

Tente: respeta las cenizas yertas  
 en que se ha convertido  
 la que por adorarte ha perecido.  
 Huellas el corazón fácil y puro  
 que tus ojos infaustos encendieron,  
 y los bellos tesoros que mi seno  
 ayer te prodigaba con delicias,  
 y solo conocieron  
 del zéfiro y tu labio las caricias.  
 Ay! piensa en la infeliz: aquí llorando  
 templarás su tormento,  
 y que á tu seno su alma  
 descienda con tu aliento.

Quedóse Apolo inmóvil, asombrado,  
 como un hombre que vé caer un rayo á  
 sus pies. Por fin alivió el peso de su do-  
 lor derramando un torrente de lágrimas.

Tras golpe tan terrible,  
 para el alma sensible  
 el llanto es un placer.

Estas lágrimas, humedeciendo la tier-  
 ra, penetraron hasta el cuerpo de Leuco-  
 toe, y lo reanimaron, pero bajo distinta for-  
 ma, á saber, la del árbol que produce el  
 incienso.

Atormentada Clitia por los remordi-  
 mientos, dirigió sus pasos errantes al se-  
 pulcro de su hermana. Detúvose al ver á  
 Apolo, suspensa entre dolor y despecho.  
 El dios se alejó de ella con desden, y es-  
 te golpe terminó su triste suplicio. Al es-  
 pirar se convirtió en una planta débil y fle-  
 xible, cuya flor, vuelta sin cesar al astro

del día, aun parece perseguir á su fugitivo amante, lo que la ha hecho dar el nombre de girasol.

Adios; te reservo para mañana otras aventuras de Apolo, porque la materia de estas cartas es un tesoro que quiero usar con economia.

Un ramillete pensaba  
á tu beldad ofrecer:  
si flor á flor lo recibes,  
prolongarás mi placer.



## ARMONIAS

### DE LOS ANIMALES CON EL HOMBRE.

EL espectáculo de la naturaleza está lleno de variedad, de gracia y de vida: los peces, las aves y los cuadrúpedos son objetos de su prevision, y los mares, el cielo y la tierra son los teatros de sus maravillas.

Los abismos del océano se hallan tapizados con una multitud de vegetales, á cuyo abrigo descansan mil conchas de nácar, porcelana y perlas, mientras que tropas de argonautas ligeros suben á la superficie de las aguas, desplegan en ellas sus conchas membranosas, tienden al zé-

\*

firo sus velas, en que resplandecen los colores del iris, y á la vez marineros hábiles y pilotos prudentes, guian sus pequeños buques por los desiertos del oceano. Bajo de su flota viagera hienden las aguas legiones de focas, becerros y leones marinos, que saltan á las playas de las islas desiertas, y se dan alli batallas espantosas; mientras el inocente lamentein, llevando á costas á su hijo, se llega á las orillas de los rios, se oculta entre los juncos, y atiende al canto de los pastores.

No ofrecen menos interes los cuadros de la tierra. Entre los bosques inmensos de la India descansan los elefantes enormes. Los tapires en América, los búfalos y los hipopótamos, patriarcas del mundo antiguo, recorren magestuosamente las márgenes de los rios; la girafa levanta su cabeza sobre los bosques mas altos, y se pasea pastando en las cimas de los árboles; el leon y el tigre, tiranos aislados en las soledades africanas, hacen huir á la zebra y á la gazela; y en las orillas del Marañon y el Orinoco, monos de todos tamaños y figuras saltan, corren, hacen mil muecas, y se mecen colgados de la cola sobre árboles magníficos, en que infinitos loros, pericos y guacamayos resplandecen con los colores mas vivos, y hacen resonar sus gritos estruendosos.

Pero en los climas templados otras razas mas delicadas y ligeras animan los risueños paisajes del campo. La gamuza y el revezco aparecen como centinelas inmóviles en las cumbres de las montañas; los ciervos, gamos y corzos raman en los bosques; la cabra se cuelga en las rocas escarpadas; el caballo, la ternera y la oveja pastan en las praderas, siguen los recodos de los valles, corren al márgen de las fuentes, y descansan bajo las mismas sombras en que la raposa y el lobo buscan de noche una presa que les huye des-pavorida.

Hordas vagabundas de golondrinas, grullas y cigüeñas, formadas en largos triángulos, se dibujan en el azul del cielo: los bosques se pueblan de músicos deliciosos, y las aves acuáticas, montadas sobre sus zancos, se pasean en los lagos y rios. Partidas de flamencos levantan islitas en los pantanos para poner sus huevos, y parecen blandones de fuego suspendidos sobre las aguas. En las sabanas de América algunos pájaros, como los salvajes, se juntan en familias, y viven en grandes nidos tabicados, donde sacan sus crias en comun; otros cuelgan sus nidos á los árboles, ó los atan con largos hilos à las ramas que setienden sobre un rio, y segu-

ros de réptiles venenosos, se mecen blandamente al soplo del zéfiro, y al grato murmullo de las aguas.

Tales son los cuadros de que goza el contemplador de la naturaleza: la misma sabiduría que ordenó la distribución de las plantas, presidió á la creación de los diversos seres, y como en cada clima hizo germinar un vegetal para alimento del hombre, también le puso un servidor fiel que le auxiliase en sus trabajos.

Cada animal tiene su clima propio; mas el hombre se muestra rey del universo, habitando los yelos del polo y los bosques del ecuador. El león y la zebra pueblan los desiertos africanos; el elefante vive en Asia; los jaguares, ocelotes y pumas ejercen sus rapiñas en los yermos de América; pero el hombre habita las cinco partes del mundo: los animales hieden las olas, cortan el aire, ó se ocultan en cavernas profundas; el hombre reina en la tierra, navega en las aguas, se eleva triunfante en la atmósfera, y en todas partes vive: los valles y las montañas oyen su voz, y son testigos de su poder y de su génio.

Mas la Providencia no le abandona en sus peregrinaciones, y en todos los países halla compañeros prontos á ser-

virle. El Asia le ofrece el dromedario y el elefante, Europa el asno, el caballo y el buey: el bisonte y el búfalo dividen con el africano sus fatigas; el vagabundo árabe pasea sus vastas soledades, montado en el infatigable camello; el lama carga los efectos del peruano, y la vicuña le viste con su hermosa lana; y entre los musgos y nieves eternas de las regiones polares, el lapon y el samoyedo uncen los renos á sus ligeros trineos, y alimentados por su leche, y vestidos de sus pieles abrigadoras, vagan por sus desiertos sombríos al magnífico esplendor de las auras boreales.

La Providencia quiso asegurar la tranquilidad y la vida del hombre con medios aun mas admirables. El tigre, el jagal, la onza, animales terribles y sanguinarios, solo pueden propagarse en los desiertos africanos; los feroces jaguares, ocelotes y pumas decaen y mueren si se les aparta del suelo de América: las culebras de cascabel, y los boas monstruosos nunca salen de sus sabanas; una fuerza invencible sujeta al rinoceronte y al hipopótamo en las orillas del Ganges, donde semejantes á los dioses de los rios, se ocultan entre los verdes juncos. Todos estos animales feroces solo se reproducen en su

pátria; pero los animales mansos y útiles, que ayudan al hombre en sus trabajos campestres, como el buey, el caballo, el asno, el perro, la oveja, habitan en cuantas regiones ha penetrado el hombre; fieles á su señor, le han seguido en sus viages; donde quiera que ha plantado su tienda, han abierto surcos laboriosos, ó cargádose con haces de espigas doradas; y esparcidos por toda la superficie del globo, se han hecho habitantes del universo.

Como los granos cereales crecen en todas partes, el animal que sirve para su cultivo debia seguirlos á diversos climas. Esta harmonia entre una débil gramínea y el animal que no la come, es uno de los fenómenos maravillosos que solo puede explicar la prevision divina.

Si la naturaleza deja al hombre el encargo de guiar á ciertos animales á distintas regiones del globo, tambien multiplica otros por sí misma: asi hay abejas en todas partes, porque toda la tierra se adorna con flores, y la abeja estaba destinada à recoger en sus cálices el néctar delicioso que encierran.

Parecerá tal vez una paradoja decir que el hombre debe á los animales domésticos una parte de su grandeza, y no hay cosa mas probable. La subsistencia

de las naciones descansa enteramente sobre el trabajo del buey, del caballo y del asno, y si estos servidores robustos no auxiliaran al hombre, cada familia tendria que cultivar para sí un pedazo de tierra; todos fuéramos cazadores ó cultivadores; ningun comercio exístiria entre los hombres separados por bosques inmensos; cada uno solo pensaria en sí; aun reinarian en la tierra la ignorancia y la barbarie; no se habrian alzado las ciudades; las artes no hubieran desplegado sus maravillas, y el hombre, en fin, bajaria al sepulcro sin conocer la grandeza de su genio, si faltaran á la creacion tres animales, á quienes manda y menosprecia.

Terminaremos este artículo con una reflexi3n bien natural, y es que los animales no necesitan de nosotros, y nosotros sí de ellos, lo que parece demostrar que el objeto de la creacion fué el hombre. Si se pregunta por su fin, responderá su inteligencia sublime. El bruto siempre encorvado hácia la tierra, y con la cabeza tendida hacia su alimento, está indicando que vivir es su único objeto: al contrario el hombre, derecho, con la cabeza elevada, abraza con una ojeada el zenit y el horizonte, y la naturaleza puso el cielo ante sus ojos, como la tierra ante los ojos de los animales.

## PENSAMIENTOS.

NUNCA me hago esperar, decia Boileau; porque he notado que los defectos del hombre se presentan siempre á la memoria de quien lo espera.

La esperanza agita al ambicioso, el temor al avaro, y al criminal los remordimientos.

Los jóvenes dicen lo que hacen, los viejos lo que hicieron, los necios lo que piensan hacer.



## POESIA.

### MEDITACIONES POÉTICAS. [\*]

#### LA ETERNIDAD Y EL ESPACIO.

¿Do están, Padre del hombre, las barreras  
que tu potente mano  
trazó en el éter puro á las esferas?  
¿Do el círculo liviano  
de los rápidos siglos se detiene?  
¿Las llaves de ese abismo quien las tiene?  
Tú, que de brillo y magestad llenaste

---

[\*] *Con este título publicó en Londres ha seis ó siete años un tomo en folio con soberbias láminas.*

lo que antes nada fué; tú, que indicaste  
carrera al tiempo en limitada via,  
que es en tu duracion cual solo un dia.

Tú, que en divina esencia  
gozábaste, llenando  
la augusta inmensidad con tu presencia  
velada en gloria; cuando  
llegado el plazo de inmortal decreto,  
de tu excelso palacio

salir hiciste el tiempo y el espacio.

Revelóse el altísimo secreto  
de tu saber inmarcesible entonce,  
y las puertas de bronce  
de eternidad se abrieron,  
y los años nacieron.

Por vez primera de tu luz divina  
desprendida tan solo una centella,  
pobló rauda de soles y de mundos  
los ámbitos profundos.

La elipsis insondable en peregrina  
plácida marcha recorrió la estrella,  
y otra en pos, y otras mil, y otras que encumbran  
sus rayos no sabidos,  
y los globos que alumbran,  
y ruedan á sus leyes sometidos.

Mas ¿donde acaba el sideral conjunto?

Crejera el hombre descubrir osado  
su término ignorado;

*D. J. J. Mora, literato célebre, muy conocido por su elegante NO ME OLVIDES. Pero el enorme precio de ocho pesos á que se ha vendido un volumen que solo contiene diez ú once composiciones, ha limitado mucho su circulacion. Por esto, y por el sobresaliente mérito de esas poesias, que son de un género casi nuevo en nuestro idioma, hemos determinado reimprimirlas en la Miscelánea.*

creyó llegar al punto  
 donde el postrero resplandor limita  
 la tiniebla infinita,  
 y súbito el cometa flameante,  
 cual altivo gigante,  
 rompe la ignota valla,  
 y la razón enmudecida calla.

Empero de esta hueste esplendorosa  
 que reverente admiro,  
 cesará el vasto giro.  
 Confusion espantosa  
 turbará la armonía  
 que los excelsos círculos estrecha,  
 y en átomos desecha  
 la clara antorcha que dispensa el día,  
 rayo tornará á ser de la diadema  
 que el solio cubre á la deidad suprema.  
 Conmovidos los sólidos cimientos  
 de la creación, tras lid encarnizada,  
 caerán los elementos,  
 cual piedra de los montes desprendida,  
 en el oscuro abismo de la nada.  
 De Eternidad el inflexible imperio  
 de nuevo empezará, y en la escondida  
 región de alto misterio,  
 junto al trono divino,  
 se fijará su seno diamantino.  
*Jamas!* dirán en cánticos sonoros  
 los celestiales coros;  
 y bramando, *Jamas!* en grito eterno,  
 repetirá el Averno.

## EL SEPULCRO.

ABRE, mansion postrimera  
 del hombre, funesta tumba,

los arcanos misteriosos  
que en tu lobreguez se ocultar.

Abre ese abismo de ciencia,  
que en tu cavidad profunda  
la mano del tiempo labra  
entre fetidez impura.

Revela el enigma inmenso  
que en vano los sabios buscan  
en los seres que decoran  
la bella faz de natura.

Con tu centella volátil  
nuestras miradas ofusca  
la vida, ilusion veloce  
que en la nada se sepulta.

Y ¡que deja en pos! Engaños,  
remordimientos y angustias,  
que los postreros instantes  
con parda tiniebla enlutan.

¡Feliz quien antes contempla  
sin temor, sin amargura,  
la morada silenciosa  
que el ser en no ser trasmuta!

¡Feliz quien sus documentos  
con pecho dócil escucha,  
y en su recinto espantoso  
solaz encuentra y holgura!

Y ¡quien se arredra al mirarla!  
Quien siguió de la fortuna,  
sordo á la afliccion agena,  
las suaves imposturas;

Quien en placeres se anega,  
mientras pérfida le arrulla,  
y lo acaricia traidora  
la voz de lisonja astuta;

Quien las naciones oprime  
con dominacion injusta,

y en la sangre de los pueblos  
su exécrable poder funda;

Quien el lenguaje potente  
de la alma razon usurpa,  
y supersticion sangrienta,  
y falsa virtud anuncia.

¡Temblad, perversos! en vano  
vuestra soberbia murmura;  
tiempo vendrá en que esa piedra  
por siempre os someta y cubra.

Ved cual mezcla inexótable  
dentro su caverna oscura,  
valor, impiedad, riqueza,  
maldad, inocencia juntas.

Al guerrero sanguinoso,  
triumfante en acerba lucha,  
y á la cándida doncella,  
flor de gracia y hermosura.

La frente que el lauro adorna,  
la mano que el cetro empuña,  
y el seno que palpitará  
de deliciosa ternura.

Todo paró en vil ceniza,  
todo en corrupcion inmunda,  
que en fragmentos impalpables  
luego en las auras circulan:

Y á la atraccion poderosa  
que las esferas subyuga  
cediendo, con nuevas formas  
en otros seres se mudan.

Asi las leyes supremas  
del órden se perpetuan,  
y asi del vasto universo  
la magnífica estructura.

Empero, en region mas alta  
que sobre el globo se encumbra,  
otras leyes adorables

rigen las esencias puras.

La puerta de esas regiones  
incógnitas es la tumba:  
¡dichoso quien sus secretos  
con fé y humildad estudia!

## LA MUERTE DEL IMPIO.

¡QUE espera el que ultrajando  
la ley que lleva en la razon escrita,  
con designio nefando  
por la senda maldita,  
desbocado en su error se precipita?

¡Puede el protervo halago  
de la suerte cubrir de alevos rosas  
el funeral estrago  
que hicieron sanguinosas  
sus manos contra el justo poderosas?

Y la nube de incienso  
que ante su trono quema la falsia,  
¡acallará el intenso  
dolor que noche y dia  
la calma turba á la conciencia impia?

Dóciles á su acento  
llegarán los placeres, y afanosos,  
suave aturdimiento,  
deleites amorosos,  
verterán en banquetes abundosos.

De sus pérfidos lazos  
víctima infausta, la doncella pura,  
pierde en sus torpes brazos  
la flor de la hermosura,  
tornando su solaz en desventura.

Mas ¡ah! que fria y lenta  
la dolencia mortífera aletarga  
su vigor, y atormenta

con turbacion amarga  
su recuerdo, y la voz hiela y embarga.

Y entonces el sendero  
que le ofreciera sonriendo el vicio,  
desgarrado el ligero  
velo de hado propicio,  
es á sus ojos hondo precipicio;

De donde se levanta  
grito amenazador del que oprimiera  
con orgullosa planta,  
cuando en pompa altanera  
creyó que el mundo su dominio fuera.

Volver quiere los ojos  
que las visiones tétricas oprimen;  
mas doquier los despojos  
que fueran de su crimen,  
mira que ansiosos por venganza gimen.

Y el eco de venganza  
á sus oidos retumbando llega;  
la dulce confianza  
su bálsamo le niega,  
y en despecho sacrílego le anega.

Feroce desvario  
su mente agita en el dolor extremo  
con porvenir sombrío,  
y del labio blasfemo  
despide exêcracion contra el Supremo.

En convulsion penosa  
luchan sus miembros: su mirada gira  
turbada, vagarosa;  
del pecho se retira  
calor vital, y maldiciendo espira.

TOLUCA. 1832.

---

*Imprenta del Gobierno del Estado, á cargo del  
Ciudadano Juan Matute y Gonzalez.*

---

**MISCELANEA.**

PERIÓDICO CRÍTICO Y LITERARIO.

*Miscuit utile dulci.*

HORAC.

---

**FEBRERO DE 1832.**

---

**VARIEDADES.****MANUSCRITO**

ENCONTRADO EN UNA CASA DE LOCOS!

Soy el primogénito de una familia numerosa, noble de nacimiento y eminente en riqueza. Mis hermanos son ágiles y vigorosos: mis hermanas son bellas, como los sueños de la fortuna. ¡Por qué fatalidad yo solo caí en este brillante mundo contrahecho y espantoso? Mis miembros son un remedo, mi semblante horror, y mi existencia una mancha en la superficie de la creacion, una discordia en la harmonia de la naturaleza, una miseria viva, una maldiccion animada. Estoy priva-

3

do de los objetos de mi carrera, condenado á no encontrar cosa viva á quien comunicar los afectos cuya fuente profunda tengo en el corazón. Soy la execración del amor: la amistad me mira con asco, y la compasión al contemplarme se convierte en aborrecimiento. Donde quiera que huyo me cerca el odio como atmósfera, y me siento entre el círculo impasable de un destino perseguidor y pavoroso. La ambición, el deleite, la filantropía y la fama, bienes comunes de la sociedad, son como otros círculos que solo tocan al mío en un punto, que es el tormento. La ciencia de los sabios ordinarios comparada con mi sabiduría, es como el polvo respecto del oro; mi caridad y amor se extienden hasta á los gusanillos de la tierra. ¿Para que me sirven todas esas cualidades? No puedo emplearlas sin mezclarme con los hombres, y al punto que lo hago, mi existencia se convierte en agonía, cébase en mí la burla, el terror sigue mis pasos, vivo de veneno, y solo el menoscupio me alimenta.

Quando nací, la nodriza me negó el pecho: mi madre al verme cayó en delirio, y mi padre mandó que me ahogasen como á un monstruo. Los médicos me salvaron. ¡Malditos sean! Una muger, vie-

ja y sin hijos, me crió por caridad. Cre-  
cí, y busqué algo que amar. Todo lo a-  
mé, la tierra, la yerba fresca, el insecto  
vivo, el bruto doméstico, desde la piedra  
muerta que pisaba hasta el sublime as-  
pecto del hombre, nacido para mirar á las  
estrellas y despreciarme; desde la cosa mas  
noble hasta la mas delicada, desde la mas  
hermosa hasta la mas abyecta, todo lo a-  
mé! Arrodilléme ante mi madre, pedíla  
su amor, y se estremeció. Acudí á mi pa-  
dre, y me arrojó de su presencia. Los in-  
dividuos mas viles de la raza humana se  
negaron á asociarse conmigo: hasta el per-  
ro, (y busqué uno que parecia mas feo  
y asqueroso que los otros) me temia, y se  
alejaba de mí con repugnancia. Crecí so-  
litario y miserable; fui como el réptil a-  
prisionado en el corazon de una piedra,  
emparedado en una soledad á que nun-  
ca llegó el plácido aliento de la simpatia,  
y condenado á vegetar y consumirme en  
meditaciones sofocantes y ponzoñosas. Em-  
pero, aunque este fuese el calabozo de mi  
corazon, no podian negar á mis sentidos  
exteriores el aspecto dulce y magnífico de  
la naturaleza, ni quitarme la sociedad de  
los ilustres muertos. La tierra me abrió  
sus maravillas, y sus tesoros los escritos de  
los sabios. Léí, estudié, examiné, descen-

\*

dí á las fuentes profundas de la verdad, y reflejó en mi alma la santidad de su divina hermosura. Lo pasado se estendia como un mapa delante de mí; los misterios de este mundo vivo se levantaban de lo presente como nubes; aun la esperiencia llegó á darme algunas prendas y señales del tenebroso porvenir, y yo colgué sobre las maravillas de la creacion los talismanes de la ciencia y de la poesia. Mas no me era posible vivir en un mundo de amor, y ser la única cosa condenada al odio. "Viajaré," dije, "á otras regiones del globo. Todos los hijos de la tierra no llevan en sí el sello activo de ángeles y dioses, y entre su infinita variedad podrá haber alguno que me vea sin horrorizarse." Me despedí del único ser que no me odiaba, de la muger que me crió. Estaba ya decrépita y ciega, por lo que no rehusó poner su mano sobre mi cabeza deforme y bendecirme. "Pero más valia," prorumpió al bendecirme, apesar de su chochera, "mas valia que hubieras perecido en el vientre!" Y yo al oirla solté una gran carcajada, y partí.

Una tarde, en una de mis escursiones, me encontré al salir de un bosque junto á la casa del cura de una aldea. Rodeábala una tupida y alta cerca de ar-

bustos bañados en rocío por el crepúsculo de verano, en que la rosa, el jazmín y la azucena exhalaban perfumes deliciosos, que no se me vedaba gozar. Andaba yo lentamente junto á la cerca, y oí voces del lado opuesto: paréme á escuchar, y eran unas mugeres que hablaban del amor y de las cualidades que lo crean.

"No," decía una, y la música de sus palabras estremeció mi corazón, "no requiero belleza en un amante, sino una alma que domine á otras, y una pasión que me incline esa alma. Quiero génio y afecto, nada mas."

"Empero," dijo la otra voz, "no podrias amar á un monstruo en persona, aunque fuese un milagro de entendimiento y de amor."

"Podria," replicó con fervor la primera; "conozco bien mi corazón. ¿Te acuerdas de la muchacha de la fábula, á quien amaba un monstruo? Pues yo hubiera amado á ese monstruo."

Alejáronse un poco, mas yo las seguí por fuera, y por una abertura de la cerca ví el semblante y la figura de la primera, cuyas palabras habian traído á mi corazón un vislumbre del cielo. Sus ojos despedían una luz dulce y penetrante: el cabello que se dividia en su frente

te cándida, era del color brillante del oro: su aspecto era melancólico y pensativo, y sobre la delicada y transparente palidez de sus mejillas vagaba la elocuencia del pensamiento. Podía tal vez no parecer bella á otros ojos, pero á los míos fué un ángel. ¡Oh! el semblante de la criatura que infunde en el pecho tenebroso los primeros vislumbres de la esperanza, es mas bello que las visiones del poeta Cario, ó las formas aéreas que flotaban ante las hijas de Delos! Desde entonces tomé mi resolución: ocultéme en el bosque inmediato, y allí me alojé con los animales silvestres en cavernas, ó bajo las sombras de los árboles. Pasaba los dias en sueños y delirio apasionado: al anochecer salia para espiar desde lejos los pasos de la que adoraba, ó acercarme oculto entre los matorrales, y regalarme con su voz argentada. En la silenciosa y larga noche, acostado bajo la sombra de su techo, fijaba mi alma vigilante como una estrella, en las ventanas del cuarto en que ella dormia. Regué sus paseos con las flores de la poesia, y conmoví el aire con el aliento de la música. En mis escritos y canciones usé cuanto podia despertar su imaginacion ó excitar su interes en los blandos acentos de

la alabanza, el idioma ferviente de una pasión, ó la melodía líquida del verso. ¡Tentativas funestas! ¡Séquese la mano, consumábase, como la hoja devorada por el fuego, el corazón de que salieren las plegarias de mi amor nefando y pavoroso! La dije en mis versos y en mis cartas que habia oído la confesion de sus sentimientos: la dije que yo era una cosa repugnante á la luz del día; pero tambien la dije que la adoraba, y respiré mi historia y su amor en los números del canto, y los entoné con las cuerdas plateadas de mi laud, en voz que desmentia mi aspecto, y no dejaba de estar en harmonia con la sublime naturaleza. Ella me respondió, y su respuesta llenó de encanto el aire, que hasta entonces habia sido para mí un tormento respirable. Repitióme que nada la importaba la belleza del cuerpo, sino la del alma. Díjome que quien escribia y sentia como yo, no podia serla odioso: díjome que podia amarme, aunque mi figura fuese aun mas deforme que yo la pintaba. Y yo necio, miserable, la creí! .—Oculto entre los árboles, envuelto en un manto de pies á cabeza, y asegurado con su juramento de que no procuraria penetrar mi secreto ó ver mi figura hasta la ho-

ra que yo señalase, tuve con ella varias conversaciones en las noches apacibles del verano, bajo de las calladas estrellas, y mientras yo desarrollaba á su mente las maravillas del mundo místico, y las glorias de la sabiduria, mezclaba con mis instrucciones al amor y su apasionada elocuencia.

En una de estas noches, y en medio de la conversacion, ví que se inflamaban sus mejillas. "Vé," me dijo, "y obtén de otros la admiracion que me has inspirado: vé, comunica al orbe tu sabiduria, adquiere la gloria de la fama, la gloria que inmortaliza á los hombres, y vuelve, y reclámame. Seré tuya."

"Júralo!" exclamé.

"Lo juro!" dijo; y al decirlo, la luz de la luna bañaba su rostro inflamado con el ardor del momento y la singularidad de la escena: en sus ojos ardia un fuego enérgico, y su figura, cercada por la luz como por un halo de gloria, parecia ensancharse y crecer con la energia determinada del alma. La miré, y saltóme dentro el corazon. No la respondí: alejéme en silencio, y no volvió á saber de mí en algunos meses.

Volé á un sitio distante y solitario. Volví á rodearme de libros, á explorarlos

arcanos de la ciencia y á recorrer las estrelladas regiones de la poesia. Derramé sobre las páginas mudas los pensamientos y los tesoros de mi espíritu. Lanzé mis obras anónimas al mundo; el mundo las recibió, las aprobó, y se convirtieron en fama. Los filósofos se inclinaron atónitos ante mis descubrimientos. Los estudiantes pálidos esplotaron con ansia las minas de saber que yo revelaba, y las vírgenes solitarias suspiraban con rubor bebiendo en mis versos patéticos el fuego de las pasiones. Ancianos y jóvenes, todas las sectas y todos los países unieron su aplauso entusiasta al ser desconocido, que, según ellos, dominaba con nuevo y poderoso talisman á los genios de la sabiduría y á los espíritus del verso.

Volví á mi amor. La cité con el propio misterio y condiciones que antes. Declaréme el desconocido cuyo nombre llenaba todos los oídos y todas las lenguas. Ya su corazón se lo había dicho! Pedí mi recompensa, y la obtuve en el profundo silencio de la noche, cuando ninguna estrella penetraba el velo tenebroso de las nubes, cuando ningún vislumbre luchaba con la negrura universal, ningún soplo interrumpía la inmóvil pesadez de la atmósfera que nos cercaba. Los den-

sos bosques y los montes eternos fueron únicos testigos de nuestras nupcias, y mi amada, vestida de tinieblas como de un manto, se reclinó en mi seno, sin que la horrorizase el sitio de su reposo.

Esta singular union duró algunos meses, y yo era feliz. Al cabo, no pudo ya ocultarse el fruto de nuestro amor ominoso. Fué indispensable que huyésemos, ó confirmásemos con los ritos y ceremonias humanas una union que formamos entre las solemnidades mas santas de la naturaleza. Era imperiosa é inevitable la revelacion. Tomó el partido que me ordenaba la gratitud. Tranquilizado por sus protestas, enternecido por su fidelidad y amor, enloquecido por sus lágrimas, alucinado por mi corazon, convine en el matrimonio, y prometí descubrirme por la primera vez al pié del altar.

Llegó el dia prefijado. Por nuestro mutuo deseo tan solo asistieron dos testigos, ademas del sacerdote y el anciano y desolado padre, que solo consintió en nuestro singular himeneo, porque el misterio le parecia menos horrible que la infamia. Mi novia los habia preparado á ver un aborto deforme y pavoroso, pero (ah! ah! ah!) no los habia preparado á que me viesen. Entré; todos los ojos, me-

nos los de ella, se dirigieron á mi; resonó un grito unànime: el sacerdote cerró involuntariamente su libro, y murmuró un exorcismo contra un demonio; el padre se cubrió la cara con las manos, y cayó; los otros testigos salieron precipitados de la capilla. Apuntaba la aurora; las luces ardian con débil y fúnebre esplendor. Yo me llegué á mi novia, que trémula y llorosa bajo su largo velo, no habia osado mirarme. "Mírame," la dije; "mi esposa, mi adorada, mira á tu esposo!" La alzó el velo, vió mi semblante junto al suyo, dió un grito agudo, y cayó en tierra sin conocimiento. No la levanté: quedéme inmóvil, mudo. Ví fija mi suerte, completa mi maldicion, y mi corazon yacia dentro de mí muerte, helado como una piedra. Entraron otros, y se llevaron á mi novia. Poco á poco se reunió una multitud de gente á mirarme entre burla y miedo. Entonces volví en mi acuerdo, y me levanté. Los hice correr espantados, y dando un solo y penetrante grito, me precipité y escondí en el bosque inmediato.

Pero á la noche, volví á salir á la hora acostumbrada de nuestras citas. Acercuéme á la casa, escalé la pared, entré por la ventana á su cuarto. Estaba todo en soledad y silencio. No encontré

allí cosa viva; pero las luces ardian claras y brillantes. Llegué á la cama, y en ella estaba tendida una persona con una luz á los pies, otra á la cabeza. Asi me sobraba luz para conocer á mi esposa.—  
Era cadáver.....



## CARTAS SOBRE LA MITOLOGIA.

### CARTA DÉCIMA TERCIA.

JACINTO, CIPARIS, LA SIBILA DE CUMAS,  
CASANDRA.

CUANDO el amor fugitivo  
lejos de nosotros vuela,  
feliz el que se consuella  
en brazos de la amistad!  
La mitad de sus dolores  
ella recibir se digna,  
y el peso tiempla benigna  
de la restante mitad.

APOLO gozaba este dulce consuelo en la sociedad del jóven Jacinto: sus lágrimas eran menos amargas, y renacia la serenidad en su corazon. Pero Zéfiro, que habia sido amigo de Jacinto, se encoló de su intimidad con Apolo, en términos de que un dia que los nuevos amigos juga-

ban al disco, Zéfiro dirigió con su aliento el disco de Apolo á la cabeza de Jacinto, y le mató. La sangre que corrió de su herida produjo la flor que tiene su nombre, y nace al fin del invierno, como si quisiese aun evitar el aliento de Zéfiro.

Disgustado Apolo de la amistad, volvió al amor, y suspiró por la ninfa Perseis, hija del Oceano, es decir, de padre no conocido, porque los genealogistas de aquellos tiempos hacían descender del mar ó de los rios á los héroes y ninfas, cuyo origen parecía dudoso. La ninfa del Oceano fué piadosa, y no tardó en ser madre de la célebre Circe.

Apolo iba todas las tardes á visitar á su familia, y dejaba su rebaño á cargo del jóven Ciparis, que ocupaba en su corazon el lugar del mísero Jacinto.

Apolo ardiente sin cesar le hablaba de su dichoso amor, de su querida, y de frioleras que con gran dulzura refieren los amantes

al que puede atenderlos con frescura.

Después de estas largas conferencias, le abrazaba, y partía en busca de Perseis. Por desgracia encontraba en el camino á la ninfa Bolina, y no era insensible al deseo de agradarla.

Hablábala el dulce idioma  
de los ojos y las señas,

que comprenden las muchachas  
con admirable viveza.

Pero la ninfa, que aun era inocente, aunque ya tenia quince años, no entendia esta lengua de accion. Al cabo Apolo para hacerse entender, se puso á perseguirla hasta la playa del Oceano, en el que se precipitó la infeliz para escaparse. Anfitrite, enternecida por su desgracia y su virtud, la recibió en el número de sus ninfas, y la concedió la inmortalidad.

Apolo desesperado por esta desgracia, de que habia sido autor y testigo, venia á contar á su camarada sus remordimientos, cuando le halló espirando junto á su cabaña.

Ciparis amaba tiernamente á un cervatillo que habia criado. Al anochecer quiso espantar algunas bestias feroces que se acercaban al rebaño de su amigo, disparó una flecha, y atravesó al cervatillo que erraba en el campo. Ciparis, al verle caer dió un grito, y cayó abrumado por su dolor. Su alma próxima á volar, vagaba en sus labios marchitos.

Le aquejaban las ansias  
de la naturaleza enflaquecida,  
que á la muerte disputá  
el postrimero soplo de la vida.

A la llegada de Apolo abrió los ojos

por última vez; y con voz casi apagada, le hizo esta triste súplica.

De mis males libértame al cabo,  
deja á un triste que pueda morir;  
pues amar es al hombre forzoso,  
y el amor nos condena á sufrir.

Apolo, estrechándole en sus brazos, recogió su último suspiro, y le convirtió en cipres. Devorado de pesadumbres, invocaba á la muerte, y maldecía su inmortalidad. Pero el amor le ofreció nuevos consuelos. La Sibila de Cumas vino á buscarle, y con el tono de voz que tan bien saben tomar las hermosas, le dijo:

¡Para siempre de prados y florestas  
os destierran del hado los rigores?

¡No cantareis las fiestas  
del campo y los amores?

"No," dijo Apolo; "la soledad es mi  
"único placer." La Sibila repuso con ternura:

Es justo vuestro dolor,  
y mi alma en él se interesa;  
mas sin huir á mis amigos,  
á tener yo vuestras penas,  
las llorara en algun sitio  
donde encontraros pudiera.

Calló, y bajó los ojos. La mano del pastor se encontró con la suya, y ella continuó.

¡Puede insensato maldecir la vida  
quien debe al cielo juventud lozana,  
sensible corazón, gracia y belleza?

Si nuestras ninfas tiernas y pastores  
 como una flor desaparecer os vieran,  
 sus lánguidos suspiros, y aun los mios,  
 á echar menos la vida os compelieran.

Al hablar así, corrian lágrimas por  
 sus mejillas, y el dios para mezclar sus  
 lágrimas con las de su consoladora, la te-  
 nia estrechamente abrazada. Despues de  
 un silencio un poco largo, pero espresi-  
 vo, le dijo la Sibila con dulce languidez:

”¡Aun renuncias, ingrato,  
 con cruel misantropia  
 á disfrutar del dia  
 la bella claridad..?”

—”No,” dijo el dios amante;  
 ”desde que ya te adoro,  
 aprecio el gran tesoro  
 de la inmortalidad.”

Entonces la Sibila tomó un puñado  
 de arena, y continuó, dejándole tomar un  
 beso.

”Yo la inmortalidad no quiero altiva,  
 ”pero quisiera siempre consolarte.”

—”Ay! yo no puedo eternizar tu vida,  
 ”pero puedo su curso prolongarte.”

—”Mira esta arena en mi tendida mano:  
 ”pronuncia, y cada grano  
 ”aumente un año mi mortal carrera.”

Concedióselo el dios, que bien sabia  
 por su fiel esperiencia  
 que cada instante de placer valia  
 un siglo de existencia.

Mas, ay! la Sibila conoció despues  
 cuan funesto era este presente.

Volaron con el tiempo sus amores,  
y llegó la vejez. Entre la nada  
á su generacion vió sepultada,  
y solo tuvo amigos en la tumba.

A los mil años, triste y miserable,  
sin amor ni amistad, sola en el mundo,  
clamaba al cielo en tono lamentable:  
»Dispénsame de arena el postrer grano,  
ó dame alguna mano  
que me cierre los ojos compasiva.»

La primera de sus pesadumbres fué la ingratitud de Apolo, que la abandonó por Casandra, hija de Priamo. Esta princesa prometió capitular si le concedía su amante el don de profecía. El hijo de Latona se lo prometió, jurando por el lago estigio. Pero apenas pronunció este juramento irrevocable, cuando Casandra se burló de su credulidad. El dios para castigarla añadió á su don la circunstancia de que nadie creyera sus predicciones. Aseguran que despues de la muerte de esta princesa, su espíritu profético ha recorrido las cuatro partes del mundo, y al fin se ha fijado en las imprentas de los periodistas.

Apolo, burlado por Casandra, se consoló con la ninfa Climene, de quien tuvo á Faeton y á sus hermanas.

Pero en brazos de Climene  
descansar le dejaremos,  
porque en materias de amor  
conviene tomar aliento.

## LA EDUCACION MODERNA.

*Abstineas igitur damnandis: hujus enim vel una potens ratio est, non crimina nostra sequentur ex nobis geniti: quoniam dociles imitantes turpibus ac pravis omnes sumus.*

JUVEN. SAT. XIV.

Seamos, pues, irreprehensibles, para que nuestros hijos no se autorizen con nuestros yerros; porque todos somos imitadores dóciles de las torpezas y maldades.

EL tiempo se pinta completamente en las generaciones vivas: los viejos representan lo pasado; los hombres lo presente, y los niños lo futuro: en el cuadro inmenso de la vida humana, los primeros ofrecen sus ejemplos, los segundos sus acciones, y los últimos sus esperanzas. Estos me interesan mas, porque aun no ha desmentido la esperiencia sus promesas; pudo al menos dotarlos en idea de todas las cualidades que apetezco; y para que nada altere el amor que les profeso, imputo á sus padres las faltas que les noto.

Como no hay objeto mas importante que la educacion, ninguno ha ocupado mas á los teóricos, de los cuales el autor de *Emilio* es sin duda el mas inge-

nioso y elocuente. Irritado contra los vicios de la educacion antigua, creyó que bastaba diferenciar para mejorarla, y partiendo del principio falso de que todo sale bueno de las manos de la naturaleza, y todo se corrompe en la sociedad, quiso, como dice Voltaire, enseñarnos á andar en cuatro pies. Sus teorías brillantes sobre la educacion han corrido igual suerte que sus elocuentes cavilaciones políticas; estas han formado hombres sistemáticos, en vez de crear estadistas, y las otras solo han producido niños mal criados. El antiguo sistema de educacion tendia á sofocar el gérmen para madurarlo; hoy se apresura su desarrollo por todos los medios posibles, y se quiere tener hombres á los quince años, con inminente peligro de hallarse con niños de cuarenta.

Mi amiga Doña Antonia L\*\*\* me comprometió un domingo pasado á que la acompañase á comer con una señora, conocida por el exceso, ó mejor dicho, por la ostentacion de su ternura materna. Eran las dos: Doña Antonia entró á la cámara de su amiga, que aun se vestia, y me dejó solo con un señorito de ocho ó nueve años, á quien habia dado un beso al entrar, llamándolo Eugenio, y que era hijo de la ama de casa. Este perso-

nage corrió chasqueando á dos manos un enorme chirrion con que se divertia, y dirigiéndome con poquísimo empacho la palabra, me preguntó: "¿Como te llamas?"—"Amiguito," le respondí, presentándole el sobrescrito de una carta que habia recibido en la mañana, "no acostumbro declinar mi nombre: veamos si sabes tú deletrearlo." "Mejor quiero que tú me lo digas," replicó, echando al aire la carta de un revés, y estirándome por la levita. Fuieme indispensable satisfacerle, y en pago de mi condescendencia, añadió el chiquillo: "Eres bien prieto y bien feo." Traté de hacerle entender que no habia estado en mi mano evitar este doble inconveniente, y que no era muy cortés el echármelo en cara; pero lejos de escucharme, asaltó una de mis bolsas, y sacándome de ella mi modesto pañuelo de color, huyó con la presa, y no sin grandes carcajadas, al aposento de su madre. Esta salió á pocos momentos con él, deshaciéndose en disculpas de aquella travesura, y yo, bastante enfadado, apenas pude murmurar un cumplimento irónico sobre la viveza y gracia del señorito, al que la madre correspondió presentándome á la señorita Emilia, hermana del ilustre Eugenio, que me pareció una personita de ri-

dícula gravedad, y pagadisíma de sí propia.

A poco fueron llegando otros convidados, entre los cuales habia muchos niños de todas edades, y nos pusimos á la mesa. Ví con gusto que la familia menuda iba á comer á otra pieza; pero al irse el caballero Eugenio, cuidó de intimarnos que vendria cuando se sirviesen los postres.

La comida fué triste: hablóse mucho de política, y como cada cual tenia la suya, no era fácil que nos entendiéramos; faltaba poco para llegar á las injurias, cuando un grito agudo que lanzó una de las señoras interrumpió la conversacion, y presto supimos que se trataba de otra gracia de Eugenio. El insufrible niño, agazapado bajo la mesa, se *divertia* en pellizcar la pierna á una jóven, cuya modesta hermosura me habia llamado la atencion. Costó mucho trabajo sacar al bribonzuelo de su guarida, y solo se logró con la amenaza de que se le privaria de los postres. En esto cntraron todos los niños que no eran menos de nueve, y ya no se trató mas que de ellos.

Las madres se cumplimentaban unas á otras sobre las gracias de su prolc. ¿Que edad tenia este? ¿Donde iba aquel á la escuela? ¿Cuanto tiempo habia mamado aquella? y otras preguntas de igual importan-

cia se sucedian rapidamente; y los que mas se reian de ellas, afectaban mirarlas con mayor interes.

La persecucion apenas comenzaba. Estábamos tomando el café, cuando el padre de uno de aquellos mocosos, con la taza en la mano, quiso darnos idea de los conocimientos históricos del señorito, y con voz imponente, y que reclamaba la atencion del auditorio, le preguntó que rey de España habia sucedido á Fernando V. El niño respondió sin vacilar que Fernando VI. Las tres cuartas partes de los presentes, admirando la precision y prontitud de la respuesta, no dieron muestras de advertir la pequeña falta de exactitud que podia notársele, y á imitacion del historiador de chaqueta parecieron olvidar al famoso Carlos V, al atroz Felipe II, al nulo Felipe III, al disipado y fastuoso Felipe IV, al imbécil Carlos II, à Felipe V y á su hijo Luis, y se tragaron toda la dinastia austriaca, y al fundador de la borbónica, en un periodo de mas de dos siglos.

La señora de la casa aprovechó esta ocasion de hacer lucir á su hija, y dirigiéndose á ella con el tono de la confianza mas maternal, la dijo: "Emilia, dígnos que son las hamadriadas."—"Mamá,"

respondió la chica, "debias preguntarme antes por las driadas, pues las otras son su derivado." A esta palabra *derivado*, echó la señora sobre los concurrentes una ojeada circular, á que todos correspondieron con un gesto de admiracion.

Otra chiquilla, picada al parecer del ningun caso que la hacian, quiso tambien tener parte en el aplauso, y dijo á otra de las señoras: "Mamá, ¿quieres que te esplique las mínimas, semínimas, fusas, semifusas, corcheas y semicorcheas?" La madre tuvo la piedad de no acceder á la propuesta, y con todo empezaron á salirse algunos hombres. Yo los hubiera seguido con toda mi alma, pero estaba á las ordenes de doña Antonia.

Para contener la emigracion, se pidieron mesas de tresillo; y mientras se disponian, tuvimos que oir despedazar en el piano una sonata de Rossini por la inevitable Emilia, á quien su madre, con la mayor inhumanidad, hacia empezar de nuevo cuantas veces se equivocaba, lo que podia eternizar nuestro suplicio. Acabó por fin, y empezó el juego.

Despues de mil pesadumbres que me ha dado Birjan, me he propuesto, como el jugador de Gorostiza, no jugar sino al agridiez. Uno de los presentes me hizo la

propuesta, y acepté, por escapar á la impunidad de los muchachos. Nuestro partido era casi igual: yo habia perdido el primer juego, y tenia mucha ventaja en el segundo: era probable que con pocas jugadas iba á dar *jaque mate*: y ya de antemano gozaba mi triunfo y la sorpresa de mi adversario, cuando viese un *jaque á rey y reyna* que tenia preparado. Mas en tan crítico momento, una maldita criatura, en quien no puedo pensar sin cólera, corria por la sala, huyendo de otras, y vino á dar con la mesita, derribando consigo tablero y piezas. En la rabia que me encendia, y que aquellas señoras aumentaban con sus groserísimas carcajadas, maldije á todos los muchachos del mundo. ¡"Tiene V. valor," me dijo burlescamente la madre del derribado, "para enojarse con estos inocentes?"—A fé mia, señora, la respondí, "que tales inocentes me reconciliarían con Herodes." Duplicóse la risa, y muy oportunamente me dijo doña Antonia que su coche aguardaba. Tardé cerca de una hora en recobrar mi sombrero y baston, que aquellos mocosos habian escondido bajo de una cama. Un lacayo me los trajo por fin, y partimos.

En el camino hice confesar á doña Antonia que unas criaturas educadas así,

no podían menos de llegar á ser hombres insufribles y mugeres ridículas y holgazanas, y que si la educación antigua alejaba mucho á los padres de los hijos, la moderna los familiariza demasiado. ¡Será imposible hallar un medio entre ambos extremos?



## POESIA.

### *MEDITACIONES POÉTICAS.*

#### LA MUERTE DEL JUSTO.

QUIEN por segura vía  
 que no turbó el error, guió los pasos  
 de su existencia pia,  
 y en los acerbos casos  
 se humilló reverente,  
 piedad clamando al Padre Omnipotente;  
 quien de la esplendorosa  
 mundana pompa huyó, y en grato abrigo  
 de soledad sabrosa  
 buscara sin testigo  
 luz que no desfallece,  
 y belleza eternal que no perece;  
 quien acogió el lamento  
 del desvalido, y con semblanté adusto  
 rechazara el violento  
 perseguidor injusto,  
 sin humillar la frente

ante el poder que oprime al inocente;  
 libre y en paz y lleno  
 de consuelo inefable, en la dulzura  
 de un ánimo sereno,  
 gozará la segura  
 dichosa bienandanza,  
 que en la conciencia pura se afianza.

Sin que lo atemorize  
 fragor tremendo de huracán silvoso,  
 que al culpado predice  
 destino riguroso,  
 cuando el placer lo halaga,  
 y en la copa del vicio se embriaga.

De verdad y justicia  
 sigue las santas leyes, ni conoce  
 mas plácida delicia  
 que de turba feroce  
 burlar el impio estruendo,  
 de la razon la causa defendiendo.

Grata benevolencia,  
 con blando soplo el corazon le anima;  
 y mas que la opulencia  
 virtud humilde estima,  
 y mas en pobre aldea  
 que en alcázar dorado se recrea.

Al Ser desconocido  
 que de excelso fulgor los cielos dora,  
 con ánimo rendido  
 dentro del pecho adora,  
 viendo do quiera escrita  
 de su gloria la imágen infinita.

Como raudal benigno  
 manso vaga entre márgenes de flores,  
 modesto y cristalino,  
 y de ledos colores  
 la pradera matiza,

tal su vida inocente se desliza.

Ni de la edad el peso,  
ni de torpe vejez las manos frías  
turban el embeleso  
de sus serenos días,  
ni de aguda dolencia  
le atosiga la inútil impaciencia.

Y cuando el espantoso  
golpe de muerte le amenaza horrendo  
salúdala amistoso,  
duérmese sonriendo,  
y desencadenada  
el alma vuela á la mansion sagrada.

### LA SEPARACION.

DENTRO la frágil estructura humana,  
y dentro el complicado mecanismo  
de fuerzas y resortes que lo mueven,  
cual despota oriental, que de la turba  
la mirada solícita desdeña,  
la esencia inmaterial, la pura llama,  
ráfaga etérea del fulgor divino,  
sujeta y libre, esclava y dueña mora.  
Y como el sol los senos tenebrosos  
de la tierra fecunda y vivifica,  
tal á la inerte masa blando impulso  
dando invisible, y vida y movimiento,  
sobre el mudo universo la realza.

De esta union admirable, que encadena  
dos esencias contrarias, la armonia  
de la vida resulta, y de ella el noble  
mirar erguido al cielo, y el language  
que los secretos íntimos revela  
del oculto pensar, y el ruboroso  
sarmín de la virtud, y el fuego active

que despiden los ojos, cuando el g<sup>é</sup>nio,  
la indignacion, ó el anelar inquieto,  
fiero entusiasmo, en<sup>é</sup>rgico designio  
los afectos perturba; y del feroce  
conquistador el golpe irresistible,  
y de ternura el delicioso llanto.

Ligado al cuerpo en v<sup>í</sup>nculos tenaces  
vive el excelso esp<sup>í</sup>ritu, y á veces  
trocando el alto imperio en servidumbre,  
se eclipsa en sus dolencias, ó en la airada  
lucha de las pasiones, como el disco  
del astro refulgente entre las nubes.

Otra rompiendo el humillante yugo,  
remóntase al alcázar en que brillan  
las celestes lumbreras, y sus moles  
pesa atrevido, y mide sus distancias.  
Otra cediendo al venenoso influjo  
de la espuma suave, en vil letargo  
y en brutal abandono se sepulta.

Ya de meditacion las encumbradas  
regiones pisa, y sobre el ancho globo  
levantándose audaz, se enseñoera.

Ya la mirada del amor le postra  
rendido, inerme, como siervo humilde.

Sobre la cima fragorosa estiende  
su mole gigantea la alta roca,  
muda y perenne. Pasarán los siglos,  
y silenciosa y quieta en su inturbable  
dominacion, será del marinero  
término suspirado. En sus abismos  
tal vez circulan cristalinas aguas;  
de sus flancos hendidos el arbusto  
tal vez se lanza, al águila ofreciendo  
sombra en agosto, y en enero abrigo.  
Mas no es una su esencia, ni en lo oculto  
de su mole reside fecundante.

vital principio, que en eterno foco  
los separados elementos liga.

Ni ese roble nudoso, cuyas ramas  
con leve sombra la llanura ciñen,  
en la delicia de existir se place.  
Chupan sutiles jugos penetrando  
la tierra sus raíces, y del tronco  
por delicadas venas los conducen,  
y en pomposo follage los convierten.  
Mas, ¿dó la voluntad? ¿dó está el imperio  
de superior agente? Hiere el hacha  
las duras fibras, y el coloso altivo  
cede sin ansia, sin dolor: refrescan  
su corteza las lluvias, y no goza.  
Nació en el monte, y en el monte un día  
destrozado será cual monumento  
que al hombre representa, y no es el hombre.

No así la imagen del Eterno. El alma,  
luminoso destello de su gloria,  
la impura masa por do quier penetra,  
y un ser con ella forma, y una vida.  
Consolidan los años la alianza,  
sus facultades enlazando. Juntos  
en la débil niñez torpes vacilan,  
con paso incierto y pensamiento vago.  
Juntos despues, los trámites veloces  
del existir discurren, cual se elevan  
inseparables yedra y olmo amigos,  
y en Primavera unidos reverdecen,  
y el mismo ardor de julio los marchita.

De la separacion el crudo instante  
resonó pavoroso, y ya reluce  
la segur que los vínculos estrechos  
se apercibe á cortar. Ya se retira  
de los lánguidos miembros, y al estrago  
de corrupcion los abandona huyendo

la centella inmortal. Lenta circula  
 la sangre; al pecho la cerviz se inclina,  
 marchita, helada; el hálito postrero  
 la boca exhala. Envuelta en él y libre  
 vuela ligera el alma, y por la altura  
 desconocida, mas alla del éter  
 que hienden en su giro las estrellas,  
 en la bóveda inmensa se remonta.

### LA PUERTA DEL SEPULCRO.

En vano es resistir: con invisible  
 poder el tiempo la existencia arrastra;  
 ya se abrieron las puertas del sepulcro:  
 cada momento abrevia la distancia.

Despareció la escena de la vida  
 cual fugace meteoro, y las gracias  
 de la niñez, y el juvenil anelo,  
 y la ambicion sedienta y temeraria.

Hundiéronse en abismo tenebroso  
 los afectos purísimos del alma;  
 y aquellos lazos que tejió el cariño,  
 y que apretara amor con mano blanda.

Todo huyó: solo queda un paso breve  
 que el existir del no existir separa:  
 sigue, mísero, el curso que inflexible  
 la fuerza del destino te señala.

No aguardes que embriague tus sentidos  
 de la próxima aurora la fragancia,  
 ni que te aliente el rayo esplendoroso  
 que en pos las cumbres dorará lejanas.

Saldrá pomposo el padre de las luces  
 sobre el trono de nubes nacaradas;  
 revivirá gozoso el universo,  
 de nuevo ardor ceñido y nuevas galas.

Gratos perfumes verterán las flores;

ecos benignos soplarán las auras,  
bajarán espumosas las corrientes  
entre orillas de lícida esmeralda.

Y tú, polvo serás... menos que polvo;  
putrefacción, y desconcierto, y nada;  
destruccion de un naufragio, que el peligro  
con fragmentos inútiles señala.

Empero mira el géneo compasivo  
que al zenit dirigiendo la mirada,  
del alto solio implora la clemencia:  
tu protector es ese; es la Esperanza.

Ella en el hondo porvenir te ofrece  
término dulce á la inquietud liviana,  
reino eterno de paz y de justicia,  
delicias puras, que el temor no amarga.

## EL VALLE DE LA MUERTE.

ESA es la vida humana, áspero monte  
de rocas guarnecido y de malezas,  
y precipicios y escabrosos pasos,  
que destruccion y pérdida y ruina  
al viandante ofrecen. Del recinto  
tal vez adorna el suelo en verdes grupos  
césped herboso, y al poner la planta,  
de la engañosa superficie cede  
el aspecto falaz, y al hondo abismo  
rueda el incauto: por allí transitan  
los unos arrojándose furiosos,  
de roca en roca, ciegos, aturridos  
por prestigio letal. Con giro lento,  
cautos los otros, indecisos vagan,  
y dó menos le temen, se descubre  
tajo espantoso, que en el hondo seno  
por siempre los sepulta; y el infante  
que apenas fija el pié, desaparece;

y oprimidos del peso de los años,  
y de miseria y abandono, unidos  
en la comun desgracia, dos esposos  
que fe pura juraron, y fe pura  
hasta lo estremo del camino guardan.  
Y sumergido en altas reflexiones,  
lanzándose en los ámbitos sublimes  
de la meditacion, sábio que al mundo  
grandes arcanos revelar promete,  
mientras el arcano de su vida ignora.

Al valle oscuro que del monte ciñe  
la base incierta, límite trazado  
por invisible mano, ¡miserables...!  
todos con suerte igual se precipitan.  
Alli la muerte en inflexible imperio  
dominando espantosa, los confunde  
con uniforme destruccion; su abismo  
víctimas nuevas incesante aguarda,  
y mil generaciones aniquila  
su golpe asolador, y otras mil nacen  
para hundirse tambien, que así el decreto  
de alto saber lo pronunció en lo oscuro  
de excelsa eternidad, y así el destino  
con férrea mano los decretos cumple.



*Por ausencia del Editor de este periódico se ha demorado la publicacion del presente número.*

TOLUCA: 1832.

---

*Imprenta del Gobierno del Estado, á cargo del Ciudadano Juan Matute y Gonzalez.*

---

**MISCELANEA.**

PERIÓDICO CRÍTICO Y LITERARIO.

*Miscuit utile dulci.*

HORAC.

---

**MARZO DE 1832.**

---

**LITERATURA.****ENSAYO SOBRE LA NOVELA.**

LA vida de las naciones fué al principio heróica y mitológica. Cuando se formaba la sociedad, estaban presentes siempre los dioses á aquellas imaginaciones ardientes y crédulas; y la intervencion de seres sobrenaturales debió mezclarse á las narraciones de los hechos sublimes y de las hazañas realizadas por los hombres. La epopeya de Homero es la novela de la antigüedad. El hombre ayudado por una industria naciente, y en lucha con la naturaleza, aun no tenia en sus fuerzas bastante confianza para ser el héroe de sus propias narraciones. Minerva, Apolo, Vé-

nus, protegían su debilidad, y presidían al campo de batalla, á los palacios de los reyes, y al altar de los sacrificios. Las costumbres, las pasiones, los vicios de los hombres pendían de la voluntad omnipotente de los dioses. Si un mortal aparecía superior á los otros en valor ó en virtud, al punto dejaba de ser hombre, y la admiración y credulidad le alzaban al cielo.

Nació la sociedad política: y la novela no pudo aparecer en Grecia y en Roma. Absorbiólo todo la vida civil. Nadie fué en particular ni orador, ni poeta, ni jurisconsulto, ni sofista, ni general; todos eran ciudadanos. La casa fué el asilo de las necesidades mas vulgares de la vida; y el *Forum* ó el *Agora* eran la verdadera habitacion de todo ciudadano en Roma ó Atenas. La existencia de las mugeres, sin brillo ni esplendor, se limitaba á los afanes domésticos y á la educación primera de los niños. Mientras mas sencillez ó grandeza tenia este modo de considerar la civilización, mas se alejaba de la que debia producir la novela. La pintura de las costumbres privadas habria parecido pueril en un tiempo en que solo se conocian costumbres públicas. La imaginación de los poetas produjo ficciones

épicas, cuyos actores eran los dioses y semidioses, y jamas pensó en elegir por asunto particular y esclusivo las penas y goces del hombre, sus placeres domésticos, ni menos la observacion delicada del movimiento de sus pasiones, que desaparecia en la grande ágitacion de los ánimos y de los negocios. Sin embargo, los progresos del lujo fueron estinguendo poco á poco el ardor patriótico que animaba la sociedad, y se anunció la novela, cuando empezaba á desaparecer la vida civil de las sociedades antiguas. Los Asiáticos, en sus fábulas milésias, cuentan las aventuras de amantes infelices, ya separados, ya reunidos por la suerte. Petronio, que parece haber escrito en tiempo de los Antoninos, y no bajo el azote de Neron, se divierte bosquejando las escenas de una vida torpe y disoluta con la ingenuidad del vicio y la elegancia de un cortesano. El platónico Apuleyo, en una alegoria mezclada con narraciones de las costumbres populares, y cuyo fondo pertenece á los Griegos, se burla de los hechiceros y sacerdotes gentiles. Cuando florecia Licurgo, tronaba Demóstenes, y atendia Roma á la elocuencia de Ciceron, ¿quien habria puesto cuidado en esas ficciones ingeniosas? Los pri-

meros ensayos de la novela solo pudieron interesar cuando ya los pueblos, al ver destruida su existencia social, abandonaron la causa de la libertad y de la pátria, y huyeron de la opresion al seno de las familias.

La novela fué, por decirlo así, el resultado postrero de la civilizacion. El cristianismo alteró la suerte de las mugeres, y restableció la igualdad entre ellas y los hombres, que las habian tenido en servidumbre doméstica. La pasion del amor se desarrolló con ímpetu en todas sus formas. A la noble sencillez y grandeza de las costumbres antiguas siguió una complicacion de intereses, que acabó de embrollar el feudalismo. Véase una mezcla de libertad tiránica, de servidumbre opresora, de platonismo y pasiones brutales, de crímenes y devociones; un cáos, que no carecia de alguna grandeza, y en cuya noche profunda brillaron momentáneamente virtudes espléndidas. El estudio moral del hombre fué mas difícil é interesante, como una materia mas complexâ y heterogènea lo es para los experimentos del químico. Cuando se confundieron aquellos elementos estrafalarios, y la sociedad cobró una base fija, á fines del siglo XVII, los recuerdos y su influencia mo-

dificaron la literatura. Ya no habia patria, ni espíritu nacional, ni interés público; y la novela verdadera, que describe las flaquezas y pasiones humanas, salió naturalmente del seno de la sociedad oprimida.

No me detendré en los ensayos informes de los autores ignorantes y difusos que comentaron las crónicas antiguas de Roldan y Amadis con tono de alegato. Estaba estinguida la caballeria, su memoria conservaba prestigio, y aquellos novelistas quisieron aprovecharlo. Su imperio efímero pasó muy pronto, y solamente se recuerdan hoy por la parodia inmortal que completó su descrédito. La reputacion de *Don Quijote* es europea, aunque una severa crítica pueda reprender la inoportunidad con que algunos episodios de poco mérito se hayan zurcidos á la accion principal, y la poca delicadeza que repugna en algunos pasages. Tampoco me parece muy noble su objeto moral, cuya justa censura está bien espresada en los siguientes versos inéditos de un poeta contemporáneo.

#### ES DON QUIJOTE

el mas fatal y triste de los libros,  
 porque á reir nos fuerza, y á burlarnos  
 de la pura virtud. Desde su tiempo  
 cayó la gloria y el poder de España:

perdió su juventud el noble orgullo  
y novelesco ardor que un emisferio  
á su cetro humilló, y en **DON QUIJOTE**  
la decadencia nacional fechamos.

El influjo de las mugeres continuaba estendiéndose, y ellas crearon la novela de pasiones. Madama de la Fayette fué la primera que intentó analizar el corazon humano en sus emociones mas tiernas, y presentó una ficcion sin otros móviles que las gradaciones y contrastes del amor.

Entonces nació la novela, que tiene por objeto la vida privada, y sondea los abismos del corazon. Pero luego Le Sage reprodujo en una ficcion á la sociedad entera. Ninguna emocion del alma, ninguna variedad del amor habia evitado las observaciones de las señoras Lafayette y Tencin: ninguno de los vicios inherentes á las costumbres modernas, ninguna ridiculez de nuestras sociedades escapó al autor ingenioso de *Gil Blas*, que creó la novela de costumbres. Este Lafontaine de los novelistas, ingénuo por la fuerza y franqueza de su talento, variado como la vida humana, instructivo como la esperiencia, fué cual ella á la vez triste y agradable.

[Continuará.]



**CARTAS SOBRE LA MITOLOGIA.****CARTA DÉCIMA CUARTA.****LAS MUSAS.**

EL inconstante Apolo no tardó en prendarse de la ninfa Castalia, suspiró, y ella fingió no entenderlo; suplicó, y fué inexôrable. Al fin, viéndose estrechada, huyó hasta el pié del monte Parnaso, donde los dioses la convirtieron en fuente.

Su amante reclinado en sus márgenes, mezclaba sus lágrimas con la corriente, cuando le llamó la atención una melodía encantadora que venia de la cumbre del Parnaso. Levantóse, y subió por una senda sembrada de mirtos y palmas,

Mientras mas se acercaba, mas embriagaba sus sentidos el poder mágico de la harmonia. Detúvose por fin junto á un bosque, en el cual vió un grupo de nueve ninfas, sentadas en un anfiteatro de verdura. Ellas formaba aquel divino concierto con sus voces é instrumentos músicos. Pero al ver á Apolo armado con su arco y flechas, se levantaron y escondieron en la espesura del bosque. Al punto el pastor templó su lira, y les cantó la copla siguiente:

¡Por que huis, Ninfas hermosas,  
cual de una fiera terrible?

Sois bellas, y yo sensible.

¡Por que huis, Ninfas hermosas?

Ya se deja ver que Apolo era novicio cuando compuso esta redondilla, pero ademas del mérito de ser improvisada, tenia el de alabar á la hermosura, y ¡cuantas necesidades no se disimulan por este motivo á los poetas!

Las ninfas se detuvieron á escuchar á Apolo, y este pudo acercárseles. "Soy, les dijo con una reverencia, "el hijo de "Júpiter y de Latona. . ."—"Y nosotras," dijeron ellas, "somos hijas de Júpiter y "de Mnemósina. . ."—"¡Con que soy vuestro hermano! ¡Me permitireis que os abrace. . .?" Las ninfas se avergonzaron, y concedieron el beso fraternal. Apolo las dijo sobre su música mil cumplimientos, verdaderos ó falsos, que ellas correspondieron al punto; porque ya sabes que entre artistas los elogios exâgerados y mútuos son un cambio de moneda falsa.

La fraternidad de las artes unida al parentesco, produjo una dulce intimidad entre el hijo y las hijas de Júpiter, y su amistad fué siempre sincera, apesar del sexô de las nueve hermanas. Resolvieron vivir juntos, y establecer una academia. Apolo formó su plan, estableció por base

la ley de la concordia, y dió á sus hermanas el nombre de MUSAS, para mostrar su igualdad. Concluido el plan, el Dios del Parnaso repartió entre sus hermanas las ciencias y las artes, segun el gusto y disposicion de cada una. Poco despues tuvo la academia su primera sesion, y he aqui lo que pasó en ella.

La comenzó Caliope magestuosa con un bello discurso. Melpomene triste y en manto fúnebre velada, lamentó las desdichas de los héroes y del amor, y con divina magia hizo nacer deleite inesplicable del llanto y del terror. Luego Talia. lanzó contra los vicios y maldades de la punzante sátira los tiros, con risa uniyersal. Polimnia noble desplegó con elogio las virtudes y el invicto valor de los guerreros; y en las alas brillantes de la gloria al firmamento levantólos Clió.

Urania grave en sus brillantes tablas espleió la atraccion, el movimiento y la sublime y plácida harmonia de los planetas. La campestre Erato celebró de la choza los amores en la zampoña pastoril. Euterpe la acompañó. Tersícore con danzas terminó la sesion alegremente.

En poco tiempo adquirieron celebridad estas reuniones; la reputacion de las Musas se estendió mas allá de los reinos de la Grecia, y el hijo de Latona, pri-

vado del trono de la luz, subió al trono del génio. No habia fiestas brillantes de que él y sus hermanas no fuesen ornamentos; mas para transportarse de un modo cómodo y decente,

les fuera indispensable hacer el gasto de un carro, seis caballos y guarnicion completa.

¡Y quien se vió jamas atropellado por el rápido coche de un poeta?

Mientras las Musas deliberaban sobre el modo de ponerse en camino, vieron en el aire un caballo alado, que era el célebre Pegaso. Este caballo fogoso, nacido de la sangre de Medusa, dirigió su vuelo al Parnaso, paró en una peña, y de una patada hizo saltar la fuente Hipocrene.

Algunos menguados dicen que su agua poética beben, y en realidad solo toman la de la pública fuente.

A la voz de Apolo se detuvo Pegaso, montólo el dios, puso en ancas á las Musas, y ordenó al caballo que se dirigiese á la corte de Baco. Pegaso desplegó sus alas, y obedeció, con la rapidez del pensamiento.

En las Musas la tropa cortesana las bellezas admira  
cuya reunion feliz en tu persona  
mi adoracion inspira.

Adios: esto parece cumplimiento, y yo no debo usarlos contigo.

No siempre los cumplimientos  
dicta la pura verdad,  
y los que te diga, pueden  
ofender la realidad.



## SEGED,

CUENTO ARABE.

*Nemo tam divos habuit faventes  
crastinum ut possit sibi pollicere.*

SENEC.

SEGED, rey de Etiopia, monarca de cuarenta naciones, distribuidor de las aguas del Nilo, hablaba así á los veinte y siete años de su reynado: "Al cabo, Seged, tus afanes han llegado á su término. Has quietado á tus desafectos, sofocado á los rebeldes, acallado las envidias de tus cortesanos, ahuyentado la guerra de tus confines, y erigido fortalezas en tierra de tus enemigos. Los que te han ofendido tiemblan en tu presencia, y se obedece tu voz do quiera que se escuche. Tu trono esta rodeado por ejércitos numerosos como las langostas del verano, é irresistibles como el aliento de la peste. Tus almacenes estan llenos de municiones, y rebosa tu tesoro con los tribu-

tos de los reinos conquistados. La abundancia ondea sobre tus campos, y en tus ciudades brilla la opulencia. Tu ceño es como el terremoto que sacude las montañas, y tu sonrisa como el alba de un día de primavera. En tu mano está concentrada la fuerza de miles, y tu salud es la de millones de hombres. El himno de la alabanza alegra tu palacio, y el aliento de la bendición perfuma tus huellas. Tus vasallos ven tu grandeza, y no temen ninguna miseria ni peligro. ¿Por que, Seged, no gozas de los bienes que prodigas? ¿Por que tú solo no disfrutas de esta general felicidad? ¿Por que anublan los cuidados tu frente, cuando el último de los que te llaman soberano pasa el día en gozo y la noche en paz? Al fin, Seged, reflexiona, y sé prudente. ¿Que producen las victorias sino seguridad? ¿Para que se acumulan riquezas sino para comprar la ventura?"

Ordenó, pues, Seged, que se preparase para recibirle una quinta situada en una isla del lago de Dambea. "Me retiraré," dijo, "por diez días del tumulto y cuidados, de los consejos y decretos. Los que rigen á las naciones no pueden gozar una larga quietud, pero no puede negárseme una separacion de diez días, y

me es fácil asegurar este corto intervalo de dicha contra el temor ó el anelo, contra el pesar y disgusto. Escluiré de mi morada toda inquietud, y apartaré de mi mente las ideas que puedan turbar la armonia de los conciertos y las delicias de la mesa. Llenaré de gozo mi alma, y probaré lo que es vivir en la plena satisfaccion de todos los deseos."

Cumpliéronse al punto las órdenes de Seged, y pasó este al palacio de Dambéa, que estaba en una isla sembrada de cuantas flores desplagan sus tintas al sol, y de cuantos arbustos esparcen al aire sus perfumes. En un ángulo de aquel vasto jardin habia calles de árboles para paseos matutinos, y en otro bosquecillos espesos, grutas oscuras y fuentes murmuradoras para descansar al mediodia. Quanto podia halagar la imaginacion, ó solazar los sentidos, quanto puede sacar la industria de la naturaleza, ó proporcionar la opulencia al arte; quanto puede adquirir la conquista ó atraer la beneficencia, estaba alli reunido, para excitar y satisfacer todos los apetitos voluptuosos.

A aquella deliciosa morada llevó Seged todas las personas de su corte que parecian propias para recibir ó comunicar gusto; los jóvenes, las hermosas y los

ingenios, vinieron apresurados à saciarse de felicidad. Navegaron alegremente por el lago, que parecia suavizar ante ellos su cristalina superficie; los acentos de la música resonaban en todos los oídos, y todos los corazones estaban llenos de esperanza.

Desembarcado Seged con su comitiva, pasó á su cuarto, á pensar donde empezaria su círculo de ventura. Tenia delante á todos los artistas del placer, y no sabia á quien llamar, puesto que no podia gozar uno sin dilatar el goce de otros. Pensó y arrepintióse, resolvió y mudó sus resoluciones, hasta que fatigado y confuso volvió al salon en que le aguardaban, con un aspecto lánguido y triste, que al puntó se comunicó á todos los presentes. Notólo Seged, y se ofendió, porque aumentaba su mal humor el de los otros, que esperaba se lo disipasen con sus obsequios. Volvió, pues, á su aposento, y buscó el consuelo en sí mismo. Unos pensamientos se le acumulaban tras otros, y una larga serie de imágenes ocupó su mente. Pasósele el tiempo sin sentirlo, hasta que ya mas tranquilo alzó la cabeza, y vió que el largo reflejaba en sus aguas los últimos resplandores del sol que ya se ponía. "Tal," dijo suspirando Seged, "es

el dia mas largo de la existencia humana: antes que aprendamos á aprovecharlo, termina.”

Su sentimiento por haber perdido la mayor parte del primer dia, le quitó el humor necesario para disfrutar la noche, y despues de haber procurado afectar gusto, para forzar á sus cortesanos á mostrar una alegría de que él no participaba, redujo sus esperanzas á la mañana siguiente, y se acostó á gozar del sueño, como los esclavos del trabajo y de la miseria.

Levantóse temprano al segundo dia, y resolvió ser feliz. Fijó, pues, en la puerta de palacio un edicto para que todo el que en aquellos nueve dias se le presentase con aspecto triste ó profiriese cualquiera espresion de pesar ó disgusto, fuese echado para siempre del palacio de Dambea.

Este edicto se supo luego en todos los cuartos de palacio y en todos los ángulos del jardín, y heló en todos los ánimos la jovialidad: los que danzaban en los céspedes ó cantaban á la sombra, se ocuparon desde luego en solo cuidar de sus miradas y acciones, para que Seged fuese puntualmente obedecido, y no cayesen ellos en el destierro que amenazaba.

Seged vió todos los semblantes amoldados á una sonrisa, pero sonrisa que indicaba solicitud, timidez y violencia. Habló á sus favoritos con familiaridad y dulzura, pero ellos no osaron contestarle sino con premeditacion y estudio. Propuso diversiones en que todos consintieron; porque cualquiera objecion hubiera mostrado disgusto; pero las vieron con frialdad los cortesanos que solo querian señalarse con clamorosa alegria. Entabló varias conversaciones, y solo obtuvo chanzas forzadas y risa laboriosa, y despues de muchas tentativas inútiles para animar á la sociedad, tuvo que confesarse la impotencia del mando, y abandonar otro dia al disgusto y al tedio.

Por fin, se encerró en su cuarto para combinar á solas la felicidad de los dias siguientes. Arrojóse en el lecho, y cerró los ojos al descanso, pero soñó que una inundacion asaltaba su palacio y jardines, y despertó con todos los terrores de un hombre que lucha en las aguas con la muerte. Volvió á dormirse, mas le aterró una irrupcion imaginaria de sus enemigos, y luchando en sueños sin poder moverse, creyó que le entregaban los suyos, y al cabo despertó lleno de horror é indignation.

Era ya de día, y estaba tan aterrado que no pudo volver á dormirse. Levantóse, pero con la fantasia ocupada por el diluvio y la invasion, que no le dejaban libre el ánimo para divertirse. Al cabo cedieron á la razon sus inquietudes, y resolvió no dejarse afligir por males imaginarios, pero ya entonces habia pasado la mitad del dia. Volvió á conocer la incertidumbre de los proyectos humanos, y no pudo menos de lamentar la flaqueza del hombre, cuya quietud bastan á turbar los vapores de la imaginacion. Inquietóle un sueño, y luego sentia que un sueño le hubiese inquietado. Al fin descubrió que sus inquietudes y sentimiento eran igualmente vanas, y que perder lo presente en lamentar lo pasado era prolongar voluntariamente una vision melancólica. Entretanto, espiraba ya el tercer dia, y Seged resolvió de nuevo ser feliz al siguiente.

Al alba del cuarto dia se levantó Seged fresco, alegre y vigoroso. Entró en el jardin, seguido por las princesas y damas de la corte, y viéndose rodeado de alegría, comenzó á pensar que aquel dia seria venturoso. La luz del sol brillaba sobre las aguas, los pájaros cantaban en los árboles, y las brisas jugaban entre los bos-

quecillos odoríferos. Seged, vagando por el jardín, oía los cantos, se mezclaba con los que danzaban, se abandonaba á cavilaciones voluptuosas, ó. profería reflexiones graves y máximas sentenciosas, y se gozaba en la admiracion con que los cortesanos la recibían.

Todos los que veían al rey se alegraban, á su aspecto, y él gozaba la felicidad que producía; mas habiendo pasado tres horas en estas inocentes satisfacciones, le alarmó un clamor general que levantaron las mugeres, y volviendo la cara, vió que todas huían despavoridos. Un cotodrilo había salido del lago, y retozon ó hambriento correteaba por el jardín. Seged le vió con indignacion, como perturbador de su felicidad, y lo hizo echar otra vez al agua, pero no pudo persuadir á la reunion que se tranquílizase. Las princesas aun no se consideraban seguras encerradas en el palacio. Todos pensaban en el peligro pasado, y nadie tenía humor para charlar ni chancéarse.

Seged quedó, pues, reducido á contemplar las innumerables casualidades que yacen emboscadas por todas partes para interceptar la felicidad del hombre, y turbar sus horas de paz y deleite. Tuvo, empero, el consuelo de pensar que no te-

nía culpa en el accidente que habia bur-  
lado las esperanzas del dia, y cuya re-  
peticion podia impedirse con precau-  
ciones prudentes.

A fin de proveer al gusto de la ma-  
ñana siguiente, derogó su edicto penal,  
pues ya conocia que el disgusto y la tris-  
teza no se ahuyentan por las amenazas  
de la autoridad, y que el placer solo re-  
side en el seno de la libertad y franque-  
za. Invitó, pues, á todos sus cortesanos á  
ilimitada jovialidad, proponiendo premios  
á los que se distinguiesen al dia inmedia-  
to en producciones festivas: las mesas de  
la antecámara estaban cubiertas de oro y  
perlas, vestidos y guirnaldas para premiar  
á los que refinasen la elegancia y los pla-  
ceres.

Al ver tantas riquezas, todos los ojos  
centellaron, y todos los labios celebraron  
la liberalidad y magnificencia del Em-  
perador. Pero cuando entró Seged en es-  
peranzas de gran placer por la emulacion  
universal, encontró que toda pasion fuer-  
temente agitada termina la tranquilidad  
necesaria á la alegria, y que el alma de-  
be estar en calma total para que la mue-  
van los blandos impulsos del deleite. Cuan-  
do apetece con ardor alguna cosa, de-  
bemos temer su pérdida en el mismo gra-

\*

do, y el temor y el gusto son incombina-  
bles.

Todo era, pues, afan y solicitud; todos hablaban de un modo tan afectado que fastidiaban, aunque se hacian admirar á veces, y Seged conoció que sus premios influian mas que él mismo en los ánimos de sus cortesanos. Al llegar la tarde, se acaloró la contienda, y los vencidos empezaron á descubrir su despecho maligno, primero con miradas coléricas, y luego con murmullos de menosprecio. Seged participó de las agitaciones del dia; porque juzgándose obligado á distribuir con esacta justicia los premios, no distrajo un momento su atencion del certámen, y pasó el tiempo en el potro de la duda, balanceando diferentes clases de mérito, y acallando las pretensiones de todos los competidores.

Persuadido al fin de que ninguna esactitud podia satisfacer á aquellos que veian burladas sus esperanzas, y creyendo que en un dia destinado á la felicidad seria dureza affigir á alguno, declaró que todos le habian agradado igualmente, y distribuyó á cada uno un regalo de igual precio.

Presto conoció Seged que su prudencia no habia surtido el efecto deseado,

Los que se creían seguros de obtener los primeros premios, no gustaron de verse nivelados con los otros, y aunque por la liberalidad del rey recibieron aun mas de lo que debían esperar, partieron disgustados porque no se les había distinguido, y no pudieron triunfar de sus rivales ni humillarlos. "He aquí," dijo Seged, "la suerte del que cifra su dicha en la de otros." Retiróse á meditar, y mientras los cortesanos murmuraban su generosidad, vió acabar disgustado el quinto día.

En el sexto renovó su resolución de ser feliz; mas conociendo cuan poco le valían proyectos premeditados y medidas preparatorias, creyó mas prudente abandonar á la casualidad un día, y dejó á todos en libertad para divertirse como quisieran.

Esta disposición causó general complacencia, y el emperador creyó que había descubierto al cabo el secreto de obtener un intervalo de felicidad. Mas cuando vagaba solo entre los descuidados cortesanos, oyó que uno de ellos murmuraba solo en un cenador, diciendo: "¿Que mérito es el de Seged, para que todos le temamos y obedezcamos? Cualesquiera que hayan sido sus hazañas anteriores, su actual molicie nos prueba que

”tiene las mismas flaquezas que nosotros.” Esta murmuracion le afectó mas, porque salia de uno de sus mas abyectos adula-  
dores. Al principio se indignó, y quiso castigarle: mas reflexionando que lo que se decia sin intencion de que se oyese no pasaba de un pensamiento, y solo era tal vez un impulso de mal humor casual y momentáneo, inventó un pretesto decente para despedirle, à fin de que el sople de la envidia no atacara su ausencia, y cuando se le disipó todo deseo de venganza, pasó la tarde no solo con tranquilidad, sino con gusto, aunque nadie mas que él sabia su victoria.

El recuerdo de esta clemencia serenó el principio del séptimo dia, y nada turbó la satisfaccion de Seged, hasta que alzando los ojos al árbol cuya sombra le cubria, recordó que bajo uno de la misma especie habia pasado la noche siguiente á su derrota en el reino de Goiama. Las reflexiones que hizo sobre su pérdida y deshonor en aquél suceso, y los males que de él habian resultado á sus pueblos, le llenaron de amargura. Al cabo alejó aquellas tristes imágenes, y empezó á gozar sus placeres acostumbrados, quando volvieron á perturbarle los zelos producidos por el último certàmen, y no

puediendo pacificar con la persuasion á los contendientes, tuvo que acallarlos con autoridad.

Al octavo dia, despertó muy temprano á Seged una gran agitacion que habia en palacio, y preguntando el motivo, supo que estaba enferma la princesa Balkis. Levantóse, llamó á los médicos, y recibió de ellos un pronóstico funestísimo. Terminaron las diversiones, y todos los pensamientos de Seged se concentraron en su hija moribunda, cuyos ojos cerró al décimo dia.

Tal fué el periodo que Seged de Egipto destinó á respirar de las fatigas de la guerra y afanes del gobierno: y dejó su historia á las generaciones futuras, para que ningun hombre presuma decir: "Este dia será venturoso."



## BIOGRAFIA.

FÉNIMORE Cooper, el novelista americano, se halla ahora en París, despues de haber estado en Lóndres, donde no goza, por la inflexibilidad de su carácter, y su exâgerado espíritu de *nacionalismo*, de la popularidad que se ha adquirido en las

sociedades inglesas su compatriota Mr. Irving. En el *New Monthly Magazine* de aquella capital hemos visto un juicio muy imparcialmente escrito de sus obras, y los siguientes apuntes biográficos acerca del que en Francia llaman el Gualterio Scott del Norte de América. "La familia de Mr. Cooper es originaria de Buckingham en Inglaterra, establecida en América en 1679, y cerca de un siglo despues aparece avvecindada en el Estado de Nueva York. El nació en Burlington, en el Delaware, en 1789, y en sus primeros años pasó á Cooper's-Town, sitio que ha sabido pintar tan bien el autor en su novela *The Pioneers*. A los trece años entró en un colegio de New-Haven, y tres años despues empezó sus escursiones marítimas, acontecimiento que le comunicó un carácter particular y reprodujo en él impresiones, cuyos preciosos resultados ha recogido ya el mundo. En consecuencia de su matrimonio con una hija de John Peter De Lancey, del condado West-Chester, Estado de Nueva York, se retiró de la marina, y se entregó á la composicion de novelas. Su primera obra se publicó en 1821, y en cada año desde aquella época ha dado una nueva. Estas se han impreso y son muy conocidas en Lóndres,

París, Florencia y Dresde. Habiéndose considerablemente desmejorado su salud en 1826 de resultas de unas calenturas que tuvo dos años ántes, se decidió á dar un viage por Europa en donde se ha restablecido: y piensa ahora volver á su patria, por la que nunca dejó de suspirar. En París, donde actualmente reside Mr. Cooper, nadie es mas festejado, ni mas respetado que él, que por su parte se manifiesta agradecido á la estimacion, no exâgerada, con que lo miran todas las sectas y partidos. Pero al parecer, hace poco caso de su grande ingenio, fundando claramente todo su orgullo mas bien en su nacimiento que en su habilidad; y en consecuencia dá á entender en todas sus acciones que tiene en mas el que se sepa que es *Ciudadano de los Estados Unidos*, que no el autor del "Piloto" y de las "Sabânas," (Prairie.)



LA dicha es un estado de ilusion para unos, y de indiferencia para otros.

El hombre crédulo está á merced de todo el que no tenga compasion de un hombre indefenso.

**POESIA.**  
**MEDITACIONES POÉTICAS.**  
**LA CAVERNA.**

**DESEMBARGADA** de cuidados viles  
y de mezquino afan, inquieta y vaga,  
como perdido caminante, solo  
del desierto en el áspero vacío,  
la mente busca en la postrer morada  
profundo aviso y sabio documento,  
y la ciencia futura: que el hechizo  
de la mansion terrena, y los fugaces  
placeros con que halaga, ya perdieron  
el pérfido aliciente, y amargura  
dejan en pos y atroz remordimiento.

La niebla rompe que espantosa ciñe  
su fúnebre mansion, con el luciente  
resplandor de la fe; cándida antorcha,  
del trono santo emanacion suprema,  
que en el remoto porvenir descubre  
los decretos divinos; entra y calla,  
trémula de pavor. "Mi pátria es esta,"  
clama afligida, "no...! patria del hombre.  
"que mi centella anima, del grosero  
"tejido que le envuelve y esclaviza,  
"del barro deleznable en cuya inmunda  
"torpe masa se pierde disipados  
"mis celestes impulsos, generosos  
"recuerdos de mi ser... aquí reposan  
"sus innobles fragmentos confundidos  
"en corrupcion y polvo, como yacen  
"destrozados los pétalos sutiles  
"de la reina del campo, cuando henchido

»de lluvias invernales el torrente  
 »mugió en la cima, y arrastró en su curso  
 »el perfumado arbusto y su atavío.  
 »Y ¡asi fenece el dueño de la tierra!  
 »Y tú que al Indo la aguerrida hueste  
 »victoriosa llevaste, y en la orilla  
 »de incógnito Oceano viste ansioso  
 »que faltaban conquistas á tu brazo,  
 »súlime Maecdon; y tú, que bebes  
 »riendo la cicuta, ilustre mártir  
 »de la razon y la verdad; y el genio  
 »que las esferas mide, y el que dicta  
 »leyes de paz á bárbaras naciones;  
 »todos asi, cual mísero rebaño,  
 »prestan al golpe la cerviz, y bajan  
 »del no ser al asilo tenebroso.»

Dijo el alma, y las alas atrevidas  
 rápida desplegando, de la escena  
 mundanal y del tráfigo mezquino  
 dó en sangriento conflicto las pasiones  
 como falanges irritadas luchan,  
 con altivo desden huye y se aleja;  
 y en el zenit espléndido remonta  
 su vuelo osado, y en los astros busca  
 su pátria, su reposo, y cuando suena  
 por los aires el golpe del destino,  
 ábrense los quiciales fulgorosos,  
 y en los almos destellos se confunde.

## LA RESURRECCION.

CUANDO suene el tremendo  
 amenazante clarín, y se repita  
 su fragoroso estruendo  
 por la esfera infinita;  
 y tiemblen de la tierra los quiciales,  
 y se anublen los globos celestiales;

cuando las graves puertas  
 abra el sepulcro, y en la niebla fría  
 de sus sombras inciertas  
 entre la luz del día,  
 para anunciar al polvo envilecido  
 que terminó el imperio del olvido;  
 entonces afanosa  
 volará el alma, presa y detenida  
 en mansion misteriosa  
 del hombre no sabida,  
 á la esencia mortal que yace inerte,  
 y arrancará sus triunfos á la muerte.

De la antigua coyunda  
 renovaráse el vínculo, deshecho  
 por corrupcion inmunda,  
 cual en abrazo estrecho,  
 tras larga ausencia y días procelosos,  
 se ligan dos amigos cariñosos.

Nuevo vigor la mente,  
 nueva energia el seno adormecido  
 recobrarán. La frente  
 alzará el abatido,  
 y fijará sus ojos en la altura,  
 reflejando otra vez su antorcha pura.

Ya para siempre unidas  
 las dos esencias vivirán: dichosas,  
 si entre las escondidas  
 moradas fulgorosas  
 donde se asienta la mansion divina,  
 recompensa eternal se les destina.

## EL JUICIO.

Sonó el clarín tremendo, retemblaron  
 las cúspides erguidas; el sepulcro

sus senos abre, y turbas numerosas  
el llamamiento universal acuden.

Descúbrese el dosel magestuoso  
del Juzgador eterno,  
y estremejóse en júbilo el Averno.

Venid, turbas cuitadas. Llegó el día  
de recompensa y perdicion. El orbe  
su destino sabrá. Venid, que envuelto  
de nubes transparentes os convoca  
con voz sonora el ser que os dió la vida,  
y de justicia armado,  
vá á consumir el giro que ha trazado:

¡Cual tiembla el homicida, que rompiendo  
de caridad el vínculo precioso  
sangre fraterna derramó, y el llanto  
de la viuda, y el gemir doliente  
del huérfano mezquino oyó risueño,  
y sació la mirada  
en la exámine víctima postrada!

Y el vil calumniador, réptil inmundó,  
cual sierpe oculta entre jazmines albos,  
cuya ponzoña aletargó el afecto  
de la pura amistad, y del esposo  
turbó la paz, y la inocéncia pia  
cubrió de infame velo,  
tornando su quietud en desconsuelo.

Y el que negara al pobre desvalido  
que el hambre atosigó, y en abandono  
gimiera vagabundo, grato albergue,  
mezquino pan, y aliento y esperanza,  
mientras en pompa criminal lo ciñe  
opulencia aciaga,  
y en deleites blandísimos lo halaga.

Y mas que todos tú, mortal protervo,  
sanguinario opresor, que el hado injusto  
sobre esplendente púrpura coloca;  
tú, azote de los pueblos humillados

ante el solio execrable que' maldicen,  
tú, á quien dió el adulterio  
culpable vida y usurpado imperio.

Ven, que te aguardan los que en rabia ciega  
de luto, y llanto y perdicion cubriste,  
cuando ilusos por tí, por tí que gozas  
en muerte y destruccion, los no vencidos  
aceros empuñando, á fiera lucha  
corrieron animosos,  
y rompieron tus vínculos odiosos.

Y union juraste, y pacto indisoluble  
de gratitud y de justicia... En vano  
alzó su voz sagrada el juramento;  
que el fanatismo te abrazó rugiendo,  
y en tí sopló rencor, sopló venganza,  
y dijo: *el libre muera!*  
y alzó el cadalso, y encendió la hoguera.

Y cadalsos y hogueras premio digno  
fueron del fiel, del sabio, del valiente,  
y huyó despavorida á la remota  
márgen segura la inocencia, y solo  
con los verdugos que tu ardor saciaron  
en un páramo triste,  
dueño de turba imbécil sonreiste.

Ved empero á los justos; en sus labios  
calma y deleite y bendicion relucen,  
cual tras negro huracan, plácida aurora.  
Bálsamica esperanza dulcifica  
de la persecucion, de la calumnia  
los recuerdos funestos.

Los escogidos del señor son estos.

La vírgen candorosa, no manchada  
con inicuo deseo, tersa y pura  
como rosa temprana; el animoso  
defensor de virtud, que el noble pecho  
á la cuchilla presentó, y audace

del opresor impio.

la venganza arrojó con santo brio.

Y el que enjugó las lágrimas del pobre,  
cual suyas deplorando las miserias  
de la doliente humanidad; sus manos  
esparcieron torrentes de ventura,  
y de consuelo y bendición sus labios;  
y el que en sublime acento  
dió al ignorante sabio documento.

Y el que en callada soledad las leyes  
estudió de natura, penetrando  
sus íntimos secretos, y en el curso  
de sus obras magníficas, la mano  
que cimentó sus bases diamantinas  
adora reverente,

y ante el almo poder dobla la frente.

Ya el solemne momento se apróxima,  
y ya el Querub la voz irrevocable  
sumiso aguarda, de castigo ó premio  
dócil ejecutor; ábrese el libro  
de los altos decretos, y á los ojos  
de inmensa muchedumbre  
Dios parece, velado en densa lumbre.

Suspende el canto, Musa. No en la cima  
de Oreb y Sinai la misteriosa  
voz escuchaste que inspiró al Profeta;  
ni es dado al hombre el escondido arcano  
revelar que se encubre en los tesoros.  
del Hacedor divino.

Adorar y creer es tu destino.

## LA REUNION.

Cesó el imperio del dolor: la muerte  
rompió su cetro ponderoso, y triunfa  
la vida en las alturas. Fenecieron

bajas pasiones, ilusiones vanas,  
 torpe deseo y esperanza incierta,  
 temor acerbo, y rugidora envidia:  
 sombras fugaces que arrastró en su curso  
 tiempo desolador, como disipa  
 la tierna aurora la espantosa imagen  
 que en la mente infeliz forjaba el sueño.  
 La eternidad abrió su inmenso abismo,  
 y en el hundió con golpe fragoroso  
 la mansion del mortal. Ya nada existe  
 de lo que fué; ni tronos ni cabañas;  
 ni la excelsa pirámide que eleva  
 pueril orgullo, ni el palacio altivo,  
 centro de corrupcion, ni el ara impura  
 dó á frágil simulacro vil incienso  
 quemó rendido hipócrita execrable.

Los justos alzan la premiada frente,  
 y huelan victoriosos al impio  
 que osó infamarlos. En raudales puros  
 luz celestial los baña, y en deleites  
 de inefables venturas se embriagan.  
 Los que forjara en el terreno asilo  
 vínculos santos caridad placiente,  
 nuevos lazos estrechan y afianzan.  
 Abrázanse los hijos, los esposos  
 en deliciosa union, y en gratos himnos  
 canta su dicha el Querubin. Al trono  
 dó velado en fulgores esplendentes  
 reina Jehová, con ánimo sumiso  
 la familia dichosa, el homenaje  
 de gratitud y de loor tributa.

TOLUCA: 1832.

---

*Imprenta del Gobierno del Estado, á cargo del  
 Ciudadano Juan Matute y Gonzalez.*

---

**MISCELANEA.**

PERIÓDICO CRÍTICO Y LITERARIO.

*Miscuit utile dulci.*  
HORAC.

---

**ABRIL DE 1832.**

---

**LITERATURA.****ENSAYO SOBRE LA NOVELA.**

Los Ingleses, que por una singular ventura combinaron el espíritu nacional y el patriotismo antiguo, con la aristocracia que nació del sistema feudal, tuvieron á la vez costumbres públicas y privadas, combinacion que los antiguos no conocieron. Un clima destemplado y sombrío los obligaba á recogerse con mas frecuencia bajo el techo familiar, y su independencia inquieta se habria rebelado contra la inquisicion audaz que osase violar el secreto de aquel santuario. Crearon una palabra que espresase todas las delicias del hogar doméstico, toda la di-

cha de la propiedad, toda la libertad de acción que intentaban conservar en su vida privada; y esta palabra es *home*, término sin equivalente en las otras lenguas modernas, y que solo podía ser un idiomatismo particular de aquellos isleños. La novela consagrada á pintar las costumbres íntimas se desarrolló con rapidez en Inglaterra, y sus autores fueron excelentes en un género que habrían creado, aun cuando las naciones del continente no hubiesen concebido su idea, y dádoles el primer ejemplo.

Así aparecieron en Inglaterra innumerables cuadros de costumbres privadas é intimidad doméstica; y cuando Le Sage recopilaba en tres tomos las lecciones más chistosas y profundas de la experiencia social, los retratos más vivos de todas las extravagancias de las costumbres modernas, Richardson, seguro de agradar á sus compatriotas, escribía, la historia de una familia como se escribía entonces la historia universal, sin olvidar pormenor alguno, ni dispensar al lector la circunstancia más ligera. Verdadero y minucioso como la naturaleza, incorrecto y difuso como las pasiones, ásido, por decirlo así, de la misma prolixidad de sus narraciones, halló el secreto de interesar á los

que leen desleída en ocho volúmenes la seducción de una doncella.

Todos admiran en Richardson una observación sagaz, la ojeada vasta y variada de un pintor eminente, la imitación exacta de los tonos más diversos, la fidelidad perfecta de los pormenores, la feliz unidad de los caracteres, la verdad de todos, la profundidad de algunos de ellos. El dió á la novela de costumbres su mayor extensión, aunque no la perfeccionase bajo el aspecto del gusto, y ninguno ha reproducido con más variedad y exactitud los pormenores de las costumbres íntimas que constituyen la novela moderna.

Sus admiradores le comparan á Homero; y sin discutir la justicia de un paralelo tan ambicioso, confesaremos que ha empleado en el poema épico de las costumbres privadas la prolixidad, la fuerza de espíritu y la elocuencia natural que distinguen al cantor de los tiempos mitológicos de la Grecia. Es bien raro que pueda fundarse una especie de comparación entre el genio poético del bardo antiguo, y el genio observador y eminentemente prosáico del autor de *Clara Harlowe*.

Richardson comprendió la necesidad de no dar á sus novelas la forma de nar-

racion, y no dejó ver en ellas el novelista. Quería reproducir á la naturaleza misma, á los caracteres de los hombres, á sus pasiones reales, á los móviles ocultos de sus pensamientos, y dejó hablar á sus actores. Cada cual contó su historia, comunicó sus sensaciones, y depuso en favor ó en contra de sí mismo: así entró profundamente en el espíritu de la novela moderna, y formó un uso nuevo del arte dramático. Cada carta de sus novelas fué una especie de monólogo, que iniciaba al lector en los secretos mas íntimos de los diversos actores del drama. Lovelace revelaba su depravacion; el amor oculto de Clara se descubria, apesar de los esfuerzos de su virtud, y la correspondencia trivial de los agentes subalternos daba á los personajes principales el grado preciso de aprecio y consideracion que Richardson les habia señalado: máquina vasta, cuya concepcion prueba su genio, y cuya ejecucion presentaba dificultades casi insuperables.

Los maestros de la escena, en algunas de sus producciones de primer orden, apenas han llegado á identificarse completamente con el genio y carácter de las pocas personas que hacen intervenir en sus dramas. El novelista ingles tenia

delante mas de sesenta individualidades distintas, todas con caracteres opuestos, y cada cual debia hablar su lengua propia, sin confundir jamas sus costumbres, hábitos, y tono respectivo. ¿Quién negará un lugar entre los talentos superiores al hombre que pudo llevar á cabo semejante empresa?

Lo espuesto acredita que la forma epistolar conviene esencialmente á la novela. Nacida esta de la complicacion de los intereses sociales, y de la necesidad de ver retratada á la vez la diversidad de los caracteres humanos, y los movimientos ocultos del corazon en la vida privada, se acerca mas á la perfeccion al paso que es mas ingenua. Cuando se nos presenta el autor, cuando una narracion, por verosímil que sea, deja sospechar una ficcion, este caracter de entera verdad se debilita. La novela es el estudio del hombre social; y tal estudio solo puede ser profundo y efectivo cuando le oigamos hablar, ó se nos hagan visibles sus acciones.

Fielding, en vez de seguir las huellas de Richardson, imitó las formas adoptadas por Le Sage. Pintó las masas de la sociedad, bosquejó caracteres generales, y refirió las aventuras de sus héroes con tal verdad y energia, que debe dársele

el segundo lugar despues del admirable pintor de *Gil Blas de Santillana*.

Al paso que progresaba la civilizacion, crecia el influjo de las novelas, y presto fueron la lectura favorita de todas las clases de la sociedad, marchando á la par con el drama, y tomando todas las formas. Sterne bosquejó con rasgos estrafalarios las extravagancias del corazon humano: Voltaire convirtió la novela en sátira y azote de todos los vicios que producen la supersticion y la inmoralidad política; Rousseau, dotado de genio mas austero, la osó elevar á la dignidad de obra filosófica.

Es fácil reconocer en la *Nueva Heloisa* la mezcla y fusion de muchas concepciones diversas. Seducido su autor por la variedad prodigiosa de personajes puestos en accion por Richardson, quiso tambien que sus actores espresaran por sí mismos sus emociones y afectos. Puso la escena de su *Julia* en una soledad completa, para que sus héroes, libres de las preocupaciones y hábitos que impone la mansion en las grandes ciudades, desarrollasen libremente los dogmas audaces de una filosofia nueva, y las paradojas con cuya estraneza familiariza el retiro á sus partidarios. Madama de Lafayette habia

pintado las delicadezas del amor entre personas de alto rango; Rousseau, enemigo de las distinciones sociales, quiso retratar los furores, los deleites y penas de la misma pasion en jóvenes de nacimiento ordinario, y separados del gran mundo. Finalmente, asi como Richardson formó un espejo de verdad perfecta en el que se repetian los movimientos mas leves de las costumbres familiares, el autor de *Julia*, arrastrado siempre por su imaginacion á regiones ideales, quiso crear una familia completamente feliz, y realizar con la mágia de su talento una especie de paraiso terrenal, animado por costumbres privadas, cuyo hechizo debia consistir en su órden, sencillez y pureza. Si un talento inmenso no pudo realizar totalmente una creacion tan noble, y darla toda la perfeccion á que aspiraba, debemos creer que la empresa excedia á las fuerzas humanas, y que la audacia del filósofo se habia propuesto un objeto colocado mas allá de los límites á que puede alcanzar el genio.

Los recursos de la elocuencia, la belleza de la diction, el brillo de las paradojas, el talento descriptivo, el ardor de las pasiones y la fuerza del raciocinio, se

reunieron en Rousseau, combinándose con una energía mental increíble, para disfrazar y hermohear los vicios reales de un plan en que había querido refundir los resultados de todas sus meditaciones, los objetos de su entusiasmo, de sus recuerdos, de sus cavilaciones, dudas, temores y penas. Muy apasionado para ser observador imparcial, no dió á sus héroes la vida real y el language propio que Richardson había prestado á los suyos. Julia y St. Preux, Clara y lord Eduardo hablaron la lengua de Juan Jacobo: idioma audaz, brillante, lleno de vehemencia y grandeza, modelo casi inimitable, pero cuya hermosura oratoria era por sí misma un absurdo, y no convenia con la forma epistolar escogida por el filósofo.

Este, al adoptarla, parece haberse reservado sobre todo el derecho de discutir en cartas de controversia filosófica muchos puntos de moral, de religion y de política. Imitóle Madama de Staël. *Del-fina*, primera obra publicada con el título de novela por esta muger ilustre, es el desarrollo de una máxima falsa en nuestro juicio, á saber, que "las mugeres" deben someterse á la opinion y los hombres arrostrarla." En esta obra se advierte mas conocimiento del mundo que

en la *Nueva Heloisa*; pero sus caracteres son todavía mas facticios, su entusiasmo es menos verdadero, su estilo menos perfecto, y mas equívoca su moralidad. Reina en *Delfina* una creencia en el imperio ilimitado de las pasiones, una especie de fé en su poder y nobleza, que pueden producir resultados muy peligrosos. El culto que Delfina y Leoncio profesan á su propio entusiasmo, su amor, su dignidad, su vehemencia, son una especie de egoismo de sensibilidad, cubierto con la máscara de filosofía; y parece que se arrodillan ante sus mismas pasiones.

La muger admirable y superior de que tratamos exâgerò en *Delfina* todos los defectos que el autor de *Julia* habia paliado á fuerza de arte. Despreció como él las ventajas que presenta la variedad de los caracteres al que escriba novelas epistolares, y en toda la correspondencia de sus héroes reina igual monotonía de dialéctica apasionada. Apesar del esplendor y fuerza del génio de Rousseau, y de la móvil energía mental que caracteriza las producciones de Madama de Staël, ambos escritores han contribuido en nuestro concepto á desacreditar la novela en cartas. Al empenarla en un camino errado, la privaron del mérito dra

mático que produce la verdad perfecta del lenguaje en los diversos actores. Otros novelistas han seguido las huellas de Juan Jacobo, é incurrido en el mismo defecto en obras que han desplegado á veces el mas bello talento, pero sin sujetarse á las reglas naturales que Richardson se impuso, y nos parecen esenciales á este género de composicion.

Tal es *Werther*, obra célebre, que Goëthe anciano reprueba como fruto demasiado precoz de una juventud ardiente; y en realidad solo es un monólogo distribuido en cartas. Este libro, tiene tambien cierto objeto filosófico, y es una pintura cruel de la nada de las cosas humanas, de la vanidad de nuestras pasiones y deseos; es una excusa del suicidio, fundada en el tedio que pueden inspirar á una alma exáltada las penas de la vida vulgar, las exígencias de una sociedad formada para el comun de los hombres. Al paso que reconocemos la superioridad del autor, y la fuerza de la elocuencia metafísica que ha desplegado en su obra, convengamos en que esta no carece de peligro, y que Goëthe en su vejez prudente vé con justo dolor esta produccion de su talento juvenil. Es demasiado fácil romper los vínculos sociales

con el pretexto de ser superior al vulgo para que no haya algun peligro en sostener que un hombre puede librarse de todas las trabas, y arrojar de sí la carga de la vida, mas bien que participar en las penas de la existencia social con una muchedumbre pueril ó corrompida.

Madama Krudner imitó á *Werther* en *Valeria*. Madama Cottin y algunas otras inglesas han seguido con mas ó menos felicidad las huellas de Richardson, y el autor de las *Amistades peligrosas* luchó con él cuerpo á cuerpo. Mas sea cual fuere el talento del pintor de *Madama de Merteuil*, no puede hacérsele el honor de compararlo el autor de *Lovelace*; ni hay paralelo posible entre dos escritores, cuando uno emplea su talento en hacer triunfar al vicio, y el otro en hacer amable la virtud. [Concluirá.]

## CARTAS SOBRE LA MITOLOGIA.

### CARTA DÉCIMA QUINTA.

#### MARSIAS.

BACO era un príncipe ilustre por sus victorias y su amor á las bellas artes. Reinaba en Nysa en union de Ariadna, con

la que se habia casado en la isla de Naxôs, y reunia en su corte á los hombres mas célebres de su tiempo.

Llegaron las Musas, y empezó el baile, en que se distinguió Tersicore, hechizando á todos los cortesanos, lo que equivalia á desesperar á las señoras.

Los amores sus pasos dibujaban,  
el deleite risueño los seguia,  
los placeres sus gracias animaban,  
y con dulce harmonia  
en su seno y sus brazos jugueteaban.

Siguió el baile un concierto, en que se distinguieron Euterpe y la jóven Erato, y se aumentaron los aplausos al presentarse Marsias.

Este hábil músico habia encontrado la flauta de Minerva en una fuente á que la arrojó la diosa, y habiéndose adiestrado en aquel instrumento divino, lo hacia despedir sonidos melodiosos. El estruendo de las aclamaciones no dejó de inquietar á Apolo; pero luego se prometió el triunfo. La flauta de Marsias hechizó á los oyentes, y los arrebató la lira de Apolo.

El Frigio, picado por esta superioridad, se levanta, y desafia con arrogancia á su rival, en presencia de toda la corte. El hermano de las Musas acepta

el desafío, y desde luego se somete el vencido á discrecion del vencedor. Entonces Marsias invoca á Minerva, y tomando su flauta, modula en ella la melodía de los primeros cantos de las aves en la primavera, suspira la melancolia de los primeros deseos amantes, hace resonar el dulce murmurio de los arroyos, é interrumpiendo ó precipitando la medida, parece burlarse de los ecos. Luego conduce á las bacantes entre las flores, y hace resonar sus gritos de alegría.

Concluyó Marsias, y aun le escuchaban; pero cuando saludó al auditorio, se levantaron las aclamaciones con todo el ardor del entusiasmo. Entretanto Apolo habia templado su lira, restituyó el silencio con un preludio; y entregándose luego al delirio de su arte, infundió en todos los corazones la embriaguez del deleite. Demudóse Marsias, y reconoció, á pesar suyo, la superioridad de la voz sobre los instrumentos.

Bien puede un caramillo  
 entretener, interesar; mas nunca  
 podrá decir como la voz sonora:

„Bella eres tú: mi corazon te adora!“

Despues que Apolo dispuso favorablemente al auditorio, se volvió á Ariadna, muger de Baco, y cantó los siguientes versos:

Cuan bella os pareció, ninfas de Naxos,  
 cuando afligida en la desierta arena  
 brillaba como cándida azucena  
 que el alba matinal baña en su llanto!  
 De su voz al encanto  
 cubrióse el mar de espuma brilladora,  
 y Anfítrite zelosa ya temblaba  
 que del Ponto la alzasen por señora,  
 al ver que hácia las ondas se lanzaba.  
 Mas un consolador la alma victoria  
 trajo á sus plantas: Himeneo divino  
 unió en feliz destino  
 á la hermosura y la brillante gloria.

Fuese por justicia, ó por intriga, ó  
 por adulacion á la reina, todos pidieron  
 con entusiasmo la repetición de estos ver-  
 sos, y Marsias previó su pérdida. Mas A-  
 polo, fiándose poco de los aplausos que  
 le daban las mugeres por el elogio de u-  
 na sola, trató de hacer que todas entra-  
 sen de buena fé en su partido.

Entonces eran célebres en toda la  
 Grecia la Venus de Praxíteles, que se a-  
 doraba en Gnido, y la Galatea de Pig-  
 malion, à quien el Amor dió vida. Apo-  
 lo, aludiendo á estas dos obras maestras,  
 y mirando á las mugeres mas amables  
 de la corte, cantó, acompañándose con  
 su lira.

De su Venus Praxiteles  
 para el cuerpo delicioso  
 escogió lo mas hermoso  
 de toda bella mortal.

### III

Si yo tuviera una chispa  
de su divino talento,  
adoraran la que intento  
en este sitio formar.

Los ojos, el seno y talle  
tomara de Polixêna,  
con la boca de Eroxêna  
y su fresca y alba tez.

De Eufrosia la pura frente,  
y la plácida sonrisa  
que en tus, labios, Eucarisa,  
halaga y rinde á la vez.

Si los tesoros secretos  
que tiene cada modelo  
pudiera mostrar sin velo  
mi apasionado cincel,  
mi brillante Galatea  
con todas sus proporciones  
hiciera mil Pigmaliones  
que Amor burlara cruel.

Si para infundirle vida  
este dios me consultara,  
en sus ojos centellara  
Cloris, tu vivacidad.

Aglaë, de tu malicia  
la diera un picante grano,  
y sintiera só mi mano  
tu seno, Cloe, palpitar.

Mas ¿por que en vano delirio  
se pierde mi voz ligera,  
formándome una quimera  
entre tanta realidad?

En vano tantos hechizos  
concentrar quiero en un punto;  
ya olvido el vano conjunto,  
y adoro á cada beldad.

No te pintaré el furor con que aplaudieron este elogio. Baste decirte que todas se interesaban en él, porque Apolo habia señalado con los ojos á las que no habia podido nombrar en su canto: asi le decernieron la victoria por unanimidad. Pero su barbarie mancilló el brillo de su triunfo. Ató á un pino al pobre Marsias, y lo desolló vivo. Las lágrimas y la sangre del infeliz formaron un rio, que tomó su nombre.

Ya ves, Emilia, que es muchas veces mas fácil vencer que perdonar. Piensa, pues, que aun es mas glorioso perdonar que vencer.

Tú que bella del hijo de Venus  
das aumento al poder y á la gloria,  
haz amable tu dulce victoria,  
y respiren tus ojos piedad.



## ANINGAIT Y AJUT,

CUENTO GROELANDÉS.

*Amor! la tierra y hasta el polo frio  
la inspiracion de tu desidad resiente.*

CIENFUEGOS.

EN una de las grandes cavernas en que las familias de Groelandia pasan el

invierno; y que pueden llamarse sus poblaciones, se distinguian tanto por su belleza un mancebo y una jóven, que los demas habitantes los llamaban Aningait y Ajut, por la semejanza que les suponian con sus antecesores llamados asi, y que segun sus tradiciones y fábulas, se habian convertido en el sol y la luna.

Aningait oyó por algun tiempo con indiferencia los elogios de Ajut, mas al cabo se mostró sensible á sus gracias, y la indicò su pasion convidándola con sus padres à un banquete, en que puso delante de Ajut la cola de una ballena. Ajut no se mostró muy pagada del obsequio; pero desde entonces se vestia de piel de ciervo blanco, renovaba la pintura negra con que se teñia las manos y frente, adornaba sus mangas con coral y conchas, y se peinaba cuidadosamente.

El enamorado Aningait no pudo contener mas tiempo la declaracion de su amor. Compuso, pues, un poema en elogio de Ajut; en que la llamaba "hermosa, como el sauce en la primavera; fragante como el tomillo de las montañas; que sus dedos igualaban en blancura á los dientes del manatí, y su sonrisa era mas grata que la disolucion del yelo: protestaba perseguirla, aunque pa-

"sase las nieves de los montes, ó se abri-  
 "gase en las cavernas de los canibales  
 "de Oriente; arrancarla á los brazos del  
 "genio de las rocas; sacarla de las gar-  
 "ras de de Amarok y de la barranca de  
 "Hafgufa."

Concluía deseando "qué cuantos im-  
 "pidiesen su union con Ajut fuesen en-  
 "terrados sin arco, y que en la tierra de  
 "las almas solo sirviesen sus cráneos pa-  
 "ra recoger los desechos de las lámpa-  
 "ras estrelladas."

Esta oda fué muy celebrada, pero  
 Ajut, con la altivez propia de las her-  
 mosas, aun dilató su correspondencia, y  
 entretanto volvió el sol, rompióse el ye-  
 lo, y empezó la estacion de la actividad  
 y el trabajo.

Aningait y Ajut andaban en el mis-  
 mo bote, y partian la pesca. Aningait no  
 perdía ocasion de acreditar su valor á  
 su querida; atacaba á los caballos ma-  
 rinos en el yelo, perseguia á las focas en  
 el mar, y saltaba sobre las ballenas quan-  
 do aun luchaban con la muerte. Con i-  
 gual afan acumulaba lo necesario para  
 pasar comodamente el invierno. Secaba  
 las huevas de los peces y la carne de  
 las focas, cogia ciervos y zorras, y cur-  
 tia sus pieles para vestir á su amada, á

la que obsequiaba con huevos de pájaros que cogía en las rocas, y regaba de flores su tienda.

Una tempestad arrojó la pesca à una parte lejana de la costa, antes que completase Aningait sus provisiones; por lo que suplicó á Ajut le concediese su mano, y le acompañase al viage que debia emprender. Pero ella lo reusó, y le propuso como prueba de su constancia que volviese al fin del verano á la caverna donde se conocieron, y esperase allí el premio de sus afanes. "Oh vírgen hermosa como el sol cuando brilla en las aguas," la dijo Aningait, "considera lo que me pides. Cuan fácil es que me impidan la vuelta una belada súbita, una niebla inesperada! Entonces tendré que pasar la noche larguísima sin Ajut. No vivimos, hermana, en las fabulosas regiones que nos describen los mentirosos extranjeros, donde el año se divide en breves dias y noches, donde la misma habitacion sirve para el invierno y el verano, donde levantan en el suelo casas alineadas, viven en ellas años y años, con manadas de animales mansos, que pastan en los campos vecinos; pueden viajar en cualquier tiempo de un lugar á otro por caminos sembrados de árboles,

\*

»y sobre muros levantados en las aguas  
 »interiores, y dirigir su ruta por vastas lla-  
 »nuras, á vista de colinas verdes y edifi-  
 »cios esparcidos. Nosotros, aun en el ve-  
 »rano, no podemos salvar los montes, cu-  
 »yas nieves son perpetuas, ni pasar á un  
 »punto lejano, sino costeando en botes  
 »nuestras bahias. Considera, Ajut, que la  
 »vida humana solo consta de unas cuan-  
 »tos dias de verano y noches de invierno.  
 »La noche es el tiempo del descanso y  
 »de la alegria; pero, ¿de que me servirá  
 »el brillo de la lámpara, la carne delicio-  
 »sa y el grato aceite, sin las sonrisas de  
 »Ajut.?"

Toda esta elocuencia fué inútil; la doncella persistió inexorable, y se separaron con ardientes promesas de reunirse antes de la noche invernal. Aningait la regaló siete pieles de cervatillos blancos, orce de becerros marinos, tres lámparas de mármol, y una caldera de cobre, que habia comprado al capitán de un buque por media ballena y dos cuernos de unicornios de mar. Siguióle Ajut á la playa, y al entrar en el bote, le deseó en alta voz que volviese con muchas pieles y aceites; que ni las sirenas le llevasen al fondo, ni los espíritus de las rocas le detuviesen en sus cavernas.

Estuvo un rato mirando el fugitivo bajel, y volviendo luego á su choza, abandonó su piel de ciervo blanco, se dejó suelto el cabello, y triste y abatida, reusó mezclarse en las danzas de las jóvenes. Procuró distraerse con incesantes ocupaciones; recogia musgo para las lámparas de invierno, y secaba yerbas para adornar las botas de Aningait. De las pieles que este la habia dado hizo un traje de pescar, un botecillo y una tienda; y aliviaba estos trabajos con canciones en que deseaba á su amante manos mas fuertes que las garras del oso, y pies mas veloces que los del reno; que su dardo jamas errase el tiro, y nunca se abriera su bote; que jamas tropezase en el yelo, ni se desmayase en el agua; que las focas se precipitasen á su harpon, y la ballena herida por él azotase las aguas en vano.

Las mugeres manejan los grandes botes en que los Groelandeses transportan sus familias, porque los hombres tienen á menos una ocupacion que no requiere habilidad ni valor. Asi Aningait ocioso sentia doblemente los impulsos de su pasion. Tres veces estuvo parado en la popa queriendo echarse al agua, y volver nadando á su querida; pero recordando la miseria que les aguardaba en el invierno, sin aceite pa-

ra las lámparas, ni pieles para eubrirse,  
 resolvió emplear las semanas de la au-  
 sencia en asegurarse una noche de abun-  
 dancia y felicidad. Serenóse, pues, algun-  
 tanto, y espresó en sus canciones sus es-  
 peranzas, penas y temores. "Oh vida frá-  
 gil é incierta!" decia; "¿donde hallará tu  
 semejanza el hombre sino en el yelo que  
 flota sobre el oceano? Se levanta, resplan-  
 dece á distancia, al paso que las tem-  
 pestades lo arrebatan, las aguas lo azo-  
 tan, el sol lo derrite, y lo deshacen las  
 peñas con que choca. ¿Que eres tú, pla-  
 cer engañoso, sino un meteoro súbito que  
 sale del Norte, deslumbra los ojos un  
 instante, burla al viagero con esperan-  
 zas de luz, y luego se desvanece para  
 siempre? Y tú, amor, eres un remolino  
 pérfido á que nos acercamos sin cono-  
 cer el peligro, hasta que perdemos to-  
 do medio de resistencia y salvacion! Has-  
 ta que fijé mis ojos en las gracias de  
 Ajut, antes de llamarla al banquete, vi-  
 via sin cuidados, como el manatí dor-  
 mido, alegre, como los cantores que ha-  
 bitan las estrellas. ¿Por que, Ajut, mi-  
 ré tus gracias? ¿Por que, hermosa mia,  
 te convidé al banquete? Sé fiel, mi a-  
 mor, recuerda á tu Aningait, y halaga  
 mi vuelta con la sonrisa de la virgi-

"nidad. Yo cazaré los ciervos; domaré la  
 "ballena, seré irresistible como la hela-  
 "da nocturna, infatigable como el sol de  
 "verano. Dentro de pocas semanas vol-  
 "veré rico y feliz; obsequiaré á tus pa-  
 "rientes; las pieles de la zorra y la lie-  
 "bre suavizarán tu lecho, el cuero de la  
 "foca te abrigará del frio, y la grosura  
 "de la ballena iluminará nuestra delicio-  
 "sa morada."

En esto doblaron el cabo, y vieron  
 saltar las ballenas. Aningait saltó en su  
 bote pescador, manejó su remo y harpon  
 con increíble destreza y ánimo, y dividiendo  
 su tiempo entre la caza y la pesca,  
 suspendia las penas de la ausencia y de  
 la inquietud.

Ajut, sin embargo del desaliño de su  
 trage, habia llamado la atencion de Nor-  
 gsuk, que volvia de casar. Norgsuk era  
 jóven y riquísimo. Tenia noventa barril-  
 les de aceite en su habitacion de invier-  
 no, y veinte y cinco focas enterradas en  
 la nieve, para la estacion nocturna. Ape-  
 nas vió la belleza de Ajut, la arrojó la  
 piel de un ciervo que acababa de cazar,  
 y poco despues la envió un ramo de co-  
 rales. Ajut reusó sus dones, y permane-  
 ció fiel á Aningait.

Norgsuk recurrió entónces á un ar-

did. Sabia que Ajut debia consultar a un *angedkok*, ó adivino sobre la suerte de su amante y la dicha de su vida futura. Vió, pues, al *angedkok* mas afamado, y mediante un regalo obtuvo su promesa de que si le consultaba Ajut, la responderia que su amante moraba ya en en el pais de las almas. Vino Ajut en efecto, y le trajo un vestido hecho por su mano, prometiéndole mayor paga á la vuelta de Aningait, si la prediccion era conforme á sus deseos. El *angedkok* sabia vivir, y anunció que Aningait, habiendo ya cojido un par de ballenas, volveria presto con un gran bote cargado de víveres.

Confiado Norgsuk en su artificio, renovó su galanteo con mas confianza, mas viendo la constancia de Ajut, se dirigió á sus padres con dones y promesas. La riqueza de Groelandia es muy poderosa para tentar la virtud de un groelandes; olvidaron el mérito y los regalos de Aningait, y prometieron á Norgsuk la mano de Ajut. Esta suplicó, lloró, se desmayó; pero viendo que todo era inútil, se huyó á los montes, y vivió algunos dias en una cueva con lo poco que podia conseguir, cuidando de ver al mar todos los dias, en espera de su amante.

Divisó al fin la lancha en que habia salido Aningait, que venia muy cargada y cerca de la playa. Precipitóse á abrazarle, y referirle su constancia y padecimientos. Pero no le encontró, y los otros la dijeron que Aningait, acabada la pesca, y deseoso de llegar antes que la pesada lancha, se habia adelantado en su bote pescador, y que ellos le creian ya en su casa.

Ajut, desesperada con esta noticia, queria volverse á los montes, pero sus padres la cogieron, y llevándola por fuerza á su choza, querian consolarla. Mas apenas se acostaron á dormir, voló Ajut á la playa, y encontrando allí un bote pescador, entró en él sin vacilar, y diciendo á los que admiraban su temeridad que ella iba en busca de Aningait, se alejó remando velozmente, y nunca mas volvieron á verla.

La suerte de estos dos amantes dió margen á mil ficciones y conjeturas. Unos dicen que se convirtieron en estrellas; otros que el genio de las rocas se apoderó de Aningait, y que Ajut, convertida en sirena, aun busca á su amante en los desiertos del mar. Pero la opinion general es que ambos están en la region del pais de las almas, donde nunca se po-

ne el sol, el aceite está fresco siempre, y los víveres nunca se yelan. Las vírgenes suelen echar un dedal y una aguja en la bahía de que partió la mísera doncella; y para elogiar el afecto virtuoso de dos consortes, dicen los groelandeses que se aman como Aningait y Ajut.



En la antecámara de un poderoso la insolencia consuela à la servidumbre, y la malignidad la divierte.

Epicteto dice: si te cuentan que alguno habla mal de ti, no te justifiques, sino responde que sin duda ignoraba tus otros defectos, pues no los ha mencionado.

El mal humor y la falta de interés hácia las cosas de la vida son los mayores defectos posibles, el primero en la vida doméstica, y el segundo en la sociedad.

Nunca parecen mejor los jóvenes que cuando tributan su respeto á los ancianos: parécense á la yedra en torno de un roble antiguo, sin cuyo apoyo tendria que arrastrarse.

El alma, como el cuerpo, se paraliza por falta de ejercicio.

Las bonitas debe vestir con sencillez para tener mas gracias, y las feas para serlo menos.

La claridad del estilo es el primer indicio y el garante mas seguro de un talento despejado.



## POESIA.

### A LA RELIGION.

#### ODA.

**S**OBREADO tiempo con dorada lira  
canté de juventud las ilusiones,  
y' en ligeras y fútiles canciones  
los afectos vertí que Amor inspira.  
Hey, santa RELIGION, quiero cantarte,  
y con piadoso anelo  
mostrar tu gloria refulgente al suelo.

Musa de la verdad, que en ígneo trono  
son tu solemne inspiracion solias  
animar el acento de Isaías,  
ó del profeta rey el noble tono,  
oye mi voz humilde que te implora;  
mi tibio pecho inspira,  
y haz fulminar las cuerdas de mi lira.

Cuando con tanta estrella desparcid  
brilla sin nubes el nocturno cielo,  
quisiera suspirando alzar el vuelo,  
y á su perenne luz juntar mi vida.  
Este secreto instinto me revela  
en soledad y calma  
que no es la tierra el centro de mi alma.

Entre nube de luz serena y pura  
vela el Criador su ceño magestoso,  
y circundan su trono misterioso  
la eternidad pasada y la futura.  
Compadece del hombre la miseria,  
y su acento profundo  
por la revelacion instruye al mundo.

Augusta RELIGION! De luz cercada  
bajas al mundo, que el error oprime,  
mostrando el cielo en ademan sublime,  
y con la santa cruz tu diestra armada.  
Cubre tus ojos venda misteriosa,  
y magestosamente  
brilla la eternidad sobre tu frente.

Tu trono es el empíreo. De su altura  
tú nos anuncias el primer pecado,  
al hombre por su mal degenerado,  
y la nefable redencion futura.  
Viene al mundo Jesus, de los humanos  
(¡venturoso destino!)  
reparador y redentor divino

Su pura, simple y celestial doctrina  
 la feroz impiedad tachar no puede:  
 la voz de los profetas le precede,  
 y el universo atónito se inclina.  
 Enfrénase á su voz el mar airado,  
 y á su mandato fuerte  
 en su presa con pavor suelta la muerte.

Del justo Dios para templar la ira,  
 y de su inmenso amor víctima santa,  
 entre tormentos, cuyo horror espanta,  
 pálido el Hombre-Dios gime y espira.  
 Núblase el sol, y yerta se estremece  
 la tierra oscurecida,  
 en sus eternos ejes conmovida.

Por su propia virtud resuscitado  
 triunfa Jesus, y con glorioso vuelo  
 sube despues al esplendente cielo,  
 vencedor de la muerte y del pecado.  
 Milagros inefables! Confundido  
 ¡oh Cristo! yo te adoro,  
 te confieso mi Dios, gimo, y te imploro.

Mas la persecucion fiera fulmina  
 del infierno frenético lanzada,  
 y con su pura sangre derramada  
 sellan mártires mil su fé divina.  
 Triunfas, ¡oh RELIGION! y al vasto mundo  
 sojuzgas con presteza,  
 nacida en la ignorancia y la pobreza.

El mísero mortal entre dolores  
 al borde tiembla del sepulcro helado,  
 que á la luz de tu antorcha contemplado,  
 la mitad perderá de sus horrores.  
 Ya la escena del mundo vé cerrada  
 por la muerte severa,  
 y tenebrosa eternidad espera.

Tu influjo bienhechor allí le alcanza:  
 al terminar su vida borrascosa,  
 enciendes en la tumba misteriosa  
 luz de inmortalidad y de esperanza;  
 y su afligido corazón llenando  
 de inefable consuelo,  
 le haces entrar por el sepulcro al cielo.

Yo ví mil veces al tirano impio  
 de hierro asolador el brazo armado  
 teñirlo en sangre, y de terror cercado  
 en crímenes fundar su poderio;  
 y despreciando audaz á tierra y cielo  
 con sonrisa ominosa,  
 víle insultar la humanidad llorosa.

Hollando altivo á la virtud, gobierna  
 la tierra alguna vez el crimen fiero;  
 mas es breve su imperio y pasagero:  
 la justicia de Dios vigila eterna.  
 De la virtud y la maldad existe  
 un inmortal testigo.  
 Hay otra vida y Dios, premio y castigo.

**Dogma sublime! Celestial consuelo,**  
**que al hombre justo en el dolor sustenta!**  
**Al sucumbir á la opresion sangrienta,**  
**eterno galardón busca en el cielo.**  
**Fija la vista en él, y abroquelado**  
**con Dios y su conciencia,**  
**opone al crimen firme resistencia.**

**Triunfas, ¡oh RELIGION! De tu victoria**  
**irritados los génius infernales,**  
**preparan las serpientes y puñales**  
**para manchar tu resfulgente gloria.**  
**Núblase el aire ya, retiembla el suelo,**  
**y del Orco agitado**  
**lánzase al mundo el Fanatismo armado.**

**Cubre su horror con tu brillante velo;**  
**brama, blande el puñal con faz umbría,**  
**y el humo negro de la hoguera impia**  
**la pura luz oscureció del cielo.**  
**Víctima suya el hombre te maldice,**  
**y con grito blasfemo**  
**feroz insulta al Hacedor Supremo.**

**Bárbara Inquisicion! Cueva de horrores,**  
**descubre al universo tus arcanos,**  
**y de tus sacerdotes inhumanos**  
**los crímenes revela y los furoros.**  
**¡Cuántas víctimas ¡ay! atormentadas**  
**en tu infernal abismo,**  
**apelaban á Dios del Fanatismo!**

¡DIVINA RELIGION! Tú que veñas  
 al insolente monstruo dominando,  
 y en tu nombre á la tierra devorando,  
 en el seno de Dios tierna gemias.  
 Él te escuchó. Retumbará la esfera  
 con su decreto eterno,  
 y el Fanatismo volverá al infierno.

Cobrarás la pureza de tu cuna,  
 como despues del huracan violento  
 en el atormentado firmamento  
 con mas cándida faz brilla la luna;  
 y el mundo te verá desengañado  
 dictar con dulce tono  
 leyes de paz y amor desde tu trono.

Y libre al fin del duro cautiverio  
 del odio y la fanática venganza,  
 se abrirá el corazon á la esperanza,  
 y adorará tu celestial imperio,  
 que ha de sobrevivir cuando se aduerma  
 el tiempo fatigada  
 en escombros del mundo aniquilado.

HEREDIA.

TOLUCA 1832:

---

*Imprenta del Estado, á cargo del ciudadano Juan  
 Matute y Gonzalez.*

---

**MISCELANEA.**

PERIÓDICO CRÍTICO Y LITERARIO.

*Miscuit utile dulci.*

HORAC.

---

**MAYO DE 1832.**

---

**LITERATURA.****ENSAYO SOBRE LA NOVELA.****CONCLUSION.**

Lo pasado tiene cierto atractivo para la imaginacion humana, y una especie de aureola vaga lo cerca. Las narraciones de otros tiempos tienen magestad en su movimiento, y su ingenuidad nos agrada. Los nombres históricos hieren vivamente la fantasia, y la historia se apodera á la vez de las grandes masas y de los pormenores curiosos que proporcionan los recuerdos de lo pasado. Las memorias y biografias completan lo que tiene que dejar à un lado la historia de

los pueblos considerados en masa, formando una lectura llena de instruccion y agrado.

El novelista histórico abandona al historiador todo lo útil, procura apoderarse de lo que agrada en los recuerdos de la historia, y desatendiendo las lecciones de lo pasado, solo aspira á rodearse de su prestigio. Su objeto es pintar trages, describir arneses, bosquejar fisonomias imaginarias, y prestar á heróes verdaderos ciertos movimientos, palabras y acciones cuya realidad no puede probarse. En vez de elevar la historia á sí, la abate hasta igualarla con la ficcion; forzando á su musa verídica á dar testimonios engañosos. Género malo en sí mismo, género eminentemente falso, al que toda la flexibilidad del talento mas variado solo presta un atractivo frívolo, y del que no tardará en fastidiarse la moda, que hoy lo adopta y favorece.

Como el objeto de la novela es pintar en pormenor las costumbres privadas de los hombres, algunos eruditos han creado una especie de novela empedrada con su saber, en la cual han intentado reproducir las costumbres de los tiempos anteriores. Así el *Anacarsis* de Barthelemy y el *Palacio de Escauro* de Mazois, son

novelas llenas de erudicion. Pero estos hombres distinguidos solo emplearon materiales verdaderos, y sus autoridades son los testimonios irrecusables de los antiguos, cuyas costumbres nos retratan. Al contrario, cuando Madama de Genlis, cansada ya de enseñar á los niños la química y la física en cuentos, quiso enseñar á los hombres la historia de los reyes por medio de novelas históricas, la crítica literaria y aun la sana razón debieron pronunciarse contra las suposiciones que la novelista quería introducir en el dominio de la historia. Todas las personas racionales impugnaron un sistema que trocaba las fisonomías históricas en figuras de capricho; y como cierta flaqueza de pincel y colorido perjudicó al buen éxito de sus novelas, aun no se acreditó con ellas el género de que tratamos.

Presentóse un escritor mas distinguido por su erudicion que por su fuerza mental; versado profundamente en las antigüedades de su pátria Escocia; prosador correcto y poeta elegante; dotado de prodigiosa memoria, y del talento de resucitar los recuerdos de lo pasado; falto por otra parte de filosofía, y que no se embaraza en someter á juicio la morali-

dad de los hechos ni la de los hombres. Después de haber publicado poesías brillantes, aunque en ellas no se revelaba la profundidad ó el vigor del génio poético, ocurrióle redactar en forma de narracion los recuerdos de antigüedades que habian sido objeto de sus estudios. Retrató las costumbres anteriores de un país que aun hoy es salvaje, y los usos, el dialecto, los paisages, los supersticiones de esos descendientes de los antiguos Celtas, que conservan hasta su traje primitivo, asombraron por su rareza. Todos estaban fastidiados de novelas sentimentales ó licenciosas, y creyeron respirar el aire puro y elástico de las montañas, y ver elevarse los agudos picos del Ben-Lomond entre los vapores que cubrian los valles. La languidez de la civilizacion moderna encontró en aquellos cuadros sencillos y salvajes un contraste interesante con su propia flaqueza. Las escenas de Walter Scott convenian con sus personajes: en vano hubiera querido hacerse verosímil en otro país que en Escocia la presencia de sus Gitanas alojadas en cavernas basálticas, la rusticidad caballeresca de los campesinos, y su lenguaje siempre poético en su sencillez. Al ver el inmenso aplauso que acogió las obras del novelista escocés,

podria decirse que las costumbres modernas con su lujo, frivolidad y pequenez ambiciosa, tributan homenaje involuntario á la magestad ingénuu de las costumbres salvages.

Walter Scott no sabe inventar figuras, revestirlas de celestial belleza, ni comunicarles una vida sobrehumana; en una palabra, le falta la facultad de crear, que han poseido los grandes poetas. Escribió lo que le dictaban sus recuerdos, y despues de haber ojeado crónicas antiguas, copió de ellas lo que le pareció curioso y capaz de excitar asombro y maravilla. Para dar alguna consistencia á sus narraciones, inventó fechas, se apoyó ligeramete en la historia, y publicó volúmenes y volúmenes. Como su talento consiste en resuscitar á nuestra vista los pormenores de lo pasado, no quiso tomarse el trabajo de formar un plan, ni dar un héroe á sus obras; casi todas se reducen á pormenores espresados con felicidad. El gusto y la esactitud de los pintores holandeses se hallan en sus cuadros, y estos solo tienen dos defectos notables, llamarse históricos, y carecer de órden, regularidad y filosofía, de modo que en vez de presentar una composicion perfecta, aparecen como una mescolanza de objetos

acumulados á la ventura, aunque copiados con admirable fidelidad.

Sus novelas son de nueva especie, y se ha creído definir las bien con llamarlas *históricas*; definición falsa, como casi todas las voces nuevas con que se quiere suplir la pobreza de las lenguas. La novela es una ficción, y toda ficción es mentira. ¿Llamaremos *mentiras históricas* las obras de Walter Scott? Haríaseles una injuria que no merecen, y si nuestros elogios por mas de un motivo; pero su autor no debe colocarse entre los Tácitos, Maquiavelos, Hume y Gibbon, y el último compilador de anécdotas tiene mas derecho al título de historiador. Empero, pocos han usado con mas habilidad y éxito los tesoros de una ciencia tan árida como la que producen los extractos de manuscritos carcomidos, y los descubrimientos de los anticuarios.

El movimiento, la gracia, la vida, que presta Walter Scott á las escenas de los tiempos pasados; la rudeza, y aun la inelegancia de sus narraciones, que parecen en perfecta harmonia con las épocas bárbaras á que se refieren, la variedad de sus retratos singulares, que en su estraneza misma tiene cierto aspecto de antigüedad salvage, la rareza del conjun-

to y la exactitud minuciosa de los pormenores, han hecho populares las novelas que nos ocupan. Produjeron emociones universales, á cuyo favor se han ocultado sus defectos. Estas obras al trasportar la imaginacion lejos de la sociedad civilizada, tal cual hoy la conocemos, dieron el último golpe á la novela que Richardson habia concebido. Los cuadros de las costumbres civilizadas parecen faltos de color y de vida junto á los de los montañeses y las sibilas que resuscita el narrador escoces, y ya no interesan las pinturas del amor en sus extravios, caprichos, escrúpulos y vacilaciones. Asi un hombre cuyos sentidos ha embotado el abuso de los licores fuertes, desprecia lo que antes apetecia, y rechaza con desden el líquido puro y saludable que para satisfacer su sed le brinda la naturaleza.



## *CARTAS SOBRE LA MITOLOGIA.*

### *CARTA DÉCIMA SESTA.*

#### *MIDAS.*

YA conoces, Emilia, la especie fértil de nuestros Midas, que se jactan de

poseer talentos é instruccion, sobre los que tenemos la desgracia de ser incrédulos.

Estos caballeros se jactarian con mas razon de su origen noble y antiguo, si supiesen que Midas, su primer padre, era rey de Lidia, y contemporáneo de Baco. Este príncipe, habiendo oido hablar del talento de Apolo, dijo con tono de proteccion y superioridad: "A fé que tengo ya curiosidad de juzgar à ese mozo: que me lo traigan."

Presentése Apolo, y Midas lo recibió con el mismo tono de altivez é impertinencia. Llegó entretanto su favorito Pan, y el rey tomando por su mano al dios, se lo presentó diciéndole: "Aqui tienes un rival, es decir, que te propongo un nuevo triunfo. Ea, caballeros; el momento es favorable; comenzad, mientras mi barbero me afeita."

Pan cantó primero, y Midas le escuchaba con éstasis. Levantaba los ojos al cielo, sacudia los pies y las manos, y gritaba casi tanto como el cantor.

Tal un asno que anda ocioso,  
y á otro escucha rebuznar,  
por el encuentro gozoso,  
con él rebuzna á la par.

Acabó Pan por fortuna, y apenas comenzaba Apolo, cuando lo interrumpió Midas, para espresarle el mas alto me-

nosprecio, y volviéndose á su favorito, le dijo.

”Aun es jóven, lo ves; y si á imitarte  
 ”y á seguir mis lecciones se acomoda,  
 ”yo generosamente  
 ”haré su suerte, y le pondré á la moda.”

Aun hablaba Midas, cuando sintió brotar bajo de su pelo un par de orejas largas y belludas, Pan huyó espantado, Apolo se retiró satisfecho, y el príncipe se quedó solo con su barbero, que oficiosamente le cubrió con una gran peluca sus milagrosas orejas. Midas le hizo prometer un secreto inviolable, y el barbero se lo juró; pero por desgracia es mas difícil callar las ridiculeces de los otros que sus virtudes ó vicios. El rapista no pudo sufrir mucho tiempo la carga del secreto burlesco de su amo.

Hizo un hoyo en el campo, y poniendo la cara en él, pronunció estas palabras: ”El rey Midas tiene orejas de asno.” Enterró al punto su secreto, y se alejó. Pero poco despues nacieron en aquel sitio unos juncos, que agitados por el viento, decian entre sí: ”El rey Midas tiene orejas de asno.” Ya ves, Emilia, que en aquel tiempo los secretos enterrados germinaban y crecian con las plantas.

Si hoy esto sucediera,  
de tu jardín las inocentes flores  
por el ligero Zéfiro halagadas,  
fieles te murmuraran mis amores.

Midas descubierto y desesperado, fué á buscar asilo á la corte de Baco. Este para consolarlo, ofreció concederle el primer favor que le pidiese. El príncipe o-rejudo pidió el privilegio de convertir en oro todo lo que tocase. No tardó Midas en arrepentirse de su indiscreta solicitud. Los alimentos se convertían en oro al llegar á sus labios, y aquel rico indigente se vió amenazado por la hambre. Baco, satisfecho con haberle dado esta lección, y compadecido al ver su apuro, le mandó que para librarse de aquella funesta virtud, se bañase en las aguas del Pactolo. Este río, que atraviesa la Lidia, corre desde entonces en arenas de oro.

A la florida márgen de una fuente  
llegando el otro día,  
vi nadar en sus aguas  
dos botones de rosa  
y muchas hojas de nevado lirio,  
con alguna otra cosa  
que dos frutas gemelas parecía.  
Entonces recordando en mi delirio  
que abrazó aquel cristal tu cuerpo bello,  
en su márgen postrado  
recordé con ternura  
de Lidia el río dorado.

Esperaba hablarte de las otras haza-

ñas de Apolo, de su vuelta á la corte celestial, de su aventura en la isla de Rodas, de sus templos, sacerdotisas y oráculos; pero parto á gozar tu vista, y el placer de hablarte vá á suceder al de escribirte.



## REVISION DE OBRAS.

*Juicio crítico sobre los ENTRETENIMIENTOS POÉTICOS del P. Fr. Manuel*

NAVARRETE.

¿QUE vergel mas deleitable podrá escogerse para ostentar las flores primaverales del Parnaso americano, que los *Entretenimientos poéticos* del P. Fr. Manuel Navarrete? Celebridad bien merecida del autor entre sus compatriotas; primacía de antigüedad entre los poetas pertenecientes á la nueva, á la grande era de la independencia: carácter poético perfectamente adaptado al *Virginibus puerisque cano* del epígrafe: todo reslama este obsequio á favor del tierno, del candoroso, del delicado Navarrete; cuyos versos son en realidad traviosos é inocentes, como los juegos de los niños, y púdicos y alagüe-

nos, como la hermosura de las vírgenes. Semejante al suavísimo Delio, ha sabido hermanar lo divino con lo humano, sin ofender la austeridad de la profesion religiosa, ni descubrir la aspereza del sayal que vestía.

Los nombres de Fr. Diego Gonzalez y de Fr. Manuel Navarrete adornan el escaso catálogo de los que han conseguido en sus poesias el respeto que se debe tener á la hermosa y difícil virtud de la eutropia, demarcando la linea en que deben contenerse sus lícitos y amables desahogos. Uno y otro parecen inspirados por aquel *Angel de los santos amores*, que el celebre cantor de los MARTIRES imaginó para la poesia cristiana, en oposicion con la Vénus de los gentiles. La musa de Navarrete es ciertamente menos aliñada, y aun tal cual vez se olvida de que la poesia, siendo el lenguaje de los dioses, se desdena de toda trivialidad; pero este mismo defecto contribuye casi siempre á la agradable sorpresa de ver la elegancia ventajosamente remplazada por la sencillez y por un amable abandono.

Son diferentes los géneros en que se ejerció su fecunda vena: el erótico y anaacreóntico, el bucólico, el elegíaco mo-

ral y amatorio, el epigramático, el satírico, el jocoso, el de la fábula, el didáctico y el sagrado. En todos ellos usó las principales variedades del metro castellano, desde el de cuatro sílabas hasta el de once, aplicado á la octava, al soneto, al romance, á la silva, á la medida sáfica, y á la graciosa rima provenzal de estancias de endecasílabos alternadas con las de versos de cinco pies. La versificación es constantemente fácil, si bien algo descuidada en tal cual pasaje, tiene mucha dulzura y fluidez, aunque con demasiada frecuencia cometa contra la prosodia el pecado, muy grave y vitando en nuestra opinion, de no hacer la debida separacion de la concurrencia de las vocales que deben pronunciarse como otras tantas sílabas distintas, y no como un dip-tongo: lo cual, ademas de ser antigramatical, dá al verso un desaliño insop-ortable, ofendiendo gravemente el oido, como en estos:

Todos los seres que *hermosean* la tierra.  
 ¡No te dan todavía bastante gloria?  
 Y cual soldado en la campaña *instruido*.  
 Que no *sea* de dolor al alma mia.

Por desgracia, no es necesario ojear mucho en cualquiera de los dos tomos para tropezar con varios versos que adole-

nos, como la hermosura de las vírgenes. Semejante al suavísimo Delio, ha sabido hermanar lo divino con lo humano, sin ofender la austeridad de la profesion religiosa, ni descubrir la aspereza del sayal que vestía.

Los nombres de Fr. Diego Gonzalez y de Fr. Manuel Navarrete adornan el escaso catálogo de los que han conseguido en sus poesias el respeto que se debe tener á la hermosa y difícil virtud de la eutropia, demarcando la linea en que deben contenerse sus lícitos y amables desahogos. Uno y otro parecen inspirados por aquel *Angel de los santos amores*, que el celebre cantor de los MARTIRES imaginó para la poesia cristiana, en oposicion con la Vénus de los gentiles. La musa de Navarrete es ciertamente menos aliñada, y aun tal cual vez se olvida de que la poesia, siendo el lenguaje de los dioses, se desdeña de toda trivialidad; pero este mismo defecto contribuye casi siempre á la agradable sorpresa de ver la elegancia ventajosamente remplazada por la sencillez y por un amable abandono.

Son diferentes los géneros en que se ejercitó su fecunda vena: el erótico y anaacrónico, el bucólico, el elegíaco mo-

ral y amatorio, el epigramático, el satírico, el jocoso, el de la fábula, el didáctico y el sagrado. En todos ellos usó las principales variedades del metro castellano, desde el de cuatro sílabas hasta el de once, aplicado á la octava, al soneto, al romance, á la silva, á la medida sáfica, y á la graciosa rima provenzal de estancias de endecasílabos alternadas con las de versos de cinco pies. La versificación es constantemente fácil, si bien algo descuidada en tal cual pasaje, tiene mucha dulzura y fluidez, aunque con demasiada frecuencia cometa contra la prosodia el pecado, muy grave y vitando en nuestra opinion, de no hacer la debida separacion de la concurrencia de las vocales que deben pronunciarse como otras tantas sílabas distintas, y no como un diptongo: lo cual, ademas de ser antigramatical, dá al verso un desaliño insoportable, ofendiendo gravemente el oido, como en estos:

Todos los seres que *hermosean* la tierra.  
 ¡No te dan todavía bastante gloria?  
 Y cual soldado en la campaña *instruido*.  
 Que no *sea* de dolor al alma mia.

Por desgracia, no es necesario ojear mucho en cualquiera de los dos tomos para tropezar con varios versos que adole-

een de este mismo defecto; pero tambien es justo decir en alabanza de su autor que es el único de que se le pueda hacer un cargo formal, y que merezca particular animadversion por ser tanto mas peligroso y de mal ejemplo en un poeta, cuya versificacion puede por lo demas ser recomendada como dechado entre los mejores de que blasona la moderna poesía castellana. Por lo que hace al language, tenemos la satisfaccion de poder decir que es de lo mas castizo y puro que hemos visto en nuestros tiempos, y que felizmente libre de los resabios tan fáciles de contraer por los que se han nutrido demasiado en la lectura de libros franceses, merece acaso ocupar entre los modernos poetas hispano-americanos un lugar igual al que en este respecto se debe al correcto Iglesias entre los españoles. El estilo de todas sus composiciones es natural, limpio del mas remoto asomo de afectacion, claro y esento de todo punto de esa especie de algarabia y martirizada fraseologia, hoy tan comun en la poesía castellana.

Las tres cualidades indicadas, que cada una por sí sola harian á Navarrete digno de ser leído con aprecio, reunidas le dan un realce que muy pocos le pa-

den disputar entre los contemporáneos: y si á ellas se añaden las que sobresalen en el carácter particular de su númen, será justo decir que la nacion mejicana puede gloriarse de tener un escelente poeta lírico. Pulsando el blando laud de Anacreonte, mezcla la filosofía mas amable con las imágenes y alusiones mas risueñas, con la invencion mas graciosa, y con la ligereza mas significativa. En las composiciones puramente amorosas, la decencia, la ternura, la sensibilidad mas exquisita, la verdad de los afectos y una dulcísima y envidiable melancolia las sacan de la clase general de fastidiosas á que las de este género estan condenadas por el exceso con que abundan en la poesía castellana. Si se ejercita en objetos mas graves, y canta inspirado por las augustas máximas de la religion y de la moral, lo que infunde su noble voz no es precisamente aquel respeto encogido, aquella veneracion mezclada de temor, ni aquella elevacion de ideas envuelta en cierta rigidez, que se siente al leer muchas de las mejores producciones de este género; sino mas bien una aficion cariñosa á la virtud, una obediencia fácil y gustosa de sus máximas, una santa amistad á los preceptos y verdades austeras de la religion.

Aun en su poema lúgubre del *Alma privada de la gloria*, asunto por cierto bien lúgubre y terrible, el afecto de la sensibilidad es el que mas sobresale, presentando por principal realce del cuadro á un hijo que cifra la mayor causa de su tormento en verse privado para siempre del amor de su madre, á quien mira colocada en la mansion de los justos. ¡Sublime concepcion, que pinta toda la ternura del alma de Navarrete, semejante á la de la seráfica vírgen de Avila, que compadecia á Satanás por que no es capaz de amar!

Estos son los principales géneros en que brilla el talento poético del vate mejicano; y aunque en todos los demas se echa de ver la facilidad de su vena, la riqueza de su fantasía, y sobre todo, la habilidad para describir, nos atrevemos á decir que no deberá la justa celebridad de que ya goza, y que le confirmará la posteridad mas remota, ni á sus églogas, en las cuales hay mas tono erótico-elegíaco que colorido campestre; ni á sus fábulas, poco felices en la eleccion del sujeto y en el desempeño de la narracion; ni á sus sátiras, cáusticas en palabras y desnudas de pensamientos graves y profundos; ni á sus epigramas, no bien

razonados con la sal del chiste; ni á sus sonetos, desprovistos de la insensible gradacion con que por una corta escala de pensamientos escojidos llega la mente á fijarse y quedar suspensa en una sentencia ó un rasgo, que es como el remate atrevido de un edificio perfecto.

Concluiremos, pues, diciendo con el editor, "que todas las poesias de este insigne zamorano llevan consigo como una carta de recomendacion para que las aprecien mas los americanos, por haber sido producidas en su misma pátria y por un hijo de ella, que careciendo de las ideas de comparacion que se adquieren con la residencia en diversos paises del mundo, y destituido alguna vez aun de los libros precisos, pensó por sí y escribió por sí, recurriendo á sus propias reflexiones y á una imaginacion admirablemente fecunda."—*P. M.*



## EL NIÑO MAL CRIADO.

*Iram*

*colligit ac ponit temere, et mutatur in horas.*

HORAC.

"No he de ir sin el chico," decía

doña Plácida á su esposo don Simplicio, cuando íbamos á tomar el coche para ir á comer á Tacubaya. "Como quieras, mi vida," respondió don Simplicio, lleno de gusto, pues no deseaba menos que su cara mitad llevar á Perico al paseo. "Mas," continuó, dirigiéndose á mi, "temo que el niño incomode á V."—"Nada de eso," le respondí por pura política, pues bien preví las calamidades y miserias que aquella compañía nos preparaba.

Resuelta ya la marcha de Perico, esta preciosa criatura mudó tres ó cuatro veces de parecer en cuanto al vestido que debía llevar: primero se puso un pequeño uniforme, que le hacia parecer muy semejante al mono del circo; en seguida se probó un fraque, y despues de una larga discusion, convino en ponerse una chaqueta azul, habiendosele olvidado por fortuna la peregrina ocurrencia de llevar en en el coche un enorme borrego, que le servia de caballo, aunque no pudimos escaparnos de su fusil de hoja de lata, que se terció á la espalda con bayoneta armada. En estos preparativos, interesantes para mi, gastamos casi una hora, y ya estábamos en la garita, cuando recordò el el amable niño que habia dejado en casa á su perro, y se obstinó

tanto en gritar y llorar con este motivo; que fué indispensable volver atrás; y colocar al animal en el coche.

Nuestra vuelta produjo otros varios incidentes: El perro azorado mordió á Perico al subirlo al coche, y fué preciso curar aquella grave herida; que causó la mayor consternacion á los tiernos padres; en seguida costó largo afán enjugar las lágrimas y acallar los gritos del paciente, hasta yo tuve que besarle la mano para apresurar la cura; y el lacayo protestó matar al desalmado can para satisfacer la cólera del señorito. En seguida pidió este azúcar y agua; frutas y mamones; de que se hizo provision en el coche; como para atravesar el inmenso Atlántico. Luego se reconciliò con el perro; y por su orden se le dió de almorzar antes de la salida; en tanto que los padres, contemplando aquel dulce espectáculo; levantaban al cielo el magnánimo corazón de Perico. Allanados tantos obstáculos, íbamos á tomar el coche; cuando se le antojó oír tocar la flauta á su padre; y este no pudo negarle una pretension que aunque imperiosa; probaba su buen gusto y afecto á las bellas artes. Al fin nos pusimos en camino; mas á poco andar, inventó Perico subir en una de las mulas;

\*

—

para gozar mejor la vista del campo, y fué preciso complacerle, aunque al montar le dió mil gritos la afectuosa madre, temiendo se diese un golpe, en términos de que casi me dejó sordo. Acomodóse nuestro ginete, sostenido del cochero que lo agarraba con una mano, y seguimos el camino paso entre paso, de manera que hubieramos llegado en dos dias, si por fortuna no se hubiese cansado de su cabalgadura, y vuéltose al coche. Arrodillóse en el vidrio; bajó los cristales, y descolgando su fusil, dió tan fiera carga á la bayoneta en las ancas de las pobres mulas, que estas emprendieron precipitada fuga, arrastrando en ella el coche, en cuyo interior tuvimos segunda edicion de aspavientos, gritos y lágrimas. Detuvieronse al fin las aterradas bestias, se subieron los vidrios, y el autor de tantos desórdenes se resignó á jugar con su perro y fusil durante el resto del viage, aunque agitado por tal inquietud, que el cañon de su arma se puso mas de una vez en contacto con nuestras narices, y la bayoneta anduvo muy cerca de un ojo de mamá, sin que esta y el afectuoso Papà hiciesen mas que celebrar con dulce sonrisa la viveza y gracias de su cara prenda.

Llegamos al término suspirado de

nuestra expedicion, y el ejercicio despertó energicamente el apetito de Perico. Sucesivamente embauló en su panza leche, dulces, frutas, nieve y sangria, ingredientes que acumulados en aquel laboratorio, no tardaron en producir efectos muy desagradables y visibles en el túnico de doña Plácida y los pantalones de su esposo.

Pusímonos á la mesa, y el niño se empeñó en comer sentado en mis piernas, aunque el fracaso reciente le habia perfumado con cierto olor aun mas ingrato que el almizcle. Ocurrióle ademas que le apretaba la cinta que le servia de venda á su mano mordida, y se la arrancó, manchándome de sangre el chaleco. Siguióse otra sinfonia de gritos y llanto, y fué preciso vendarle y besarle la mano. Se le antojaban todos los platos, y los fué sopeteando sucesivamente. Pidió vino, y por que le dieron Burdeos queriendo Xerez, volcó la copa en los manteles, dejándolos primorosos. Luego obsequió al perro, subiéndolo á la mesa, y soltó grandes carcajadas al ver que su amigo, queriendo huir de un puesto ageno de su clase, tiró una dulcera de china, y rompió dos vasos.

Despues del café, salimos á dar un

paseo por la huerta, y á poco andar, tuvo Perico el original proyecto de que puestos en cuatro pies, le sirviésemos de caballos, á falta del borrego. Su padre logró con dificultad exímirme de tan penoso servicio, que él por su parte aceptó con resignacion, hasta nueva orden del caprichoso niño. Este se apoderó de mi baston, lo echó en un lodazal; y se puso á jugar á la pelota con una naranja, que habia tomado de la mesa: uno de sus botes se amortiguó en mi espalda, y su ácida sustancia ha dejado en mi casaca nueva huellas indelebles. Completaban mi diversion los incesantes ladridos del perro, á quien Perico no cesaba de provocar al retozo.

Llegó por fin la noche, y volvimos cargados de flores y otras cosas que se antojaron á Perico, quien nos dejó respirar, acostándose á dormir tendido en mis piernas y en las de mamá. Ya no tuve otra molestia que la de venir ahogándome de calor, por que no podian bajarse los vidrios, y esponer al niño á resfriarse con el aire. La conversacion (en murmullos para que no despertase) se redujo á celebrar la hermosura y gracias de Perico, y el grande amor que le tenian sus padres. El fatigado navegante, des-

pues de un viage largo y tempestuoso, siente menos consuelo al pisar el suspirado puerto, que yo al despedirme de aquella extravagante familia.

El afecto paternal es sin duda una virtud, pero no consiste en la ridícula y absurda condescendencia y sumision á los caprichos de un ser en cuya mente apenas vislumbran los primeros albores de la razon. Al contrario, esta conducta hace un daño irreparable á los niños, pues los confirma en hábitos viciosos, haciéndolos incapaces de sociedad, cuando lleguen á ser hombres, y les prepara una larga serie de padecimientos y desengaños, en un mundo de vicisitudes, y sujeto á la imperiosa ley de la necesidad.

El mimar y consentir á los niños, produce ademas, entre otros inconvenientes, el de hacerlos fastidiosos é insufribles, que no es de poca monta. Un padre, una madre, los ven con ojos apasionados; pero las personas estrañas solo son sensibles á la molestia de tener que sufrir las majaderias é impertinencias de un niño mal criado, sus intempestivos accesos de cólera, sus continuos antojos, su desordenado apetito, sus gritos, travesuras, y otras gracias de este jaez. Contra una legion de papás y mamás, enamorados de

paseo por la huerta, y á poco andar, tuvo Perico el original proyecto de que puestos en cuatro pies, le sirviésemos de caballos, á falta del borrego. Su padre logró con dificultad exímirme de tan penoso servicio, que él por su parte aceptó con resignacion, hasta nueva orden del caprichoso niño. Este se apoderó de mi baston, lo echó en un lodazal; y se puso á jugar á la pelota con una naranja, que habia tomado de la mesa: uno de sus botes se amortiguó en mi espalda, y su ácida sustancia ha dejado en mi casaca nueva huellas indelebles. Completaban mi diversion los incesantes ladridos del perro, á quien Perico no cesaba de provocar al retozo.

Llegó por fin la noche, y volvimos cargados de flores y otras cosas que se antojaron á Perico, quien nos dejó respirar, acostándose á dormir tendido en mis piernas y en las de mamá. Ya no tuve otra molestia que la de venir ahogándome de calor, por que no podian bajarse los vidrios, y esponer al niño á resfriarse con el aire. La conversacion (en murmullos para que no despertase) se redujo á celebrar la hermosura y gracias de Perico, y el grande amor que le tenian sus padres. El fatigado navegante, des-

pues de un viage largo y tempestuoso, siente menos consuelo al pisar el suspirado puerto, que yo al despedirme de aquella estravagante familia.

El afecto paternal es sin duda una virtud, pero no consiste en la ridícula y absurda condescendencia y sumision á los caprichos de un ser en cuya mente apenas vislumbran los primeros albores de la razon. Al contrario, esta conducta hace un daño irreparable á los niños, pues los confirma en hábitos viciosos, haciéndolos incapaces de sociedad, cuando lleguen á ser hombres, y les prepara una larga serie de padecimientos y desengaños, en un mundo de vicisitudes, y sujeto á la imperiosa ley de la necesidad.

El mimar y consentir á los niños, produce ademas, entre otros inconvenientes, el de hacerlos fastidiosos é insufribles, que no es de poca monta. Un padre, una madre, los ven con ojos apasionados; pero las personas estrañas solo son sensibles á la molestia de tener que sufrir las majaderias é impertinencias de un niño mal criado, sus intempestivos accesos de cólera, sus continuos antojos, su desordenado apetito, sus gritos, travesuras, y otras gracias de este jaez. Contra una legion de papás y mamás, enamorados de

sus pimeos sucesores, ó envanecidos con la temprana belleza de sus hijas, sostendré que los niños deben aprender desde la cuna hábitos de modestia y templanza, y si se arrojan la tirania de quererlo todo, no solo no se les ha de complacer, sino es necesario reprenderlos y corregirlos con firmeza.



## PROTÁGORAS.

UN jóven llamado Evatles, que trataba de ejercer la abogacia, habia hecho con el sofista Protágoras el trato de que le enseñase todos los recursos y secretos de su arte por cierta suma de dinero; con la espresa condicion de que solo pagaria la mitad desde luego, y no podria exigirle el resto hasta que hubiese ganado el primer pleito que defendiese. El jóven abogado, bien instruido ya, no se apresuraba á poner á prueba sus talentos, y aunque le instaba su maestro, que tenia el doble interes de ver brillar á su discípulo y cobrar su dinero, diferia siempre entrar en campaña; hasta que el sofista impacientado lo demandó en virtud de su promesa escrita, y creyéndose seguro del triunfo,

compareció ante los jueces con aire de satisfacción, y les dijo con el tono de un maestro que vá á confundir á su discípulo: "Sea cual fuere el éxito de este juicio, mi deudor tendrá siempre que pagarme, pues, ó pierde ó gana: en el primer caso, deberá pagarme en virtud del fallo; en el segundo, habrá ganado su primer pleito, y en virtud de nuestro contrato deberá tambien exhibir al punto el dinero."

El auditorio prorumpió en aclamaciones; pero el jóven, levantándose con la mayor serenidad, y dirigiéndose á Protágoras, "Acepto," le dijo, "la alternativa que proponéis, y es la verdadera base de mi defensa en este negocio. Es indispensable que la sentencia me sea favorable ó contraria: si lo primero, nada podeis cobrar, pues el tribunal me absuelve de vuestra demanda: si al contrario me condena al pago, habré perdido mi primer negocio, y es claro que nada os debo." El sofista se quedó atónito, y los jueces creyeron el asunto tan árduo y equívoco, que se negaron á decidirlo.



El que aspira á la gloria por la virtud, solo pide lo que merece.

El amor filial es en un niño la virtud que precede á todas las demas: asi el boton de la violeta humilde es predecesor de todas las flores de la primavera.

Por fuerza respetamos los dones de la naturaleza que no pueden adquirirse con el estudio ni con el dinero.



## POESIA.

### PROGRESOS DE LAS CIENCIAS.

#### FRAGMENTO.

La Física incansable, indagadora,  
 analiza la gran naturaleza.  
 Elevándose al éter Galileo  
 entre persecuciones y peligros,  
 de inquisidor fanático á despecho  
 consagrados errores disipando,  
 su libertad reivindicó á la mente.  
 Armó de nuevos ojos al humano,  
 la noble frente á Júpiter sublime  
 coronó de satélites, y á Febo  
 sentó en inmóvil refulgente trono.

El volador cometa vagabundo  
 de siglo en siglo iluminaba el cielo

con siniestro fulgor, vaticinando  
 fúnebre porvenir. La ciencia osada  
 midió por fin su elíptico sendero,  
 anunció su venida, despojóle  
 de usurpado terror, y el astro humilde  
 obedeció del sábio los decretos.

Torricelli, Pascal, su peso miden  
 á la impalpable atmósfera: encerrado  
 en férrea tubo el aire se desata,  
 y feroz ante sí lanza la muerte.  
 Hijo del sol el septiforme rayo  
 por cristalino prisma dividido,  
 entre la oscuridad que le circunda,  
 hace brillar del iris los colores.  
 En el convexo lente deja dócil  
 su fulgente corona, y concentrado  
 se arma feroz de innumerables puntas,  
 y á los metales y al diamante muerde.

En primorosa imitación la esfera  
 rueda en sus ejes, dividiendo el año,  
 hace girar en su órbita la tierra,  
 y de ella en pos á la inconstante luna.  
 A la vista Saturno aproximado  
 revuelve sus anillos misteriosos,  
 que oculta ó muestra: Júpiter eclipsa  
 sus brillantes satélites, y el sábio  
 nota el momento, y las distancias mide.

El imanado acero en equilibrio  
 busca del Norte la querida estrella,  
 y en el inmenso mar, en negra noche,  
 fija su rambo al navegante incierto.  
 El agua del calor atormentada,  
 ó al choque de la eléctrica centella

en diferentes gases convertida,  
á la llama voraz pábulo presta.

Con inocente estrépito á los ojos  
estalla y luce simulado rayo,  
que enseñó la atraccion del verdadero,  
y pudo el hombre desarmar las nubes.  
Del Galvanismo al poderoso impulso  
tiembla y se agita el pálido cádaver  
con misteriosa convulsion, y casi  
duda su triunfo atónita la muerte.

Fiero coloso el arador se torna  
del microscopio mágico en el seno,  
y en sus miembros y espalda cristalina  
centenares de músculos se cruzan.  
En un grano de polvo imperceptible  
hieryen insectos mil, y nuevos mundos  
á la asombrada vista se presentan.

Entre los senos de la tierra ocultos  
la Química sorprende á los metales,  
y su corriente sólida persigue.  
La acción devoradora de la llama  
hace brotar de calcinadas piedras  
el líquido mercurio, y resplandece  
entre la arena vil pálido el oro.

De blanda seda refulgente globo  
hinche ligero gas: en el suspenso  
deja la tierra el físico atrevido,  
con rápido volar hiende las nubes,  
muy mas allá de su region oscura  
bebé del sol purísima la lumbre,  
y sobre un horizonte ilimitado  
los desiertos del éter señorea.

## LA VISION.

## IMITACION DE LORD BYRON.

UN sueño tuve fúnebre y extraño.  
 Estinguirse ví el sol, y las estrellas  
 en el espacio eterno silenciosas,  
 extraviadas y pálidas giraban.  
 La tierra helada, ennegrecida y ciega  
 en la pesada atmósfera dormía,  
 y las cansadas horas se arrastraban,  
 sin que, en sus alas lánguidas trajeran  
 la vuelta de la luz. Los hombres todos  
 sus miserables pasiones é intereses  
 sepultaron al fin en el abismo  
 de universal desolacion. Vivian  
 al esplendor de hogueras, y los tronos,  
 los palacios de reyes coronados  
 y las chozas humildes consumieron  
 por procurarse luz. Grandes ciudades  
 así desaparecieron, y los hombres  
 en torno á sus hogares abrasados  
 para mirarse por la vez postrera  
 se congregaban. Los antiguos bosques  
 se incendiaron tambien: hora tras hora  
 consumidos cayendo se apagaban.  
 De aquella luz al lúgubre reflejo  
 los hombres azorados parecian  
 espéctros yertos, pálidos: algunos  
 los ojos encubriéndose lloraban:  
 otros, corriendo por do quier, miraban  
 con desesperacion al yermo cielo,  
 que tenebroso y mudo, parecia  
 el paño funeral del mundo muerto.

Con blasfemias feroces á la tierra  
 luego inclinaban los cansados ojos,  
 rechinando los dientes, y mórían.  
 Los pájaros silvestres por do quiera  
 atónitos vagaban, y la tierra  
 con sus alas inútiles batían.  
 Las bestias mas agrestes y feroces,  
 en tremulas y mansas convertidas,  
 mezclábanse á los hombres. Las serpientes  
 entre la multitud se deslizaban  
 sin ofender, con lamentable silvo,  
 y aquel hambriento pueblo devorólas.  
 La guerra, en el principio sosegada,  
 rugió mas furibunda: las comidas  
 compráronse con sangre; cada uno,  
 perdido en las tinieblas, engullia  
 su mezquina porcion. Se disolvieron  
 del afecto los lazos, y la tierra  
 en solo el pensamiento se abismaba  
 de inminente, fatal y oscura muerte.  
 El hambre las entrañas consumia:  
 espiraban los hombres, y sus huesos  
 quedaban, cual sus carnes, insepultos.  
 Los flacos á los flacos devoraban,  
 los perros á sus amos embestian,  
 exceptuando uno solo, que un cadáver  
 guardando estaba con doliente ahullido,  
 y al fin murió, lamiéndole la mano.  
 Dos de una gran ciudad sobrevivieron,  
 y eran mortales fieros enemigos.  
 Junto á un altar del fuego devorado  
 vinieron á encontrarse; con sus manos  
 descarnadas y yertas revolviendo  
 las brasas moribundas y cenizas,  
 alzaron débil momentánea llama,  
 y al verse con su luz el uno al otro,

gritaron de terror, y perecieron.  
 Quedó el mundo vacío, despojado  
 de árboles, yerbas, hombres y de vida,  
 sin tiempo ni estaciones, mudo caos.  
 Los ríos, lagos y mares sumergidos  
 en un silencio fúnebre yacían,  
 y en sus profundidades cavernosas  
 ningún ser animado se agitaba.  
 Acabaron las fervidas mareas  
 al espirar la luna, su señora;  
 los vientos en la atmósfera estancados  
 se consumieron, y también las nubes,  
 y tinieblas informes, silenciosas,  
 remplazaron del todo al universo.



## ATENAS Y PALMIRA.

Al contemplar las áticas llanuras  
 en la serena cumbre del Himeto,  
 espectáculo espléndido se goza.  
 Véanse grupos de palmas, que otro tiempo  
 oyeron de Platon la voz divina,  
 y entre masas brillantes de verdura  
 alza el olivo su apacible frente.  
 Cubre la viña el ondulante suelo  
 de esmeraldas y púrpura, y los valles  
 en diluvio de luz el sol inunda.  
 Entre tantas bellezas, magestosa  
 con mármreo esplendor domina Atenas.  
 En sus dóricos templos y columnas  
 juega la luz rosada,  
 y con mágica tinta  
 el contorno fugaz colora y pinta.  
 ¡Cuadro admirable y delicioso! Emper

goza placer mas puro y mas sublime  
 el solitario y pensador viagero  
 que á la luz del crepúsculo sombrío,  
 entre un océano de caliente arena  
 contempla el esqueleto de Palmira,  
 de alto silencio y soledad cercado.  
 Desolacion inmensa! El obelisco,  
 cual roble anciano, se levanta al cielo  
 con triste magestad, y el cardo infausto,  
 brotando en grietas del mármoleo techo,  
 al viento sirio silva. En los salones  
 do la elegancia y el poder moraron,  
 hoy la culebra solitaria gira.  
 En el suelo de templos quebrantados  
 crecen los pinos, y en las anchas calles,  
 que antes hirvieron en rumor y vida,  
 se mira ondear la yerba silenciosa.  
 Do quier yácen columnas derribadas  
 unas sobre otras, y en la gran llanura  
 incontables parecen los despojos  
 de la grandeza y del poder pasado.  
 Arcos, palacios, templos y obeliscos  
 forman un laberinto pavoroso  
 en que inmóvil se asienta  
 el silencioso genio de las ruinas,  
 y altas verdades, máximas divinas  
 de su frente el dolor al sabio cuenta.

HEREDIA.

TOLUCA 1832:

---

*Imprenta del Estado, á cargo del ciudadano Juan  
 Matute y Gonzalez.*

---

**MISCELANEA.****PERIÓDICO CRÍTICO Y LITERARIO.***Miscuit utile dulci.*

HORAC.

---

**JUNIO DE 1832.**

---

**VARIEDADES.****EMIGRACIONES DE LAS AVES.**

No hablaremos aquí de las relaciones que los cantos armoniosos de las aves forman entre ellas y el hombre. Sin duda es admirable que los mejores músicos de la naturaleza cerquen nuestras habitaciones rurales, al paso que los pájaros retirados en las soledades de los bosques y en las rocas desiertas tienen una voz triste, y dan gritos lúgubres y chillidos melancólicos, que nos llenarian de espanto y tristeza.

Por una harmonia no menos singular, las gaviotas y los alcatraces aislados en escollos, que hacen resonar con sus gemidos, avisan al marinero la próxima bor-

rasca; otro anuncia la llegada al trópico; las parvadas de alcatraces siguen por el aire las columnas de arenques que descubren al pescador, y el *cuculillo* indicador enseña á los habitantes de los bosques africanos el sitio en que las abejas deponen sus panales de miel perfumada.

El hombre ha encontrado entre las aves servidores tan inteligentes como el perro, y leemos con admiracion lo que dicen los viajeros del Jacana y del Agami: estos pájaros, custodios fieles de los ganados, los conducen á pastar, y á la tarde los hacen volver al establo á picotazos. Asi la Providencia nos dá amigos hasta en la profundidad de los desiertos. Otros pájaros, como el falcon, nos traen su presa, ó como el Leutze [1] de la China, pescan para su amo.

Otra ley admirable tiene la naturaleza. Las aves útiles al hombre, como la gallina, el guajolote, el ánade, y el ganso, estan mal organizados para volar, sin

---

[1] *Este pájaro es una especie de alcatraz, que vive casi siempre en el agua. Los Chinos sacan partido de su habilidad en pescar, poniendole al cuello un anillo que no le deja tragar su presa.*

duda para que no salgan de nuestros corrales; mientras que el águila, el gavilán, y la golondrina, huyen por su velocidad de la tiranía del hombre, al que son inútiles.

Pero el verdadero objeto de la creación de las aves sin duda es librarnos de los insectos y cadáveres, y limpiar la tierra, que encantan con su vuelo variado, sus plumas de mil colores, y sus agradables conciertos.

Si echamos una ojeada por el globo, en todas partes hallaremos la misma prevision. En el suelo húmedo y caliente de la Guayana, hay una cantidad prodigiosa de hormigas, y allí ha multiplicado mas la naturaleza el pájaro que las destruye. [2] Una multitud de moscas infesta el aire de algunas regiones de la zona tórrida, pero tienen tambien porcion de aves destinadas á devorarlas. En Australasia el *mosquero* despliega su cola en forma de abanico, y persigue á los insectos hasta en las espaldas de los habitantes de la Nueva-Zelanda.

Las lluvias que caen en Porto-Belo hacen salir de los bosques una turba innumerable de culebras y sapos, que infes-

---

[2] *El hormiguero.*

tarian la tierra si la Providencia no hubiera colocado en aquel clima una especie de cuervo que llaman *gallinazo*. Este pájaro, del tamaño del águila, tiene un buche tan enorme, que es increíble la cantidad de porquerías que se traga. La misma Providencia vela sobre Egipto: cuando se retiran las aguas del Nilo, y las tierras húmedas se cubren de réptiles venenosos, llegan de las orillas del Mar Rojo y de la Grecia infinitas grullas y pelícanos; estos bienhechores enviados por el cielo, posan en las llanuras del antiguo Egipto; unos se paran en la punta de los obeliscos, otros giran entre las columnatas ruinosas, y su hueste alada libra á aquellos climas de un contagio inminente.

El zopilote trabaja sin cesar en la limpieza de nuestros campos, y preserva el aire de la infección consiguiente á la descomposición de los cadáveres.

En la primavera, cuando el sol reanima la tierra, que se cubre de flores, los insectos renacen, los réptiles se desentuman, las mariposas rompen sus tumbas, y juegan con el zéfiro; una turba de ratones, topos y culebras salen de sus madrigueras, y juegan sobre la yerba florida; las orugas, envueltas en velos ligeros, devoran las hojas y los vástagos; el aire se lle-

de moscones brillantes, y escarabajos ó pinacates de mil colores y figuras, se arrastran, vuelan y corren entre la verdura naciente. Todos estos animalillos parecen trabajar en la destruccion de la naturaleza: unos, mineros hábiles, atacan las raices de los árboles: otros roen y consumen las hojas, y sus numerosos batallones no descansan; armados con tajaderas, sierras, tenazas, barrenas, martillos y dientes, atacan osados à los vegetales mas robustos; la soberbia encina sucumbiria á los esfuerzos de viles insectos, y mosquitos imperceptibles devorarian los tesoros del otoño.

Pero la Providencia despierta un viente-cillo en las costas de Asia y Africa, hace soplar una brisa dulce en las islas encantadas del Oceano, y batallones de aves, obedientes á aquella señal misteriosa, se juntan en las ruinas de Tébas y Ménfis, y formadas en falanges guerreras ó en largos triángulos para atravesar mas facilmente los campos aéreos, se ponen alegremente en camino.

Todo se dispone para recibir las; la primavera tiende su lecho nupcial bajo las sombras mas frescas, sobre céspedes y flores, y eleva arcos de verdura que sirvan á sus amores de asilo. Apenas se

acában estos preparativos, se llenan los aires de legiones aladas; los pájaros, músicos encantadores de la naturaleza, bajan con el zéfiro, y saludan la pátria con himnos melodiosos. Al punto la tierra queda libre de los insectos y réptiles que la devoraban; la golondrina vuela al techo rústico, y reconoce el nido de su infancia; la cigüena posa en su torre antigua, y el ruiseñor canta en el bosque testigo de sus primeros amores. Estos hijos amables del aire pueblan los valles y montes; cada pradera, cada arroyo, cada árbol tiene su músico: unos se lanzan á la atmósfera, como flechas rápidas; otros vuelan girando sobre la superficie de los lagos, que rizan las puntas de sus alas; todos estan locos de júbilo; todos tienen su traje de boda; todos suspiran los himnos sacros de himeneo, y vuelan tras la huella de sus amantes.

Los poetas no han visto en los viajes de las aves sino el deseo de vivir en una primavera eterna, y segun ellos, vienen con el mes de las flores, y desaparecen con la verdura. Pero ya hemos indicado el objeto de la naturaleza, y revelado la harmonia y hermosura de sus obras. Es cosa admirable que todos los años traiga de otros climas ejércitos de

pájaros insectívoros y granívoros en la época precisa en que la tierra parece implorar su auxilio; pues por un instinto no menos maravilloso que su viage, si el invierno se alarga, tardan mas en venir las aves, y apresuran su vuelta cuando la primavera anticipa su venida á los campos que hermosea.

Por una consecuencia de esta misma ley, cuando en los últimos dias del otoño los insectos se entorpecen ó mueren, y los réptiles vuelven á sus guaridas, las aves, que ya no son útiles, pasan á otros climas, donde la naturaleza espera de ellos los mismos conciertos, los mismos espectáculos y servicios.

Si algunos pájaros son fieles á su pátria, la naturaleza prevee su destino, y cuida de cubrirlos con plumas de mas abrigo, como se observa en la única especie de curruca que pasa el invierno entre las nieves de los jardines europeos. [La *silvia modularis*.]

Empero, cuando estas aves huyen de la estacion rigorosa, llegan otros á remplazarlas. Los pantanos y los terrenos húmedos se cubren de despojos y cadáveres, y multitud de insectos y réptiles, sorprendidos por el invierno, se quedan entorpecidos bajo la hojarasca seca de los

bosques; entonces se llenan los aires de torcos, pardales, frailecillos, chochas-perdices, y largos triángulos de grullas, cigüeñas, cercetas y patos bajan á los campos inundados y cubiertos de escarcha; batallones de cuervos se unen á aquellas horas vagabundas, y todos se apresuran á limpiar los bosques, llenando el aire con sus clamores. Envueltos luego en nieblas sombrías, vuelven á elevarse, y siguen su viage, dando graznidos siniestros.

Tales son los milagros con que gusta de manifestarse la Providencia. Acaso algunos solo verán en ellos un resultado de la organizacion y los hábitos de las aves. Mas ¿como es que esta organizacion se halla tan acorde con nuestras necesidades? Esto preguntaremos á los incrédulos, y nunca lo responderán satisfactoriamente.



## EL CABALLERO GORDO.

*Difficile est propriè communia dicere.*

HORAC.

En uno de mis viages por Inglaterra, me atacó una ligera indisposicion, de que empezaba á restablecerme; pero aun tenia

un resto de calentura, y tuve que encerrarme en una posada, en un día lluvioso del triste mes de noviembre. ¡Un domingo lluvioso en una posada de aldea! Solo quien lo haya sufrido podrá compadecer mi situación. La lluvia azotaba mi ventana, y la campana con lúgubre sonido llamaba los fieles á la iglesia. Me asomé á la vidriera, procurando descubrir algo en que descansar la vista: parecia que me hallaba colocado mas allá de la esfera de todo acontecimiento. Las ventanas de mi alcoba caian á techos y chimeneas, y desde las de la pieza inmediata veia solo el patio de la posada, que en tal tiempo es un espectáculo muy adecuado para fastidiar al hombre mas apático. El que yo veia estaba cubierto de paja esparcida por los caminantes y mozos de mulas; en uno de sus rincones yacia un gran charco, y en su centro una isla de lodo. Varias gallinas medio ahogadas se habian recogido bajo una carreta; el gallo empapado y con la cresta caída, parecia privado de su ardor y espíritu, y el agua que escurria de su lomo, goteaba de su cola abatida, que parecia una sola pluma. Junto á la carreta yacia una vaca medio dormida, que rumiaba, y con la mayor paciencia dejaba que la lluvia inundase su cuerpo, del que salian nubes de vapor. Un caballo vie-

jo, aburrido de la caballeriza, sacaba por una ventana su cabeza descarnada, y recibía en ella el chorro de una canal. Un desdichado perro encadenado en un sótano, lanzaba á intervalos una voz media entre ladrido y ahullido: una fregandera vieja y asquerosa atravesaba el patio, y su figura me pareció tan triste y siniestra como el tiempo. En una palabra, todo aparecía sumergido en la tristeza y el tedio, á escepcion de unos gansos, que reunidos junto al charco, se divertían con graznidos espantosos.

Yo estaba solo, y me aburría. Presto me fué insoportable mi cuarto; lo abandoné, y bajé á la sala comun, esperando hallar en ella algunos pasajeros. Hallé dos ó tres; pero me fué imposible sacar de ellos el menor partido. Uno acababa de almorzar, y se quejaba del pan y de la mantequilla, riñendo al mozo; otro injuriaba á *Boots* [1] por haberle limpiado mal los zapatos, y el último tocaba el tambor sobre la mesa con los dedos, mirando caer la lluvia por la vidriera. Todos parecían atacados por el contagio de la atmósfera: sucesivamente desaparecieron, y volví á quedar solo.

Púseme á la ventana, y me entretuve

---

[1] *Criado, cuyo oficio es limpiar las botas y zapatos de los pasajeros en las po-*

en mirar á los que se dirigian á la iglesia bajo de paraguas mojados. Callaron luego las campanas, y la calle volvió á quedar en profunda soledad y silencio. Entonces me puse á mirar á las hijas de un tendero, que vivia frente á la posada. Se habian quedado en casa por no echar á perder su ropa buena, y asomadas á la ventana, querian sin duda probar el poder de sus gracias en los vecinos. Una madre vigilante y avinagrada vino á recojerlas, y me privó de la última posibilidad de distraccion exterior.

¿Que debia yo hacer, pues, para matar el tiempo en aquel eterno dia? Me agoviaba la tristeza, y mis nervios se irritaban cruelmente. Ademas, todo lo que pertenecia á la posada parecia calculado para agravar mi fastidio. Unas cuantas gacetas viejas, apestando á cerbeza y tabaco, que ya habia yo leído una docena de veces por lo menos, y unos libros malos, aun mas tediosos que el tiempo. Leí y releí un número antiguo del *Almacen de las Damas*, hasta que me causó náusea: recorrí los nombres conocidísimos de viajeros ambiciosos de gloria, que los habian esculpido en los vidrios; allí encontré miembros de las eter-

---

*sadas inglesas. Entiende por Boots, que significa botas.*

nas familias de los Smith, Brown, Jackson, Johuson, y de todos los *sones* del mundo; y descifré algunos malos versos que ya habia leido en las ventanas de todas las posadas del globo.

El dia continuó sombrío y triste: las nubes perezosas y húmedas parecian clavadas en el aire; no habia variedad, ni aun en la lluvia, que caia de un modo triste y monotonó, y solo de cuando en cuando, el rumor que hacia cayendo sobre un paraguas en la calle, me ofrecia la idea de una variación.

Tuve un momento de alivio cuando la corneta anunció la llegada de una diligencia, que bajaba por la calle con rapidez, y paró á la puerta de la posada. Su techo estaba cubierto de viajeros que se ocultaban bajo sus paraguas de algodón, lo que no impedia que viniesen empapados hasta los huesos.

El ruido hizo salir de sus guaridas una tropa de muchachos y perros vagamundos. El mozo de la caballeriza, el extraño animal que llaman *Boots*, y toda la raza de ociosos que infestan las inmediaciones de una posada, acudieron á la puerta; pero la confusión solo duró un momento: la diligencia siguió su ruta, y criados, muchachos, perros, y Mr. Boots, volvieron á sus agujer-

ros; la calle quedó tan silenciosa como antes, y la lluvia siguió cayendo. A la verdad, no había apariencias de que cesase: el barómetro marcaba mal tiempo, y el gato de la huéspeda estaba junto á la chimenea, lavándose la cara, y rascándose la cabeza con las patas. Consulté el almanaque, buscando alguna esperanza, y hallé esta tremenda prediccion: *Espérese mucha lluvia en esta semana.*

Sentíame amagado por el *Spleen*; me parecía que los minutos se arrastraban, y me fatigaba aun el tic-tac de la péndula. Al fin, el profundo silencio que reinaba en la casa se interrumpió con el ruido de una campanilla, y poco después oí la voz de un criado que decía á la huéspeda: "El caba-  
"llero gordo del núm. 13 pide su desayuno;  
"té, pan, y mantequilla con jamon y hue-  
"vos: recomienda sobre todo que los hue-  
"vos no estén duros." En mi situacion los menores incidentes eran importantes. Presentóseme un objeto de reflexión, que prometia entretener mi fantasia ociosa. Naturalmente me inclino á pintarme los objetos que me describen, y esta vez no me faltaban materiales para la obra. Si solo hubiesen hablado del estrangero con el nombre de Mr. Smith, Mr. Brown, Mr. Jackson, ó Mr. Johnson, auu si solo hubiesen dicho

*el caballero del núm. 13, nada habria tenido de particular; pero el caballero gordo!* La sola espresion tenia algo de pintoresco, me presentaba la forma de la persona; le daba un cuerpo, y mi imaginacion hizo lo demas.

Pues era gordo, debia ser anciano, por que muchas personas engordan al envejecer; pues se desayunaba tarde y en su cuarto, era sin duda un hombre acostumbrado á una vida cómoda, y sus ocupaciones no le obligaban á madrugar. Me lo figuré, pues, como un caballero grueso, viejo, y rosado.

Oí llamar de nuevo con fuerza; el caballero gordo se impacientaba: era, pues, un hombre de importancia, acostumbrado á que le sirviesen con prontitud; tenia ademas excelente apetito, y se ponía de mal humor cuando se hallaba algo hambriento. Acaso, pensé, es un alderman de Londres; ¿quien sabe si es algun miembro del parlamento?

Le subieron su desayuno, y siguió un corto silencio. Juzgué que estaria tomándolo, mas pronto sonó otra vez la campanilla con mas fuerza que antes, y volvió á sonar sin dejar el tiempo suficiente para que acudiesen. ¡Justo cielo! exclamé, ¡que vivo es este señor!—El mozo bajó sofocado. La mantequilla estaba rancia, los huevos du-

ros, y el jamon muy salado.—El caballero gordo era evidentemente melindroso en su comida, y pertenecia á la especie de los que gruñen al comer, tienen siempre al mozo alerta, y estan en perpetua hostilidad con toda la casa.

La huéspededa iba ya enfadándose. Debo observar que era una muchacha viva, coqueta y bien parecida, con un marido muy necio, como sucede por lo comun á las mugeres quimeristas. Riñó asperamente á los criados por haber subido un desayuno tan malo, pero no dijo palabra contra el caballero gordo: de lo que concluí con razon que este se creia con derecho de hacer ruido, y molestar en la posada. Subiéronle otros huevos, otro jamon y otra mantequilla. Recibió con mas agrado estas nuevas provisiones, y se restableció la paz.

Pocos paseos habia dado yo en la sala comun, cuando llamaron de nuevo, y á poco ví que andaban buscando alguna cosa. El caballero gordo pedia el *Times* ó el *Morning Chronicle*. Lo marqué pues, por un *Whig*, [2] ó mas bien sospeché que fuese un *radical*, [3] segun su tono despótico.

[2] *El partido Whig en Inglaterra es el de oposicion al ministerio.*

[3] *Llamam radicales á los que opinan por la reforma del Parlamento británico.*

**Mi curiosidad iba en aumento; pregunté al criado quien era aquel caballero, que alborotaba toda la casa. Nada pude saber, por que todos ignoraban su nombre. En las posadas concurridas, el huésped por lo comun no se molesta en saber como se llaman los transeuntes. El color de su vestido, su estatura ó su cara bastan para procurarles un nombre provisional, como el caballero alto, el caballero chaparro, el caballero de casaca negra ó azul; esta vez, como hemos visto, fué el caballero gordo. Una vez que han imaginado un medio para designarle asi, no se apuran por saber su nombre.**

**Lluvia, lluvia y mas lluvia! No habia modo de salir, ni de ocuparme ó divertirme con alguna cosa en la posada. Al cabo de rato oí que caminaban sobre mi cabeza en el cuarto del caballero gordo. Conocí que era corpulento por la pesadez de sus pasos, y viejo, por que sus zapatos eran de suela doble, y hacian mucho ruido. Calculé que era un anciano de vida muy metódica, que acostumbraba hacer algun ejercicio despues de almorzar.**

**Acerquéme á la chimenea, y leí los nombres de todas las posadas y el derrotero de todas las diligencias del distrito. El *Almacen de las Damas* ya me inspiraba horror, y me fastidiaba tanto como el tiempo.**

po. Subí mecánicamente á mi cuarto. A poco, oí salir un grito de la pieza inmediata, y que se abrió una puerta y volvió á cerrarse con violencia. Una criada, que me habia parecido frescachona y alegre, bajó sofocada la escalera: el caballero gordo la habia insultado!

Esta ocurrencia desvaneció todas mis conjeturas. Aquel desconocido no podia ser viejo, porque en tal caso no hubiera tratado de cortejar á la muchacha contra su voluntad. Tampoco podia ser jóven, porque no la habria causado una indignacion tan viva. Era, pues, un hombre de media edad, y lo que es mas, horriblemente feo, sin lo cual no se hubiera enojado tanto la chica. Confieso que me hallaba en el mayor embarazo.

Al instante oí la voz de la huésped, y la entreví al subir la escalera. Su cofia echada hácia atras dejaba ver su rostro inflamado, y su lengua giraba como un molino. "No," decia, "no quiero tales infamias en mi casa. Estos señores gastan mucho dinero, mas no adquieren por eso un derecho para ser insolentes!"

Como aborrezco las disputas con mugeres, y sobre todo con mugeres bonitas, me acogí á mi cuarto, y junté la puerta; pero mi curiosidad estaba muy excitada para que

no escuchase. La huéspedada tomó por asalto la ciudadela del enemigo, y por un rato oí su voz muy alborotada; luego fué bajando el tono, despues oí que se reía, y ya despues nada oí.

Al cuarto de hora salió la huéspedada del aposento del caballero gordo, sonriéndose con malicia, y enderezándose la cofia, que tenia un poco ladeada. Su marido le preguntó ¿qué habia? y ella respondió que nada, y que la criada era una tonta. Este incidente acabó de confundirme, y no sabia que pensar de un personage tan extraordinario, que irritaba á una criada muy humilde, y amansaba á una huéspedada tan áspera. No era, pues, ni tan viejo, ni tan regañon, ni tan feo.

Tuve que empezar de nuevo á trabajar en su retrato, pintándomelo de muy distinto modo. La mañana se me pasó en formar conjeturas, mas apenas llegaba á combinar un sistema, algun movimiento del desconocido lo aniquilaba en un instante. Tales son las especulaciones solitarias de una mente calenturienta, y mis meditaciones continuas sobre aquel personage invisible me causaron una fuerte irritacion nerviosa.

Llegó la hora de comer, y yo esperaba que el caballero gordo comeria en la mesa redonda y lograria conocerlo; pero no; le

servieron en su cuarto. ¿Para que esta soledad y misterio? Ya no podia ser un radical, porque habia mucho espíritu aristocrático en aislarse de aquella manera, durante un largo dia lluvioso, y ademas se trataba muy bien para poder ser un político descontento. Parecia complacerse en comer de muchos platos, y se deleitaba con su botella como un verdadero epicúreo. No tardé en salir de mis dudas sobre su opinion política, porque apenas acabó su primer botella, empezó á cantar en voz baja: apliqué el oido, y conocí que la cancion era *God save the King*. (Dios guarde al Rey.) Era evidente, pues, que mi héroe no era radical, sino al contrario, un súbdito fiel, ó que al menos se volvía tal cuando le inspiraba el vino, y estaba pronto á sostener al rey y á la constitucion, cuando ya no podia tenerse en pié. Mas, por fin, ¿quién era? volví á mis conjeturas. ¿No seria algun personage distinguido, que viajaba incógnito? ¿Quién sabe, dije dudando, si es algun príncipe de la familia real? O me engaño, ó todos ellos son bien gordos.

El tiempo no abria. El misterioso desconocido permaneció en su cuarto, y como no le oí pasearse, inferí que gozaba de su poltrona. Pardeaba ya la tarde, y empezaba á llenarse la sala comun. Unos pedían

n  
—

su comida, y otros su té; pero yo no les hacía caso, pues mi ánimo estaba enteramente preocupado con el caballero gordo. Después de haber pasado el día entero pensando en él, ya no me era posible dirigir mis ideas á otros objetos.

Entró la noche. Los pasajeros leyeron dos ó tres veces los periódicos. Unos formaban círculo en torno de la chimenea, hablaban de sus caballos, de sus queridas, y discutian el crédito de los negociantes, y la bondad de las posadas. Entretanto se echaban á pechos sendos vasos de aguardiente, ó agua de azúcar. En seguida llamaron sucesivamente á Mr. *Boots* y á la criada, y fueron retirándose á sus cuartos, calzados con zapatos viejos, que nuestro ingenioso huésped habia convertido en chinelas incómodísimas.

Solo uno quedaba: era hombre sanguineo, que tenia el busto muy corto, las piernas de enano, y una cabeza enorme. Estaba sentado junto á una mesa, en que tenia un gran vaso de ponche, y una cuchara. Bebia, rumiaba, daba sus cabezadas y bebia otra vez, hasta que le quedaron limpios el vaso y la cuchara. Poco á poco fué quedándose dormido, con el vaso delante: la luz pareció imitarle, porque su mecha fué alargándose, y formando en su estremidad

Una gran pavesa, que oscureció la escasa luz que aun quedaba en el cuarto. Aumentóse mi tristeza con la que reinaba en torno de nosotros. Veia colgados en fila en la pared, como otros tantos espectros, los *carricks* de los pasajeros, sepultados ya en un sueño profundo; y solo escuchaba el tic-tac de la péndula, la respiracion profunda y sonora del bebedor aletargado, y las gotas de lluvia que destilaban las canales. El reloj de la iglesia dió las doce.—De repente el caballero gordo echó á andar mesuradamente en su cuarto que, como he dicho, estaba sobre la sala comun. Todos aquellos rumores diferentes causaban una sensacion tristísima. Empero, los pasos fueron siendo mas lentos, y presto cesé de oirlos. No pude sufrir mas aquella incertidumbre; estaba desesperado como un héroe de novela. Sea quien fuere, exclamé, quiero verle! Tomé una luz, y subí con precipitacion al número 13. La puerta estaba entornada; vacilé y . . . entré por fin.—El cuarto estaba solo, y en él hallé una gran poltrona ante una mesa en que habia un vaso vacio, y un número del *Times*. El ambiente olia mucho á queso de Flandes.

Era claro que el hombre misterioso estaba ya recogido. Me retiré, pues, chasqueado, á otro cuarto, con vista á la calle,

en que me habian puesto. Al atravesar el corredor, ví un par de botas grandes y sucias en la puerta de una alcoba. No dudé que perteneciesen al desconocido; mas no osé incomodar á un hombre como él, ya acostado, pues podia dispararme un tiro, ó hacerme algun daño peor. Acostéme, pues; pero la irritacion de mis nervios no me dejó dormir hasta la madrugada, y cuando lo conseguí, me persiguieron en sueños el caballero gordo y sus botas.

Quedéme dormido hasta las nueve de la mañana siguiente, que me despertó un ruido y tumulto en la posada, cuya causa no comprendí al principio, hasta que habiéndome frotado los ojos, descubrí que una diligencia estaba á la puerta. De repente oí gritar desde abajo: "El caballero ha dejado su paragua: traigan el paragua del caballero núm. 13." Una criada subió corriendo la escalera, atravesó el corredor, y gritó: "Aquí está, aquí está el paragua del caballero."

El misterioso estrangero iba, pues, á marchar, y jamas se me presentaría otra ocasion de conocerle! Salté de la cama, corrí á la ventana, aparté la cortina precipitadamente, y ví... la espalda de un hombre que entraba en el coche. Los faldones de su casaca se dividian formando ángulo, y me

dejaron ver de frente la vasta trasera de unos pantalones musgos. Cerróse la portezuela, chasqueó el látigo, partió la diligencia, y llevó consigo todas mis esperanzas de conocer jamas al *caballero gordo*.



## CARTAS SOBRE LA MITOLOGIA.

### CARTA DÉCIMA SÉPTIMA.

#### NACIMIENTO DE VÉNUS.

LA dulce primavera  
gozosa renacia,  
y por la vez primera  
naturaleza toda sonreía.

El Zéfiro los prados coronaba  
de apacible verdura;  
y el corazón atónito sentía  
una vaga dulcísima ternura.  
El fuego del amor dormido estaba,  
y para despertar necesitaba  
la sonrisa feliz de la hermosura.

De repente la tierra se estremece de placer, el aire fermenta y se inflama, hierve el mar, se cubre de espuma, y se alza Vénus del seno de las olas.

Tierna y modesta vírgen, ¡cuan hermosa entónces pareció! Sobre sus cumbres

las olas blándamente la mecían,  
 y con delicia el sol la contemplaba:  
 Zéfiro sus tesoros abrazaba,  
 y amores murmurando la decían  
 las deidades marítimas. La diosa  
 los ojos alza: tímida, curiosa,  
 en derredor de sí la vista gira,  
 y las ondas, la tierra, el cielo admira,  
 y la luz que sus párpados ofende.  
 Su boca se abre, y su primer suspiro,  
 su palabra primera,  
 de placer son acentos: "¡Oh! ¡que miro!  
 "¡Que sereno esplendor! ¡que aura tan pura!  
 "¡Oh! ¡cuanto es bello todo en la natura!  
 "¡Que plácido calor mi pecho alienta!  
 "¡Que siento palpitar...!" Baja los ojos;  
 en el ebúrneo seno,  
 de vida y gracias y de encanto lleno  
 los fija con placer; y goza, y duda,  
 y se avergüenza, viéndose desnuda.  
 Sus caricias el Zéfiro suspende;  
 con celeste vapor teje una nube  
 de azul, púrpura y oro,  
 y de tanta beldad sobre el tesoro  
 oficioso la tiende.

Aquel Dios la colocó despues en una  
 concha marina, y la condujo á la isla de  
 Chipre. Allí se encargaron las Horas de  
 educarla.

Las Horas eran hijas de Júpiter y  
 de Témis; pero, apesar de su fraternidad,  
 se parecían tan poco en sus caracteres  
 como en sus figuras. Todas tenían alas,  
 y recorrían sucesivamente el mismo es-  
 pacio. Mas

Su curso era ya rápido, ya lento.  
 De la penosa espera  
 la hora infeliz con torpe movimiento  
 recorrer todo un siglo parecia.  
 Mas del placer la hora  
 fugaz siempre y ligera,  
 de relámpago á fuer desaparecia.  
 La hora fatal del arrepentimiento,  
 con la frente de penas abrumada,  
 invocaba su vuelta vanamente.  
 La hora de la memoria,  
 de aquella dulce y fugitiva hermana  
 las gracias recordándola, queria  
 consolar su dolor placidamente.  
 Asi tal vez cuando de tí me alejo,  
 recordando la hora  
 en que feliz miraba tu hermosura,  
 mitiga mi amargura  
 la imágen celestial de mi señora.

Las Horas presidian entónces, como  
 ahora, á los placeres, á las penas, á las  
 esperanzas, á las citas, al estudio, á las  
 artes nacies, y sobre todo á las cuatro  
 estaciones del año. Ya ves que nada se  
 hacia sin ellas. Pero apenas nació Vénus,  
 dejaron al mundo á su antojo, volaron á  
 Chipre, vieron á la Hermosura, y se fija-  
 ron alli para educarla. Parece que enton-  
 ces estas divinidades ligeras eran capaces  
 de constancia; mas hoy, ¡cuanto ha variado  
 su caracter!

Pasó el tiempo que junto á las bellas  
 su mansion asentaban las Horas;  
 hoy Amor á sus alas traidoras  
 doble fuerza parece prestar.

## POESIA

## A UNA CEIBA DE LA ISLA DE CUBA.

Tú que viste nacer á Nemorosa,  
vive, gala y honor de su morada,  
hija noble de esa isla afortunada,  
gloria del campo, Ceiba magestuosa.

Feliz el que la siesta calurosa  
bajo tu sombra fresca y regalada,  
con alma libre, pura y sosegada  
con blando sueño plácido reposa.

La verde caballera de tu frente  
y tus robustos brazos estendidos  
convidan al inquieto ciudadano:

que ya gime al rigor del sol ardiente,  
ya se ahoga entre muros reducidos,  
siempre esclavo infeliz, ó vil tirano.

## A LAS BANDERAS DE PIZARRO,

## REMITIDAS A BOGOTA POR EL LIBERTADOR.

ESTAS son las banderas que algun dia  
en manos de Pizarro tremolaron;  
estas en Cajamarca presenciaron  
la mas abominable alevosia.

Recuerdos de opresion y tirania,  
al Perú tres centurias insultaron,  
y los libertadores las hallaron  
tintas en pura sangre todavia.

Monumento de un déspota insolente,  
banderas de Pizarro ensangrentadas  
que rindió ante Bolívar la victoria:  
á los pies de Colombia independiente,  
para siempre abatidas y humilladas,  
no mas nuestro baldon, sed nuestra gloria.

MADRID.

## HIMNO AL SOL.

En los yermos del mar, donde habitas,  
 alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:  
 lo infinito circunda tu frente,  
 lo infinito sostiene tus pies.

Ven: al bronco rugir de las ondas  
 une acento tan fiero y sublime,  
 que mi pecho entibiado reanime,  
 y mi frente ilumine otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,  
 se colora de rosa el Oriente,  
 y la sombra se acoge á Occidente  
 y á las nubes lejanas del Sur:  
 y del Este en el vago horizonte,  
 que confuso mostrábase y denso,  
 se alza pórtico espléndido, inmenso  
 de oro, púrpura, fuego y azul.

Vedle ya...! Cual gigante imperioso  
 alza el SOL su cabeza encendida...  
 ¡Salve, padre de luz y de vida,  
 centro eterno de fuerza y calor!  
 ¡Como lucen las olas serenas  
 de tu ardiente fulgor inundadas!  
 ¡Cual sonriendo las velas doradas  
 tu venida saludan, oh SOL!

De la vida eres padre: tu fuego  
 poderoso renueva este mundo:  
 aun del mar el abismo profundo  
 mueve, agita, serena tu ardor.  
 Al brillar la feliz Primavera,

dulce vida recobran los pechos,  
y en dichosa ternura deshechos  
reconocen la magia de Amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego  
de verdura las viste y de flores,  
y sus brisas y blandos olores  
fúdo son á tu noble poder.

Aun el mar te obedece: sus campos  
abandona huracan inclemente,  
cuando en ellos reluce tu frente,  
y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas,  
que saludan tu brillo primero,  
y en la tarde tu rayo postrero  
las corona de bello fulgor.

Tuyas son las cavernas profundas,  
de la tierra insondable tesoro,  
y en su seno el diamante y el oro  
reconcentran tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,  
y al poeta tus rayos animan;  
su entusiasmo celeste subliman,  
y le ciñen eterno laurel.

Cuando el éter dominas, y al mundo  
con calor vivificas intenso,  
que á mi seno descienes yo pienso,  
y alto númen despiertas en él.

SOL! Mis votos humildes y puros  
de tu luz en las alas envia  
al Autor de tu vida y la mia,  
al SEÑOR de los cielos y el mar.

Alma eterna, do quiera respira,  
y velado en tu fuego le adoro:  
si yo mismo ¡mezquino! me ignoro,  
¿cómo puedo su esencia explicar?

A su inmensa grandeza me humillo:  
sé que vive, que reina y me ama,  
y su aliento divino me inflama  
de justicia y virtud en amor.

Ah! si acaso pudieron un día  
vacilar de mi fe los cimientos,  
fue al mirar sus altares sangrientos  
circundados por crimen y error.



### MISANTROPIA.

*Yo ví del polvo levantarse audaces  
á dominar y perecer, tiranos:  
atropellarse efímeras las leyes,  
y llamarse virtudes los delitos.*

### MORATIN.

ENTRE deseos fervidos y penas  
y tedio y duda fúnebre vagamos:  
*Tan solo sé que todo lo ignoramos,*  
dijo el mayor filósofo de Atenas.  
Y dijo bien: el hombre miserable  
nace para sufrir, y desmentida  
queda la vana charla de los sábios  
por el grito doliente que sus lábios  
lanzan en los umbrales de la vida.  
Desde la cuna hasta el sepulcro yerto

por siempre lucha con dolor y crimen,  
 y está por mil deseos abrasado,  
 ó bien suspira, por el tédio helado.  
 Ni el sangriento laurel de la victoria,  
 ni el engañoso brillo de la gloria  
 endulzan ¡ay! su lamentable suerte.  
 ¡Hijo infeliz de incertidumbre y muerte!

Si finalmente deja fatigado  
 la triste decepcion de los placeres,  
 y en la razon estéril apoyado  
 con vanas discusiones.  
 establecer intenta sus deberes,  
 halla solo do quier contradicciones,  
 y decidir no puede con certeza  
 do acaba la virtud y el vicio empieza.  
 La misma inspiracion modificada  
 es crimen ó virtud, noble ó perversa.  
 Asi la llama del valor divina  
 que un semidios eleva en Decio fuerte,  
 respira sangre, asolacion y muerte  
 en el abominable Catilina.

Yo ví al pueblo furioso.  
 de pérfido tirano.  
 frenético besar la cruenta mano,  
 y bendecir su yugo pavoroso.  
 Ay! de sus defensores al suplicio  
 víle aplaudir con vértigo funesto,  
 apellidar flaqueza la templanza,  
 y sublime virtud y santo zelo  
 por el honor del cielo  
 el odio vil y bárbara venganza.

Por estúpidos brazos manejadas  
 ví ¡oh baldon! á las armas vencedoras,

de independencia ya conquistadoras,  
 en discordia civil ensangrentadas.  
 Justicia, humanidad, atropelladas  
 ví de la pátria en el sagrado nombre:  
 como tigres ó furias irritadas,  
 do quier ví al hombre perseguir al hombre.  
 Do quier la demagogia sanguinosa,  
 cual hidra ponzoñosa,  
 la multitud escuálida subleva,  
 á desgarrar el seno de la pátria  
 con furibunda ceguedad la lleva;  
 y maldiciendo el yugo de los reyes,  
 cubre de fango, lágrimas y sangre  
 la Libertad y las holladas leyes.  
 De Californias al opuesto polo  
 pululan ¡ay! los crímenes insanos:  
 veo cien mil demagogos, mil tiranos,  
 y ni un patriota solo....!

Oh Civilizacion! ven asentada  
 en el carro del Tiempo silencioso,  
 y reanime tu soplo delicioso  
 del mundo yerto la beldad ajada.  
 De opresores plebeyos y réales  
 caiga la destructora tiranía,  
 y al trono fiero y libertad impía  
 no cerquen bayonetas y puñales.  
 Cuarenta siglos de furor y males  
 instruyan ¡ay! al hombre.  
 La santa Religion su voz anime,  
 y fulminado el iracundo Marte,  
 despliegue triunfadora el estandarte  
 de tolerancia y de moral sublime;  
 y en sus ejes eternos afirmado  
 con reposo profundo,  
 goze justicia y paz el triste mundo.

HEREDIA.

## DESPEDIDA.

Con este número concluye el tomo II de la segunda época de la MISCELANEA, cuyo índice y carátula recibirán los suscritores.

Motivos cuya enumeración sería inútil y fastidiosa, obligan al Editor á suspender su publicación; y al despedirse del respectable público, cumple gustoso con un deber, manifestándole su gratitud por la acogida favorable que ha dispensado á esta obrilla. Si variaren las circunstancias, tendrá la satisfacción de continuar sus tareas bajo un plan mas vasto; y se esforzará á dar á la República Mexicana un periódico literario digno de su civilización.

Toluca julio 5 de 1832.

JOSE MARIA HEREDIA.

TOLUCA 1832:

Imprenta del Estado, á cargo del ciudadano Juan

Matute y Gonzalez.





THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

WIDENER  
BOOKS

FEB - 7 1989

283963

CANCELLED 1989

WIDENER  
BOOKS  
JUL 08 1989

JUL - 8 1989

2751025

Widener Library



3 2044 094 351 830